

Yatnna Gabriela Montilla

NADA

Nova Casa Editorial

PRÓLOGO

Es una obra virgen, literalmente virgen y original, porque pro- viene de la mente de una adolescente que expresa sin pautas las sensaciones y emociones que surgieron de su imaginación, provocadas por el entorno en que desarrolló los primeros años de su vida.

La construcción de los relatos ruboriza a los lectores de la generación de quien escribe esta opinión, a la vez que desvela impresionantes vivencias y emociones de la adolescencia de una niña que casi es mujer; y, para los contemporáneos y juveniles constituye una antorcha que ilumina y desvela tabúes que solo subyacen en la imaginación negadora de la realidad de nuestras sociedades.

Ha sido definida, como una: «*historia muy especial, dura, sencilla, cruda y muy humana*».

Nada es como un elixir que cautiva y libera a la vez, pero que al final te conduce a beber la savia hasta la última gota.

Los escritores como Gabriela Montilla son seres excepcionales, de altas y profundas sensibilidades, que suelen aparecer en la historia de tiempo en tiempo; sus inspiraciones suelen estremecer la conciencia de la sociedad, producir profundas reflexiones, deleitar a los espíritus y orientar a los más nobles a realizar grandes transformaciones a la humanidad.

En cada capítulo, su estructura prosaica llana y fuerte, es como una sinfonía cautivante, la forma en que une las palabras y la libertad con que las dice hace fluir con armonía la narración de la historia, los dramas de repente pueden desembocar en una comedia y viceversa, es una mezcla magistral que desafía la imaginación. *Nada* es la obra cumbre de la virginidad más temprana del *siglo XXI*.

Invito a todos los que lean este prólogo, a que se atrevan a ser parte de la conexión de *Nada*, que es el principio de Todo.

República Dominicana,
Leoncio Amé Demes.

Capítulo 1
TRES VECES

Está jugando con ella, la forma en que se ríe entre los dientes, cómo la mira, cómo se mueve. Es porque ahora ni siquiera la ve a los ojos. Él sabe que lo que está haciendo está mal. Y ella también. ¿Pero qué más da?, al mundo no le importa si algo está mal, va a seguir su curso siempre, porque nosotros mismos somos culpables de lo que ocurre todo el tiempo.

Cuando todo se acaba, como ahora, puede que él se levante y se fume un cigarrillo, o puede que le pida que se vaya porque está tarde.

Hoy Valeria no tiene deseos de levantarse. En realidad, siente que va a llorar, pero no puede, porque si llora él pensará que es por él y no es así. El problema que la atormenta no tiene nada que ver con él.

Él está mirando al techo mientras respira. Valeria muere del frío. Necesita calor o necesita cubrirse.

—¿Qué te ocurre? —le pregunta. Ella no responde nada—. Valeria... ¿te lastimé?

Aunque llevarsen dos meses ya con la misma rutina, Valeria algunas veces decía que le dolía para que no fuera brusco, porque a ella no le gustaba así. Ni siquiera sabía cómo le gustaba, era algo frívolo y a la vez normal, no algo en lo que podía definir un gusto. Como todo en su vida, en nada podía decidir qué quería en realidad.

—Valeria... —vuelve a llamarla por su nombre y ella lo mira. Ben se moja los labios y toca la mejilla de Valeria con sus dedos—, ¿Valeria, qué tienes hoy? —vuelve a preguntar.

—Me tengo que ir —dice y se sienta en el borde de la cama para recoger su ropa del suelo. Ella no lo quiere hacer todavía. Se queda allí sentada mirando al piso.

La Sombra desliza sus dedos vagamente por la columna de Valeria, sus huesos son tan pronunciados que por un segundo le hacen recordar lo frágil que su cuerpo luce y de cómo se suponía que debía sentirse culpable por hacer esto con ella.

Al sentir los dedos congelados de La Sombra en su espalda Valeria pensó en el frío que tenía. Terminó de levantarse y se vistió de nuevo. Él no se levantó para despedirse de ella ni ella tampoco esperaba que lo hiciera. Todo era una completa rutina, y los dos sabían cómo era más o menos.

Valeria salió de la casa de La Sombra a las once de la noche y se enfrentó a los vientos de otoño que muy pronto serían reemplazados por los de invierno. Tenía frío y hambre, y mientras caminaba perezosamente decidió fijarse en la acera por donde caminaba y no pisar las grietas que había en ella.

No siempre fue así, antes La Sombra y Valeria nunca habían tenido ningún contacto físico y cualquier conversación que hayan tenido cuando niños fue enterrada en el pasado, cuando él se convirtió en lo que es ahora, una sombra.

Como sea, todo empezó con las malas amistades, aunque Valeria no les echase la culpa a ellas totalmente; ella había sucumbido, ahora se siente atada a un lazo invisible que en realidad no existe.

Nina es la mejor amiga de Valeria desde que tiene memoria, en el barrio es conocida como una chica «rapidita», y es que todas las chicas del barrio son catalogadas así. Una noche, mientras otra de las chicas, quien Valeria juraba era por dos años menor que ella, contaba sus experiencias, Rose saltó a preguntarle a Valeria—: —¿Y tú?, ¿cómo fue tu primera vez?

—¿Qué primera vez? A Val se le nota el queso.

Algunas rieron.

—¿El queso? —curioseó confundida—, ¿qué es?

—Ellas quieren decir que no has sido ni siquiera tocada allí —le aclaró Nina—. Chicas, Val es la salvación de este barrio. —Alzó la voz y rodó los ojos.

Todas rieron de nuevo, menos Valeria.

—¿Cómo hago para quitarme el queso? —preguntó, tres semanas atrás Valeria tan solo tenía dieciséis y quería ser igual a sus vecinas para encajar, era eso o aburrirse en casa contando las cucarachas en el patio.

—Ten sexo con alguien, obvio —ordenó Rose.

—Puede ser con uno del barrio y nos cuentas cómo te fue —dijo la otra.

Nina se acomodó el brasier y miró de reojo a Valeria, quien tenía una expresión de miedo chistosa.

—¿En serio ustedes piensan que mi Val va a tener sexo así como así? No lo hará, es demasiado inocente. —Nina hizo una mueca con los labios.

—Claro que puedo, Nina, no me subestimes —respondió volteando a ver a su amiga—, díganme ustedes opciones.

Rose sonrió con malicia mientras cruzaba miradas con Argentina. Argentina era más vieja que Valeria y la que principalmente había inculcado todas las mañas a las niñas ahí presentes. Era como su maestra, la que hacía las cosas primero y después ellas le seguían.

—Ahí está Mario, o Héctor, quizás Ramírez —decía Argenti-na mientras los señalaba. Ellos estaban sentados en el colmadón mientras ellas permanecían casi al frente sentadas en la acera, a unos cuantos metros de ellos—, mira ese de allí, Gregorio, es una bestia, te lo recomiendo, y ese que vez allí con la gorra es «La Sombra», él también podría ser.

—Le pides que quieres dejar de ser queso, ellos entenderán.

—Rose puso una cara que trataba de persuadirla, una sonrisa que hizo pensar a Valeria que eso era lo mejor.

—¿Ahora? —Tragó saliva y miró hacia donde ellos. Ellos hablaban sentados en banquitos y otros jugaban dominó.

—No, claro que no, decide a cuál quieres. Le preguntas luego, lo haces, y después no dices cómo te fue —Argentina se pa-ró de la acera—, y si no te quitas ese queso que traes entonces no podrás hablar conmigo más.

—Ni conmigo. —Se levanta Rose y la mira con desprecio.

Las otras chicas se levantaron, menos Nina.

—¡No les hagas caso, Valeria!, ellas están locas. Quédate así siempre, no estás lista aún. Quieren que te jodas como están ellas. Ve a casa. —Nina después de decir eso se levantó, y se despidió con un abrazo. Las otras chicas se alejaban hacia otra parte, probablemente la casa de Marian, y Nina corrió detrás de ellas.

Valeria se levantó de la acera y caminó al colmadón. Allí miro la cara de cada uno de ellos y simplemente no quería que ninguno la tocara. Después de quedarse tanto tiempo parada allí mirándolos, uno dijo:

—¿Y tú qué miras, flaca?

—Nada —respondió rápidamente con un titubeo en su voz.

—¿Se te perdió algo, pequeña?, ¿tienes hambre?

Todos rieron. Valeria medía uno sesenta y nueve y era más alta que dos de ellos; además, al ser alta su delgadez se pronunciaba más. Su contextura física era tan liviana como una pluma, por eso le aterraban los cuerpos de esos chicos que bebían allí. Podrían destruirla.

Casi todos se conocían desde pequeños, así que en parte bromeaban con ella cuando tenían oportunidad. Ellos lo hacían con dichos y cosas de doble sentido que aún Valeria no lograba entender del todo. Es por eso que ella sonrió a medias, porque se supone que no le debía de ofender que hicieran burla sobre ella; eran vecinos, del mismo barrio.

Uno no se rio, y ese fue La Sombra. Valeria lo conocía, pero no muy bien. Pensó que quizás debía preguntar a él o a Gregorio, y se quedó mirando a este último hasta que otro habló.

—No mires para allí, no hay nada bueno para ti —le aconsejó con una risa burlona y todos volvieron a reír.

—No le hagas caso, Valeria. —Gregorio, quien siempre había sido simpático con Valeria, le ofreció una sonrisa—. ¿Pero, necesitas algo? Está tarde y deberías estar en casa.

Valeria asintió repetida veces, estaba tarde, debía estar en ca-sa, dio media vuelta y se marchó.

La semana siguiente Valeria empezó a investigar más sobre La Sombra porque decidió tomar el consejo del chico que había dicho que Gregorio no era bueno para ella. Averiguó si La Sombra tenía novia; no tenía novia, al parecer. Y con el tiempo libre después del colegio que ahora tenía porque las muchachas del barrio la habían dejado de lado, pudo averiguar donde vivía él, pero aun así no se armaba de valor para pedírselo.

¿Por qué tenía que ser tan difícil de todas formas? Valeria solo tenía que decirles que ya lo había hecho y la dejarían juntarse con ellas de nuevo.

Así lo hizo. Y ellas se dieron cuenta. Le dijeron que cuando le quitan el queso a alguien todo el mundo se da cuenta. Eso hizo que Valeria se asustara tanto que durara más de dos meses sin una amiga en el barrio.

Entonces fue a la casa de La Sombra, con una falda azul cielo a mitad de los muslos y una blusa de tiros rosada.

—¿Qué haces aquí? —preguntó al abrir la puerta.

—¿Puedes quitarme el queso por favor? —Valeria preguntó con voz tímida.

Se sentía tan sosa porque La Sombra la miró de arriba abajo, extrañado, y después le iba a cerrar la puerta en la cara. Ella puso su mano para evitar que eso pasara.

—*Por favor.* —Su voz salió temblorosa.

—Tú no sabes de que hablas, ¿o sí?

—Claro que sé. —Abrió los ojos para que entendiera que sí sabía.

—¿Y eres virgen?

—Sí.

—¿Esto es alguna clase de broma?

—No.

—Ah, ya entiendo todo, de esto fue que nos habló Rose y Argentina hace un mes y medio. Todos andan diciendo que tú les pediste eso a ellos. ¿Qué número soy yo? — sonsacó.

A Valeria se le llenó la cara de sangre y sus orejas ardían, ¿todos pensaban eso de ella?, ¿de verdad?

—Solo te he dicho a ti.

La Sombra la observó por unos segundos. Valeria no era nada de lo que le gustaba a él, era una niña que, sin el cabello suelto por los hombros y sin el pintalabios que llevaba puesto, parecería un chico flaco sin masa corporal.

Lo pensó con ella al frente de él, *desflorar a una de las chicas del barrio*, aunque sonaba mal, no lo era tanto. Y llevaba un mes sin nada de sexo en su vida por razones ajenas a su voluntad. Y si él no lo hacía, la niña, *Valeria*, podía ir donde cualquier otro, como Ramírez, y a él no le importaría si fuese su primera vez o no.

Respiró profundo.

—Me vale mierda que después te arrepientas o que tu madre venga a echarme quejas.

Valeria sintió miedo, y pensó en retroceder. No le gustó su tono de voz.

—Entra, niña —le insistió.

Ella entró a la casa. Adentro estaba cálido y vagamente limpio. La decoración se centraba en un pequeño mueble y una mesita, una cocina con una estufa y un gabinete encima, la nevera a un lado y unas gavetas debajo, también un pequeño comedor de cuatro sillas. Había una puerta cerrada, como si no la hubiesen abierto por mucho tiempo. La pintura era color verde manzana, tan claro que no parecía verde, más bien aqua. No había regueros, y para La Sombra vivir solo ahí estaba todo muy bien organizado, como si nadie viviera allí en realidad.

Encima de la estufa había una olla. La Sombra apagó la estufa y después miró a Valeria. Ella apartó su mirada de la de él.

Sabía que se estaba acercando a ella. Cuando La Sombra la empujó levemente por la cintura hacia su habitación, se sintió tan nerviosa que creyó iba a vomitar. No podía ser, pensaba, en realidad iba a hacer «eso» por primera vez y sin estar enamorada.

Mientras La Sombra se quitaba la correa y se desabotonaba los pantalones le pidió a Valeria que se acostara y ella así lo hizo.

Él se arrodilló en el colchón y le preguntó: —¿Quieres tener ropa?

—No lo s-sé. —Su voz temblaba y ya estaba arrepentida. ¿Cómo iba a saber cómo quería algo si nunca antes lo había hecho?

La Sombra bajó su falda con facilidad. Valeria se sintió extraña cuando su cuerpo estuvo tan cerca del de él y cuando su boca tocó la piel sensible de su cuello. Sus manos estaban tocando sus senos como si ella le hubiese dado el permiso. Por un momento lo iba a golpear. ¿Qué demonios estaba haciendo? Esto no era lo que ella quería, lo que realmente quería era la aceptación de su grupo de amigas, aunque sea por una vez.

Y si tenía que pasar por ese momento incómodo estaba bien. Eso suponía.

Cerró los ojos, sintió gritar cuando percibió esa protuberancia rozando su abdomen bajo, pero solo apretó más sus parpados. Cuando La Sombra bajó su ropa interior el aire se escapó de sus pulmones y solo apretó la sábana con sus dedos. Se sentía de piedra.

—Abre las piernas. ¿Cómo esperas que lo haga si estás más tie-sa que un peñón?

Valeria abrió los ojos y lo miró, se le veían los ojos oscuros y su cabello estaba a la vista sin la gorra. En esa época, el corte que tenía era casi bajo y su cabello era castaño oscuro. Como sea, Valeria no abrió las piernas, y La Sombra lo hizo por ella apretando a cada lado de sus muslos.

En ese momento, en el preciso momento en que ya Valeria dejaba su inocencia atrás, no podía pensar en nada excepto en el dolor punzante que sentía y en el grito desesperado que su boca había dejado escapar. Aruñó tan fuerte la espalda de La Sombra que este paró para quejarse. Con su uña, le había arrancado un pedazo de piel y eso que él ni siquiera se había movido de la manera en que quería dentro de ella, no había hecho prácticamente nada, le estaba dando tiempo para acostumbrarse a la nueva sensación.

Lo único que ella sentía era ardor.

La Sombra frunció el ceño, la observó como si con sus ojos le hiciera mil preguntas, y las uñas de ellas aún no soltaban su espalda lastimada.

—Suéltame, no me moveré.

Valeria trató de abrir los ojos para encontrarse con los de él, pero cuando lo hizo, sus ojos se estaban nublados, llorosos. Soltó su espalda y trató de relajarse, pero no podía, sentía como si tuviera un cuerpo extraño dentro de ella y le molestó la cercanía de sus cuerpos.

La Sombra se movió lento y después aceleró. Valeria volvió a agarrar su espalda aferrándose con las uñas. Era como si quisiera que él sintiese el dolor que ella experimentaba a cada pequeño movimiento.

—¿¡Valeria, coño, no era lo que tú querías!? —le preguntó exasperado en su cara. Valeria se puso a llorar de verdad.

—No, *no quiero*, detente por favor. Me duele. Esto es horrible.

La Sombra ignoró su queja y se movió de nuevo. Valeria suplicó que se detuviera. Era un desastre en lágrimas y él no soportaba la culpa. Había sido un estúpido, era obvio que no iba a disfrutar con la primeriza si no le cubría la boca y continuaba, pero La Sombra no era capaz de violar a una chica del barrio, eso implicaría huir, y él no quería, le gustaba allí más que nada.

Y por eso se detuvo, y en menos de lo que Valeria pudo notar ya no estaba allí, encima de ella, robándole todo su aire y causándole dolor.

No estaba.

No supo a dónde se fue por esos segundos y no le importó.

Su mente estaba concentrada en lo adolorida que estaba y en las estúpidas lágrimas que ahogaban sus ojos. Además, se sentía sucia y mal consigo misma.

En ese tiempo Valeria no pensaba en tener sexo, ni siquiera le interesaba vivir esa experiencia todavía. Ella se consideraba a sí misma una niña... pero después de esa noche no estaba segura de si aún lo era.

Aún sentía el calor que el cuerpo de La Sombra había dejado en el de ella y había transcurrido ya casi una hora. Se levantó de allí y vio el flujo color carmesí secándose en la parte donde estaba acostada.

Valeria se vistió de nuevo con manos temblorosas y salió de la habitación de La Sombra, con la cara seca ya y tratando de que su caminar no cambiase en nada.

En el mueble, La Sombra estaba sentado en un sofá pequeño que tenía allí con su ropa ya puesta. Cuando la vio salir del cuarto la miró enojado, capaz de insultarla por ser tan estúpida, y después gritarse a sí mismo por ser el doble de estúpido, le dijo: — ¿Cuándo vuelves?, no habrás pensando que me ibas a dejar por la mitad, ¿o sí? Arregla tus cosas, prepárate mentalmente, y vuelve. —Era algo que hería su orgullo varonil. ¿Cómo iba a dejar algo por mitad?

Además, había algo entre la inocencia y la morbosidad que lo hacía querer intentarlo una vez más.

—No lo volveré a hacer nunca. —Valeria estaba decidida, y La Sombra notó en su voz que estaba otra vez a punto de llorar—. Ya yo no soy virgen y no te necesito.

La Sombra se levantó del sofá y se acercó a Valeria. Ella se volteó pues no quería verlo a los ojos. Era como revivir el dolor de nuevo.

Él le agarró la muñeca para que le prestara atención, y cuando sintió lo delgada que era y que con solo su fuerza podía fracturarle ese hueso, recordó lo vulnerable que ella era en realidad.

—Vuelve.

—¿Por qué quieres que vuelva si no puedo hacer eso? —le cuestionó sujetando lo que sea que amenazaba con salir de su garganta. Era como un tipo de llanto quebrantador, pero lo sostuvo.

—¿Y por qué no puedes hacerlo?

—Porque me duele y no soy masoquista.

—No te va a doler más, *Valeria*. Eso solo ocurrió porque fue tu primera vez y tal vez no fui muy cuidadoso.

Dos veces. La había llamado por su nombre dos veces. Él sabía su nombre y sabía quién era ella. ¿Cómo le iba a hacer Valeria para verlo en la calle? ¿Ni siquiera había pensado en las consecuencias que pudiesen existir?

La Sombra se acercó a su rostro, el cual ella mantenía alejado de él y mirando al suelo, y le murmuró—: Después no te volveré a pedir esto, ni le contaré a nadie que te pusiste a llorar como un bebé, ni que tú me lo pediste a mí primero, ni siquiera hablaré contigo fuera de aquí.

Valeria lo miró. Dios, ¿por qué le había hecho caso a Rose y Argentina? No quería volver a hacerlo, quería huir y huir de ahí lo más pronto posible. Que la tierra la tragase y no volverse a sentirse así nunca más.

Intentó zafarse de su agarre, pero él la apretó más.

—Responde.

—Está bien, sombra —dijo en voz baja, subiendo la mirada.

—Ben, soy Ben, ese es mi nombre, Valeria.

Tres veces.

Valeria, es el único que siempre la llama así, con ese tono de voz siempre, como si la necesitara, como si ella fuera parte vital de su vida. ¿Cómo es que se le hace tan fácil mentir? ¿Dónde aprendió a fingir tan bien?

Valeria llega a su casa y tiene una migraña. En la cocina solo hay un chocolate tibio y dos galletas grandes de harina que su mamá le dejó como cena. Todo estuviera en silencio si no se escucharan las respiraciones pesadas de sus hermanitos durmiendo en la habitación.

Se sienta en la silla de madera que está en el comedor, el cual antes solía tener cuatro sillas y ahora solo tiene tres porque la madera podrida hizo que una de ellas cediera. Después de mojar la galleta en el chocolate y terminar de beberlo, busca su ropa de dormir, y tiende una sábana en el piso.

Había muchas razones de porqué después de la segunda vez Valeria siguió yendo a la casa de Ben. La primera es que después de que Valeria volviera por segunda vez no le dolió tanto y esa vez le besó la boca. *Su primer beso*. Eso la hizo sentir querida. Era como si le estuviese dando una bofetada a su padre, quien una vez que se marchó le había dicho: «*Y a ti nunca un hombre te va a desear*», además, sentía una sensación tan intensa que hacía que estirara los dedos de sus pies, ni siquiera podía mantener el beso.

Así que después de la tercera vez volvió, y no le dijo nada y él tampoco le preguntó. No sabía cómo pero todo fue diferente y volvió a llorar. La Sombra se había convertido en un monstruo y la estaba atacando.

Hizo que se detuviera.

—Valeria... ¿ahora por qué lloras? —preguntó después de unos segundos.

—Lloro porque me duele.

Y no era mentira, tampoco verdad. Simplemente le molestaba la prisa, la dejaba en desasosiego y la hacía decir cosas que nunca imaginó que su boca pudiera decir, además, su actitud algunas veces le daba miedo. De vez en cuando La Sombra le daba mucho miedo... de que se convirtiera en un monstruo y la atacara otra vez. Así que descubrió que si le decía a La Sombra que le dolía, él se pondría más cariñoso y más atento. Era como si se transformara en alguien dulce y cercano y no el frío y distante Ben afuera de su casa.

Y entonces, volvió una y otra vez hacia donde él durante todo ese mes y el inicio de este. Y él siempre sería cariñoso, la besaría, compartiría su cena con ella, hablaría con ella, y le permitiría dormir con su colcha algunas veces.

Sin embargo, no eran nada. Era muy fácil olvidar que el chico que estaba ahora escuchando música urbana en la esquina, con pantalones tal vez muy anchos y gorra hacia atrás, era aquel que besaba su cuello sudoroso en las noches.

No le hablaba y difícilmente le miraba.

Valeria no se atrevió a decirle a nadie cómo había sido su primera vez. Le daba apuro saber que había sido tan cobarde, y más cuando le preguntó a Nina:

—¿Te dolió tu primera vez?

—¿Que si me dolió? —repitió—, pues *obvio*, aunque déjame decirte, yo solo apreté la lengua y me dejé llevar, el dolor se va des-pués. Todo es mental, es que estás cerrada y alguien te abre, obvio que va a doler primero. ¿Por qué preguntas?, ¿aún piensas en el reto de Rose y Argentina?... de verdad espero que hayas olvidado eso, soy tu amiga y no necesitas hacer nada para hablar conmigo. Y si yo voy a un sitio tú puedes ir aunque ellas estén ahí. No te van a comer.

Nunca lo hizo.

Valeria en serio deseó que ella le hubiese dicho eso antes, o siquiera que lo hubiese demostrado, pero era bastante tarde, ella nunca acompañó a Valeria cuando estaba sola, no siguió juntándose con ella como prometió.

Una vez pensó que a La Sombra le avergonzaba decir a sus amigos que ella lo estaba satisfaciendo, porque una vez más o menos se lo dijo. Y de parte de Valeria estaba bien, ella tampoco quería decir que La Sombra le había quitado «su queso».

El piso está frío y más duro de lo normal. Comparado con la cama de La Sombra todo es distinto, allí hay almohada y no la sábana doblada para que su cabeza no pegara con el suelo.

Valeria usualmente duerme con sus hermanitos, pero cuando vuelve de donde La Sombra ella piensa que no es buena idea compartir la cama con ellos sino al otro día. Porque se siente impura, no quiere contagiarles su impureza.

Valeria se acuesta boca abajo para que su espalda no le duela y se queda pensando en Ben. Eso lo hace casi todas las noches. Pensar. En todo lo que le pasa cada día, hasta hacerse culpable si algo anda mal, hasta quedarse dormida.

e

Al otro día los hermanitos de Valeria, Carlitos y Carol, están ya despiertos y desayunándose con un chocolate de agua. Valeria caminó hacia su pequeño baño y se cepillo los dientes frente al pedazo de espejo que hay encima del lavamanos.

Antes no era así, era un hermoso espejo que su mamá se había ganado en un concurso de arroz con leche que había en una feria de postres. Pero después de la pelea que sus padres tuvieron, el papá de Valeria golpeó el espejo y partió parte de él en miles de pedazos. Ella recuerda que limpió los pedazos de vidrio mientras su mamá tranquilizaba a los niños para que dejaran de llorar.

Escupe en el lavamanos como si estuviera escupiéndole en la cara al pasado.

Se mete al baño y después sale cubierta con su toalla. Busca su uniforme y se pone la falda color caqui que le queda un poco corta, y no porque quisiese, sino porque Valeria ha crecido vertiginosamente después de que cumplió los quince y la familia no disponía del dinero para mandar a hacer una más larga. Se puso la camisa blanca y sus zapatos de pana y medias tobilleras. Las medias tobilleras las odia, hacen que sus canillas sean más notables y que sus piernas delgadas sobresalgan.

No podía hacer mucho, la compañera del par de medias largas se había perdido y no podía encontrarla. La ha buscado en todas partes hasta agotarse.

Valeria lleva a sus hermanitos a la escuela pública donde ellos estudian, ella, en cambio, lo hace en una escuela privada y trataba de mantenerse allí hasta terminar la educación secundaria. Es por una beca, todos sus esfuerzos estaban dirigidos a no perder esa beca y al menos terminar la escuela.

—Imagínense que ustedes se vayan a casar y no le entreguen a su marido el regalo de su castidad.

«Yo no me voy a casar.» Piensa Valeria mientras golpea el lápiz con la butaca. Valeria cree que el matrimonio, aunque es un mandato de Dios, es una pérdida de tiempo, o al menos en lo que se ha convertido el matrimonio.

La profesora de Orientación Sexual explica que le regalas eso a tu cónyuge con el que durarás toda una vida, pero que ella sepa, su papá y su mamá no siguen juntos.

Igual no sabe si los dos llegaron vírgenes al matrimonio.

—¿Cómo es que ustedes se atreverían a darle su cuerpo a uno de esos muchachos y después no ser capaces de mirarlos a los ojos?

Valeria no mira a los de La Sombra en la calle porque se supone que nadie debe sospechar que entre ellos hay algo.

«Algo.» No hay nada.

—Ustedes piensan que han acabado un mundo y después ellos salen a decir todas las cosas que les hacen a ustedes, cosas como «*esa sí es puta*» y «*es un cuero*» o «*no se respeta*» y «*le hice de todo*».

No cree que La Sombra sea capaz de hacer eso. Él mismo le ha dicho que no le contaría a nadie para no dañarse a sí mismo. Además, Valeria no es como Argentina o Rose, ella solo se acuesta con La Sombra.

Sus pensamientos giran en torno a La Sombra la mitad del tiempo de clases, y eso hace que deje caer su cabeza sobre la butaca mientras trata de ahogar la voz de su maestra y las constantes desaprobaciones de sus compañeros por lo que ella decía.

No es que Valeria pueda hacer mucho. Ya lo hizo y no hay marcha atrás, sus encuentros con La Sombra son tan rutinarios como el ser humano que necesita beber agua.

—Algunas chicas recurren a esto porque necesitan amor paterno. Pero, chicas, esperen su momento. Las relaciones sexuales antes de tiempo, además de ustedes no estar preparadas, podría acarrear un embarazo no deseado, y eso dañaría sus vidas a esta edad. Lo mismo para ustedes, varones, fíjense donde andan metiendo su cosa, ¿eh?

Valeria levanta la cabeza y el cuerpo de la butaca. Aún le dolían. Es la razón por la que se había comportado así con La Sombra la noche pasada. Y no piensa volver hasta solucionar ese problema.

Tiene un dolor insoportable. Sus pechos están hinchados y duros. Le hubiese preguntado a su mamá qué le pasa a su cuerpo, pero a Valeria le da pánico. Todo lo relacionado con la sexualidad y mucho más tener que hablarlo con su madre. ¿Qué pasa si ella se da cuenta de que su hija no es más una virgen?, ¿qué le dirán en la iglesia?, ¿en el colegio?, ¿los profesores? Todo el mundo la va a juzgar y la dejarán de lado.

Así que Valeria prefiere martillarse la cabeza con suposiciones. Por un momento pensó que es una ETS, pero no se atrevió a preguntarle a La Sombra, no se atreve a preguntarle nada fuera de lo muy común.

A la salida del colegio uno de los compañeros de Valeria, Martín, comentó cómo estaba llegando ya a la pubertad y procedió a sobarse su pecho simulando ser el de Valeria.

Valeria lo ignoró e hizo como si no lo escuchara. Quería golpear a ese niño lo más duro posible. Ella no soporta los cambios de su cuerpo que, por mala suerte, habían empezado mucho más tarde que en las demás.

Cuando en quinto de básica todas las chicas se habían empezado a formar, Valeria no tenía nada. Y ahora que todas eran señoritas ya formadas, Valeria aún no lo era.

Cuando llega a casa sus hermanitos ya están allí y tienen hambre. Esta vez Valeria no los fue a buscar a la escuela porque su mamá le avisó que ella iría por ellos más temprano. La mamá de Valeria, Claribel, cocinó arroz y carne de pollo. Ahora que Valeria estaba allí podían empezar a comer en familia.

En la tarde, Valeria fue al colmado a comprar la cena. Cuando estaba llegando, vio que Gregorio estaba allí, que los demás muchachos estaban allí, menos La Sombra, y se sintió terriblemente decepcionada... si él es una de las principales razones por la que le gusta ir al colmado... aunque sea para verlo en otra ocasión que no sea en su casa a altas horas de la noche.

Entró al colmado y pidió lo que había ido a comprar. Cuando sale, La Sombra entra, y por ese momento se le olvida cómo caminar, como si a sus rodillas se les olvidara cómo sostener el resto de su cuerpo, ni siquiera cómo dar un paso más.

—Necesito hablar contigo —dijo en voz inmutable, sin ninguna expresión o apuro. Solo lo dijo, y después siguió caminando al mostrador.

Valeria mira alrededor, no hay nadie, se dijo a sí misma, por eso me habló, no hay nadie a excepción del señor que despacha, a él no le importamos.

Después de unos segundos, sale del colmado. ¿Qué quería hablar La Sombra con ella?, ¿qué iba a ser tan importante como para hablarle fuera de su casa? Pensó en eso en todo el camino, incluso cuando llegó a la casa y comenzó a hacer sus quehaceres.

Después de terminar, se dirigió a casa de La Sombra y ni siquiera se preguntó qué haría allá tan temprano. Tampoco se cuestiona porque siente como si fuera forzoso y debe ir, porque podría devolverse, es más, ¿por qué debía ir? No quería ahora, quería estar en casa y aprovechar que su mamá y los niños estaban despiertos y poder dormir en la cama... pero en la casa de La Sombra también había una...

Valeria iba y se devolvía, cualquiera que la hubiese visto pensaría que estaba loca.

—¿Vas a alguna parte, Val? —Nina traía unas fundas negras en la mano, y se detuvo al ver a Valeria de lejos.

Se detiene y la mira. Ahora no podrá ir a saber qué es lo que quiere saber La Sombra. No puede decirle a Nina hacia dónde se dirigía.

—No... lo... sé... iba a dar una vuelta... más o menos. ¿Por?, ¿me ibas a decir algo?

Nina entornó los ojos, como si sospechara. Valeria rogó para que no siguiera con las preguntas.

—Hay una bollada en casa de Marian con los chicos del barrio, todos van. ¿Vas tú?

Valeria pensó por un momento, ¿para qué iba a ir si las chicas no se iban a juntar con ella de todas formas? Y Nina la dejaría, de una vez.

—No me invitaron, Nina.

—Te estoy invitando yo. —Sacudió la cabeza.

Valeria lo pensó por unos segundos.

—Quizás vaya, todo depende de qué me diga Claribel, ¿tengo que llevar algo?

—No. Pero debes ir, alguien me dijo que Gregorio anda detrás de ti. Eso te puede ayudar con las chicas. —Sonrió. Después se dio la vuelta para seguir con su camino.

—¿De mí?

¿Gregorio? Él siempre había sido amable con ella, pero ni siquiera llegaban a ser muy amigos como para que él esté interesado en ella. «Nunca me lo ha demostrado», pensó Valeria.

—De ti.

A Valeria se le aceleró el corazón, La Sombra y Gregorio eran amigos, mucho más unidos que cualquiera de los otros muchachos. ¿Por qué no había dicho La Sombra? Estaría mucho más a gusto con eso.

—No voy a ir. —No tenía idea de cómo rechazar a un chico y ser amable al mismo tiempo, en realidad, nunca le haría daño a nadie.

—Oh vamos, Valeria, no le hagas eso al pobre muchacho.

—¿Qué le hice? —Valeria se desconcertó. No le había hecho nada.

—Exacto —voceó mientras se marchaba.

De pronto Valeria se volvió a encontrar sola en medio de la calle. ¿Que si quería ir? No. Pero pensándolo otra vez, si Gregorio iba, también iría Ben. Y pensar en eso llenó su estómago de sensaciones.

«Deja de soñar despierta, deja de soñar despierta.»
—¿Todo bien?
Valeria asiente, sonriendo.
«Inhala todo el aire que puedas, espera a que mire a otro lado.»
—¿Quieres agua?
«Actúa como si no escondieras nada. ¿Qué escondes?»
—Val...
«Nada.»
—No tengo nada —dijo con voz tranquila—. ¿Dónde está Nina?
«Nada» se repite. No ocurre nada. Llevan minutos hablando. ¿Por qué pensaría que está ocurriendo algo?
«Está muy cerca...»
—Bien.
¿Por qué de pronto sintió su voz en su oído?
«Muy cerca...»
—Y estás muy bonita hoy, Valeria.
«¡¿Por qué tiene que acercarse tanto?!» Tiene la piel de gallina. Si de algo está segura es de que va a cometer un crimen contra Nina cuando salga de esta.

Ben pasó toda la noche hablando muy de cerca con una chica que era prima de uno de sus amigos, José. Aunque sabía que José era algunas veces problemático, no le importó. La chica le había estado buscando el lado por mucho tiempo, buscando conversación con él. Y no quería defraudarla, además, la chica estaba buena.

Valeria, por su parte, había pasado toda la noche con Gregorio, uno al lado del otro, quizás muy cerca. Parecían pareja. Ben no podía creerlo. Era absurdo. Su mejor amigo y ella. ¿Por qué él no se lo había dicho?

«Otra vez muy cerca», pensó mirando de reojo. «Ese hijo de puta», insultó mentalmente a su amigo, pero después recordó que nadie sabía que Valeria estaba con él, y ni siquiera estaban. Era algo sumamente complejo y hasta ahora él esperaba que siguiera así. Y es que las relaciones amorosas eran complicadas y él no estaba dispuesto a bregar con eso.

Por eso se fue. Y por alguna rara razón, estaba enojado con ella por estar con Gregorio y por no ir a su casa cuando se lo pidió esa tarde, ¿se estará cansando?, ¿por eso su actitud la otra noche?

Camino más de prisa.

Se suponía que no debía pensar en lo que ella hiciera o dejara de hacer. Le tiene que valer nada todo eso. Todo acerca de ella. Debe seguir adelante, debe seguir ocultándose como si fuera una sombra... hasta que su cuerpo se funda en la oscuridad y no sea capaz de verse.

Una sombra sin sentimientos.

—¡Oh Dios, Gregorio, deja a Valeria en paz! —Nina se sentó en las piernas de Valeria, Gregorio se sobresaltó y se echó hacia atrás—. Si quieres meterte dentro de sus pantis disimula un poco más, ¿no crees? —reprochó con desdén.

—¿Qué pasa, Nina? A ti también te quiero. —Le lanzó un beso, pero en sus ojos se veía que estaba muy irritado.

—Asqueroso, estás borracho, ve a ver a tu amigo, que ya se fue.

Valeria pensó que sus oídos habían fallado, ¿de verdad se había ido?, pero ¿por qué no se dio cuenta?, ¿en qué momento dejó de estar consciente de que él observaba a su amigo estar muy cerca de ella? Estúpida. Estúpida, se dijo a sí misma, quizás ahora esté enojado.

—¿Qué amigo? —pregunta Valeria dejando flotar sus palabras para que suenen desinteresadas.

—La Sombra, se fue hace rato —dijo sin darle importancia—. Oye... ¿y tú y Gregorio? ¿Ya tienen algo? —Le pregunta con sonrisa pícaro. Gregorio se había marchado en el instante en que Nina había interferido entre ellos dos. Él no se lo decía a nadie. Pero Nina nunca le ha caído bien.

Valeria iba a negar, pero estaba pensando en que La Sombra se había ido, y que ya no tenía sentido estar allí.

—Tierra a Valeria... ¿hola? —Chasqueó los dedos. Cuando Valeria vuelve a prestarle atención, esta volvió a hablar—: ¿Que si ya hay algo entre tú y Gregorio?

—Solo hablábamos un poco. —«Solo somos casi amigos», pensó. ¿Por qué alguien llegaría a creer que había algo entre ellos y no llegarían a sospechar ni siquiera un poco de ella y La Sombra?

—¿Él tan cerca de ti?

—Define cerca. —Valeria busca con la vista a La Sombra, no podía ser verdad. De verdad se había ido...

—Su boca se pasó la noche entera en tu oreja, ¿no lo notaste? Además, estaban casi abrazados.

—Yo no lo abracé. También te recuerdo que no fui yo quien quiso quedarse, tú me dejaste sola.

—La próxima vez, y si no te gusta, solo te levantas y ya. —Nina la mira seriamente.

—Gracias, Nina.

Nina agarró la muñeca de Valeria y se dirigió hacia donde estaban las chicas sentadas en su lugar favorito: la acera.

—No te preocupes —Nina le había dicho a Valeria cuando notó que se negaba a caminar—, con lo de esta noche es suficiente para que te acepten de nuevo. Hablé con ellas.

Argentina estaba sentada en posición de yoga y las otras chicas tenían sus piernas extendidas hasta el contén y la calle. Era ya tarde y todo el mundo estaba recogiendo para ir a sus casas, porque eso es ya una costumbre, comer, y después irse, al menos que se queden en las aceras, o vayan a otro lugar a hablar y a hacer bulla.

En el barrio se veía mucho a las doñas sentarse en la acera con sillas plásticas, y con los niños del barrio alrededor de ellas para escuchar los cuentos que se inventaban, o que tal vez eran reales. Cuando esas señoras entraban a sus casas, los demás, niños, jóvenes y adultos, sabían que era hora de «ir todo el mundo a su casa», era una clase de toque de queda. Las calles estaban desoladas y los delincuentes podían salir a hacer su trabajo porque ya no había ninguna anciana que le recordase a su madre (por las que habían salido a robar en primer lugar). Ya no había nadie serio en las calles. Esa señal era la que esperaban Argentina y su clan para ir a sus casas.

Usualmente las señoras daban un tiempo prudente, mandan a recoger sus sillas —si alguien se las había pedido prestadas—, se levantan, miran a los lados, y luego, algún niño de esos le entra las sillas a su casa, y ellas cierran rejillas, puertas y ventanas, y, al menos que un nieto de ellas este en la calle, no se vuelve a saber más de esas señoras hasta el otro día. Ese tiempo que transcurría era bastante largo para permitirles a las chicas entrar a sus cuevitas hogareñas, y más porque no todas las señoras decidían entrar a la misma hora a sus casas.

Cuando solo queda la señora Elena, quien todo el mundo especula tiene ochenta y dos años, es que Valeria regresa de la casa de La Sombra siempre.

—Que Dios te me bendiga —le dice en voz baja.

La primera vez Valeria se asustó, pero después, no se sentía a gusto si no le echaba la bendición. Valeria creía en esto, creía que alguna fuerza en el cielo la cubría hasta llegar a su casa porque la doña le había echado la bendición.

«Seguro es su nieta», dirán algunos de los atracadores. «Tal vez es familia de Elena» los surcuros, sigilosos como una sombra, se dirían entre así. Así que de alguna manera, la bendición hacía su trabajo.

En la casa de Marian estaban acostumbrados a hacer esos bonches de vez en cuando y que después todo el mundo desapareciera sin siquiera untarse gas detrás de las orejas. Y, como las doñas aún estaban en las aceras, frente a sus casas, las chicas podían estar ahí un tiempo más.

—La Sombra estaba ligando con Sara... —Argentina revisaba sus memorias—. Y Gregorio con Valeria... y Ramírez estaba con Rose. ¡Yo les digo, esta noche ha sido de ligues!

Valeria se sentó junto con ellas y Nina también, ¿acaso se había referido a Ben, o no había escuchado bien?

—Yo a la verdad que me esperaba eso de La Sombra, a él le gustan con mucho cuerpo así como Sara —Marian comentó—, lo de Ramírez también, ¡felicidades, Rose!

Rose chocó las manos con las de Marian.

¿Si no era de La Sombra de quien hablaban ellas, de quién más sería?

—Pero... ¡¿tú, Valeria?! A la verdad que te liberaste. Gregorio es guapo. —Argentina ahora dirigía su mirada a Valeria, y por ese momento sintió el corazón en la garganta.

¿Qué le había dicho? No escuchó nada. Quizás la había acusado de algo. A juzgar por su mirada es un chisme, pero ¿qué?

Quizás si no hubiese estado pensando en el ligue de La Sombra... pero él ni siquiera la había notado. Se sintió tan triste porque realmente quería que la notara.

«Estúpida», se dijo por tercera vez esa noche. Se suponía que ellos no interactuaban y que a Valeria no le debería importar. Pero esta vez sí, estaba enojada y no pensaba en volver a su casa por mucho tiempo. Además, ¿por qué ella siempre debía ir hacia donde él?

Porque lo necesita.

Y lo sabe.

Necesita saber que alguien la espera, que alguien la desea.

Sentir el calor. Escuchar su voz. Lograr que al menos le sonría.

Era algo que la llenaba de a momentos hasta que se vaciaba y volvía hacia donde él. Algo de lo que no se podía zafar tan fácil. Pero algunas veces tenía que parar. Como iba a hacer justo en ese momento. Si él podía meterse con la tipa de gran cuerpo ella también podía meterse con Gregorio.

Los exámenes estaban llegando y Valeria debía de hacer un montón de trabajo extra para algunas materias, además de que los profesores insistían en que eso sería más práctico y así no tendrían que estudiar para los exámenes, Valeria debía hacerlo también para poder mantener su beca. Debía dar todo de sí, si quería terminar y ser alguien, si al menos quería sacar a su familia adelante.

Se la ponen difícil. Esos trabajos son extensos y tiene que investigar mucho. Valeria no tiene las herramientas a mano, por eso va donde Sabrina, tiene libros y acceso al internet. Allí puede estudiar y ver videos, o quizás películas. Al menos tiene un poco de diversión.

Sabrina tenía dieciséis y era casi de la misma altura que Valeria. Era simpática con ella, como la única persona que le inspiraba confianza en el colegio. No lo suficiente para contarle lo de La Sombra, sin embargo.

Mientras regresaba de la casa junto con ella, Sabrina vio de lejos al grupo de chicos del barrio.

—Oye, él es tan lindo. —La voz de Sabrina nubló su vista, ¿qué dijo?

—¿Quién? —preguntó Valeria mirando al grupo de chicos de nuevo.

—El chico con la gorra. Él me encanta. Es tan misterioso y lindo, desearía vivir por aquí. —Continúo Sabrina soñando despierta.

Valeria supuso que ella estaba jugando.

—Sabrina, pero tú vives bien. —Sabrina vivía en un residencial de clase media, y que ella deseara vivir en ese barrio incomodó un poco a Valeria—. Es estúpido que digas eso. Y además —Valeria se mordió el labio—, él nunca sería bueno para ti. He oído cosas...

—¿Qué tipo de cosas? —De pronto su amiga estaba curiosa.

No había escuchado nada... quizás era el problema. Pero no quería que a su amiga le gustara él... aunque tenía mucho tiempo que no lo visitaba, aunque había tratado de olvidarlo, no quería que nadie se enamorara de él.

—Lo usual, tú sabes... —le respondió como si ambas compartieran un secreto—. Oye, Sabrina, deberías irte a tu casa ya, va a oscurecer y esto se pone muy peligroso de noche.

—¿Cómo le haces tú entonces? —Le preguntó.

—Supongo que vivir por aquí me ayuda un poco. —Se alzó de hombros mirando otra vez hacia donde los muchachos.

Después de despedir a su amiga, Valeria cruzó por el frente de los chicos con sus cuadernos entre los brazos. No miró a La Sombra. Sin embargo, sentía una corriente en los dedos, de pronto su cara estaba caliente y comenzó a caminar demasiado rápido. ¿La estaba mirando, verdad? Solo así podría causar eso en ella.

«No lo hagas, por favor.»

Quizás la reprochaba, tal vez le quería decir que la extraña. ¿Que la extraña? Si es verdad eso, entonces es muy extraño, tan extraño como que llueva y los niños no se bañen en la lluvia. Así que aunque Valeria no supiese nada de lenguaje visual, decidió que sí, que algo quería decirle y no se atrevía.

«Cobardes» eran los dos.

Llegó a casa y se echó en la cama hasta que oscureció por completo. Aunque las chicas la estaban volviendo a aceptar de a poco, Valeria no se sentía como antes, ya no se sentía tan feliz con ellas, de alguna forma las odiaba, por su culpa estaba así.

Claribel llamó a Valeria para que cenara, había hecho una maicena con sabor a vainilla que devoró en un instante. Después de charlar con su mamá y contarle sobre un video que vio de una chica comiendo canela en polvo en casa de Sabrina, salió a buscar a sus hermanitos.

—Carol, dile a Carlitos que ya vengan a cenar. —Carol se levantó del suelo del patio y salió disparada a buscar a Carlitos.

Cuando Valeria lavaba los platos que ella y su mamá habían ensuciado, sus hermanitos entraron a toda prisa, con los zapatos llenos de tierra y las manos sucias de polvo.

—¡Pero lávense las manos!

—¡Está bien, está bien! —gritó Carol.

—¡No, yo quiero seguir jugando con Erick! —Carlitos se echó al piso.

—Ya es suficiente, ve a lavarte las manos y a quitarte los zapatos.

—¿Qué tal si no quiero?

—¡No vas a cenar entonces!

—¡Se lo diré a mamá! —Se levantó del piso, y con sus chanclas sucias de tierra, ensució todo el piso hasta el cuarto de su mamá—. ¡Mami, Valeria está siendo cruel conmigo, la odio!

Valeria bufó y se secó las manos del pantalón que llevaba puesto. Fue a la habitación de su mamá y trató de cargar a Carlitos fuera de allí. Claribel tenía jaqueca, y un niño quejándose no se la iba a quitar de ninguna forma.

En el baño otra vez tuvo que ver su reflejo en el espejo roto mientras sujetaba las manos de Carlitos debajo de la llave del lavamanos, lo sentó en la tapa del inodoro y le quitó los zapatos. Carlitos estaba rojo de tanto llorar, y como resultado de su pequeña lucha, Valeria tenía toda su ropa salpicada de agua y los muslos de su pantalón sucio de la tierra que desprendían los zapatos de Carlitos cada vez que intentaba patearla.

—¡Si no dejas de llorar te pondré de castigo! —Valeria estaba histérica.

El niño no hizo ni un poco de silencio. Lloró hasta que Carol terminó de cenar, y hasta que ya estuvo lista para dormir.

A las nueve y media fue al cuarto donde dormía, donde estaba Valeria, y le topó el brazo.

—Manita... manita...

Valeria lo ignoró por completo, a un lado de ella, estaba Carol durmiendo.

—Tengo hambre y sueño.

—Entonces come y ven a acostarte.

—Tengo miedo de estar solo. —Su voz se le quebró y sus mejillas se llenaron de lágrimas—. Perdóname, Val, yo no quería decir que te odio. Porque no te odio, te amo, ¿puedes por favor acompañarme a cenar, cepillar mis dientes, y esperar que me duerma antes de irte? —Carlitos sabía que Valeria se ausentaba en las noches, pero no le decía nadie.

Valeria esperó un momento. Carlitos solo tenía seis años, ¿podía enojarse de verdad con él?

—Está bien, te perdono. —Sonrió, luego se levantó y lo abrazó—. Ven, vamos.

Esperó a que cenara su maicena, y después hizo la misma rutina que había hecho con Carol hacía media hora. Cuando terminó fue al cuarto de su mamá, se sentó a su lado en la cama y con el dedo del medio y el índice juntos le untó un poco de mentol en el lado derecho e izquierdo de la cabeza.

—Mami, voy a salir con Nina, volveré pronto. No te preocupes. —Valeria le susurró a su mamá al oído, después plantó un besó en su mejilla—. Te quiero mucho, mami.

—Cuidate, Valeria, por favor. —La voz de Claribel denotaba su malestar—. Pero llega temprano, que si sigo así mañana vestirás a los niños temprano para que vayan a la escuela.

¿No lo hacía todos los días? Ella sabía sus obligaciones, pero como su mamá estaba así no quiso discutir.

—Voy a ver.

—¿Qué hora es?

—Ocho y media.

Si su mamá sospechara y lo fuese a comprobar en los relojes de la casa, ellos confirmarían su coartada, todos los relojes que pudieran existir en la casa ya los había manipulado Valeria, así cuando llegaba «muy tarde», para su mamá solo llegaba «tarde» y ya.

Valeria fue otra vez a la habitación donde dormían los niños y se quitó la blusa mojada que tenía y se puso una camisa sin mangas. Pensó quitarse el pantalón, pero no estaba tan estropeado. Se miró al espejo antes de salir y comprobó que sus labios se veían muy cenizos. Tenía una barra labial para humectarse y la deslizó por sus labios, después, sigilosamente, abrió la puerta de la casa y se dirigió a casa de La Sombra.

Valeria tocó la puerta tres veces. Sus pies se movieron en un vaivén por unos segundos, estaba ansiosa. Pero nada. Nadie abría la puerta. Empezó a sentir frío en los brazos y deseó haberse puesto algún abrigo. Allí parada se debatió entre continuar o darse la vuelta y marcharse, quizás él ya no la quería, quizás ya su no acuerdo había terminado.

Quizás debía dejar de bloquearse.

Tocó la perilla de la puerta, estaba fría, tan helada que sintió un respingo en el cuerpo. La giró. Estaba abierta, qué raro. Entró sigilosamente, y cuando lo hizo, sintió que el ambiente de familiaridad la cubría. El lugar tenía una esencia, un olor que lo definía y sabía que otra vez había caído en su trampa.

No estaba en su sala ni en su cocina, eso era lo primero que veías cuando entrabas a su casa. Así que decidió entrar a la habitación. La luz estaba apagada y lo único que alumbraba era la luz del baño encendida. Nunca la apagaba. Valeria pensaba que era porque temía dormir en una completa penumbra. ¿La Sombra con miedo?, se preguntó.

—Tienes que aprender a controlarte. —Ben ya sabía que estaba en la habitación. Escuchó cuando tocó la puerta, cuando la abrió y también cuando entró. Cualquiera lo hubiese hecho—. Caminabas tan rápido que parecías un cohete.

—¿Lo notaste? —Valeria preguntó alzando una ceja.

—Ja. Todos lo hicieron, por suerte ellos pensaron que era por Gregorio, ya sabes lo que se anda diciendo.

No sabía qué se andaba diciendo, tampoco quería saberlo. Exhaló y observó cómo Ben se levantaba del suelo y se acercaba hacia donde ella. Él con su mano derecha levantó la quijada de ella para que lo mirara a los ojos.

—Yo sabía que vendrías.

Puso su mano por detrás de su cabeza, agarrando su cabello allí como una caricia. —Sabía... que... vendrías... —Comenzó a jugar con sus labios, después los estrelló con los de él, como si estuviera hambriento, como si fuera un nuevo juego ese de no dejarla respirar.

Valeria trató de interponer su mano en el pecho de él para que se detuviera, para que la dejara respirar un segundo, después lo besaría, lo besaría todo lo que él quisiese.

—Te extrañé mucho, Ben. —Aunque había afirmado, había un pequeño tono de pregunta.

Se detuvo, alejó un poco el rostro de ella para verla mejor, tenía los ojos cerrados. Se alejó más. No recordaba que Valeria supiera su nombre de pila, pero pensándolo, ya sabía mucho de él, Valeria... Valeria... ella estaba adueñándose de su cabeza, eso no podía seguir ocurriendo.

—Ven. —Le pidió a Valeria. Ella abrió los ojos y él ahora estaba sentado en la orilla de la cama. ¿Qué tan rápido puede moverse?

Titubeó por unos segundos, pero cedió. Ben empezó a quitar uno por uno los botones de su camisa. Se tomó su tiempo entre cada uno, deslizando sus dedos en la piel que se exponía por cada botón desabotonado. Cuando acabó dejó caer la tela al piso. Acercó su cara a su vientre y sopló en él con una sonrisa en la boca.

Lo disfrutaba, eso, jugar con ella, que ella esté así: con los ojos cerrados sin saber qué hacer. Sus labios hicieron contacto con su piel, abrió su boca y con sus dientes mordió la delgada capa de su piel.

Valeria sintió un escalofrío. Hizo una mueca.

—Valeria, ¿qué tal si bailas un poco para mí?

Valeria no se movió, pero su corazón latió rápido. Él rozaba el vientre de ella con su nariz, esperando su respuesta.

—No puedo.

—¿No puedes?

—No puedo —repitió más alto. Empezó a sentir muy apretado el agarre que él tenía en sus caderas.

Él se levantó y dejó de sujetarla.

—¿No puedes o no quieres? —Le cuestionó, acercándose mucho a ella, tanto que con su pecho la empujaba hacia atrás.

Valeria puso paso firme porque se estaba tropezando y no quería caerse.

—¿Es que acaso estás loco?

—¡No digas cosas estúpidas!

—¡¿Estúpidas?! —Se sintió ofendida—, ¿Pero por qué tengo que bailar?, eso no está en el acuerdo.

—¿Qué acuerdo? Yo solo te follo y ya, no tenemos ningún acuerdo.

Sintió una punzada en el centro de su pecho, las manos frías, y los ojos como si fueran una presa a punto de desbordarse. Lo miró con rabia, y recogió su camisa que yacía en el suelo.

—¿Valeria, qué haces? —Hizo un ademán con sus manos señalando hacia donde se había agachado para recoger su camisa. Casi sonó como si estuviera arrepentido de haberle dicho eso, pero era la verdad. Los dos los sabían, ¿por qué evitaban ser sinceros?

—Me voy, yo sabía que no debía volver. Yo sabía que tú estabas con la prima de José. Sabía que tú no me querías más.

—Nunca nos hemos querido el uno al otro, Valeria, deja de decir disparatadas.

¿Disparatadas?, ¿acaso sabía él lo que ella sentía o no?

Se puso su camisa de nuevo. En realidad no quería llorar. No en frente de él. En vez de eso, deseó con todas sus fuerzas que él dejara de echarle en cara que no tenían nada.

Nada.

«No hay nada», se dijo. «¿Por qué quieres llorar?, ¡no hay nada, no hay nada, no hay nada, ¡no hay nada!»

—No quiero bailar porque no se me da bien, no lo quiero hacer porque como tú dijiste, solo «follamos» y ya. —Quiso explicarse a sí misma, a él no le debía ninguna explicación.

—Si no lo quieres hacer vete y ya. No hagamos nada, que no te estoy obligando —le dijo. En su voz había desinterés. Hirió su ego.

«Pero quiero una historia de amor... », se dijo. Pero entonces se dio cuenta de que lo que hacía con él era de zorras y no tenía nada que ver con el amor. Salió del cuarto después de volverse a abotonar todos los botones de su camisa.

Ben resopló y salió atrás de ella. «Es infantil... es una niña», se dijo para mantenerse tranquilo. Trato de detenerla dos veces, pero Valeria se rehusaba. A la tercera logró tomar su brazo y voltearla hacia él para después apretarla en un abrazo. Valeria se desmoronó allí mismo. Quería decirle que lo quería, que ella sí lo quería. Pero eso ya dañaría las cosas.

Calor corporal. Esa es una de las cosas que más le gustan a Valeria. Ese que le da Ben, no La Sombra, cuando La Sombra es más como Ben todo es más calmado y tranquilo. Siente que nadie la va a juzgar. Nadie la va a señalar, nadie la va a echar de lado. Él solo estaría tranquilo, sus caricias serían suaves. En sus brazos, en sus mejillas, jugaría con los dedos de sus manos casualmente. Él tiene el poder de quemar su piel sin que le duela en lo absoluto.

—Tal vez estaba celoso.

Su voz casi no se escuchó al decir eso.

Ella no entiende muy bien qué ocurrió. No entiende a qué se refiere. Tal vez no quiere entender.

De pronto sintió una sensación esperanzadora en su pecho, ¿y si la razón por la que Ben actuó así, era porque ella le empezaba a gustar?

Entonces estaría feliz. Muy feliz.

Es tarde, demasiado tarde como para que ella se vaya a casa sola.

—Quédate a dormir.

—No puedo.

—Está muy tarde para que te vayas, ¿no crees?

—Mamá me va a matar. —Valeria volteó la cara hacia él.

—No lo hará.

Valeria se volvió a voltear y miró la perilla de la puerta.

—No seas aguafiestas.

Una sonrisa fantasmal apareció en los labios de Valeria.

Ben se acercó a su oreja. —Solo quédate.

Huele a mañana.

En el barrio siempre se escuchan los pajaritos cantar. Ellos anuncian paz. Si alguna vez no cantaran temprano sus hermosas melodías, entonces sería señal de que no habría paz. Y todo el mundo se levantaba sospechoso, mirando, observando.

Todos saben que los pajaritos cantan solo donde hay paz.

Ella se mueve, hay alguien dándole la espalda. Dios. Entró en pánico. ¡Había dormido en casa de La Sombra! ¿Qué le va a decir a su mamá?

Se movió rápidamente, se colocó sus sandalias y luego se peinó el cabello. Recordó que era viernes. ¡Tenía que ir al colegio!, ¡tenía que arreglar a los niños!

Miró una última vez a La Sombra y después salió a la calle. A las seis y media de la mañana no hay mucha gente. Entre los que van al trabajo, y los que recién abren las ventanas. Muchos ni siquiera se fijan en el rostro de Valeria.

Antes de tocar la puerta de su casa se dice a sí misma:

«Podría gustarle.»

Todo lo demás carece importancia, ni siquiera escucha lo que dice su mamá.

—... Valeria, Dios, ¿dónde estabas, hija mía?

«Podría gustarle.»

—Nina me dijo que estaba muy tarde como para salir de su casa, lo siento.

«Podría gustarle.»

Claribel miró a su hija.

—Le voy a preguntar entonces, voy a hacerlo, Valeria. Justo aho-ra, voy a ir a su casa. Tú quédate arreglando a los niños...

«Podría gustarle.»

Despertó a los niños y los arregló, rezó para que Nina secundara su coartada aunque no supiera de qué le hablaba Claribel, además de eso, seguía repitiéndose. «Podría gustarle.»

Todo el día. Ni siquiera le hizo caso al castigo que su mamá le impuso. Le dio gracias a Dios porque Nina la cubrió después de todo, aunque tendría que decirle dónde había pasado la noche, aunque después tendría que decirle que ya se le había quitado «el queso».

En la escuela, todavía sonreía.

«Podría gustarle.»

Se había admitido a sí misma que estaba enamorada de él, de él, de él, de él y solo de él... porque... porque... ¿acaso lo podía explicar?

Según Valeria estar enamorada no es como decían muchas... que el amor destruye... que el amor para las personas solas solo las hacen sentir más solas... que no era bueno estar enamorado... y solo por ese día agradeció haberle hecho caso a Argentina.

Ella estaba feliz. Muy feliz.

—¿Cuál es verdadero nombre de La Sombra? —pregunto Raini.

—No lo sé. —Argentina respondió desinteresada—. ¿Por qué no le preguntas a Gisela? Ella estuvo con él...

—Pero por eso no necesariamente significa que él le dará su nombre. —Rose comenzó a pintar la otra mano de Argentina.

Nina las miró. —Ramírez o Gregorio, uno de ellos puede saber.

—¿Y por qué ustedes no saben nada de él? —pregunto Valeria.

—Tú tampoco sabes, no te excluyas —dijo Raini.

Valeria se calló. Era verdad, se suponía que no sabía nada de él. Y eso último era bastante estúpido. La Sombra había crecido con ellas y había nacido en su barrio, ¿cómo no lo conocían lo suficiente?

—Como sea, yo solo preguntaba porque el tipo está buenísimo en realidad.

—Barto... ¿creo?, algo con «B», estoy segura —Rose intentó recordar—, es que Raini siempre le decimos La Sombra, es como si su nombre no importara tanto.

—Sí, lo que pasa es que nos hemos acostumbrado mucho a decirle La Sombra, ¿ven? —concordó Argentina con Rose—. Valeria, ¿cómo te va con Gregorio?

Valeria sonrió.

—No va nada. No lo veo desde antes de anoche.

—A Val se le ve que no le gusta como sea —dijo Nina y se sentó donde estaba Argentina para que Rose le pintara las uñas—. ¿Te la vas a pintar tú también? —le preguntó a Valeria.

—No, no —respondió Valeria—. Yo me tengo que ir para la casa. Mami... o sea Claribel seguro me espera y no me dejara salir hoy por haber dormido en tu casa.

—Ah, claro.

—¿Valeria durmió en tu casa? —preguntó Raini en voz baja. Pero Valeria escuchó.

Se levantó de la acera y fue camino a casa. Siempre debía pasar por el frente del colmadón donde están los chicos hablando o haciendo nada. Valeria no entiende cómo se mantienen económicamente, si no hacen nada para producir dinero... tal vez sean sus padres, quizás ellos aún vivían del dinero de sus padres. Baja la cabeza, trata de caminar normal... aunque si mira bien, La Sombra no está ahí. Puede actuar normal.

—¡Valeria! —Gregorio la llama. Ella se voltea para verlo venir. En su mano, tiene un celular negro sin teclas—, ven que me quiero tomar una foto contigo.

—¿Y qué es eso? —preguntó Valeria. Los aparatos electrónicos despertaban mucha curiosidad en ella.

—Mi nuevo celular. —Sonrió en grande y se lo pasó. Valeria comenzó a ojearlo mientras él la guiaba hacia donde estaba antes. Luego se sentó en el banquito vacío y él se sentó a su lado. Minutos después encontró la cámara y estaba por el frente. Vio su cara sudada y sus ojos negros reflejados en ella. Quería un celular así, no para hacer llamadas, sino para jugar, para grabarse, amaba las cámaras.

Gregorio se pegó a ella y se tomaron una selfi, en la que Valeria no sonrió porque no la esperaba. Para la próxima, Gregorio rodeó a Valeria con su brazo para tomar la foto con esa mano y que no saliera en movimiento.

Valeria sonrió, y en ese instante, cuando Gregorio miraba las fotos tomadas, La Sombra se sentó al lado de Valeria, y ella se quedó mirando su perfil totalmente paralizada.

¿De verdad?, ¿por qué lo hace? ¿Estará celoso de nuevo?, había dicho que estaba celoso, antes... antes lo había dicho.

—Eh... —Valeria empezó a hablar dirigiéndose a La Sombra.

—Valeria, sal conmigo esta noche. —La interrumpió Gregorio.

—¿Salir contigo? —Valeria dejó de mirar a La Sombra y lo miró a él confundida—, es que no puedo. —Miró a La Sombra, y buscó su mano por detrás del banco, pero él la apartó. Valeria volvió a mirar a Gregorio—. Tengo cosas que hacer en casa. —Se puso de pie.

—Valeria... —Se puso de pie también.

—Hablamos después, Gregorio. —Se marchó corriendo con una sonrisa en el rostro, no por Gregorio, sino porque La Sombra la miró cuando se levantó.

La Sombra miró a Valeria correr y después observó a su amigo mirar su celular y las fotos que se había tomado Valeria con él. Y él, su amigo, estaba sonriendo, y se empezó a preguntar cuándo empezó su mejor amigo a enamorarse de ella.

¿Cuándo había empezado con esto y por qué no se dio cuenta?

—¿Te gusta Valeria? —Su voz sonó demasiado desinteresada. Se le daba bien.

—No lo sé, Ben —responde—. Estoy tratando de saberlo.

—No juegues con ella. No se merece que la utilices. —La Sombra no se sentía para nada hipócrita. Es más, ni siquiera se había dado cuenta de que lo que le decía a su amigo que no hiciera con ella, lo estaba haciendo él, y quizás era la razón de todo. Porque él sentía que tenía más derecho que todos sobre ella.

Capítulo 5
DESEO

—Necesito un favor. —Su voz salió entrecortada, había venido corriendo.

—¿Sí? —preguntó desinteresado, estaba preparando un tazón de cereal cuando ella había irrumpido a la casa—. ¿Pero ni siquiera vas a saludarme?, ¿a decirme hola?

—Hola. —Se acomodó el cabello detrás de la oreja.

Ben sonrió. —Bien, ¿quieres compartir el cereal?

Su estomagó rugió. Bueno, sí, tenía hambre. Le había dado toda su cena a Carlitos para que dejara de hacer berrinches y se fuera a acostar. Pero divagó, estaba pensando en si debía o no comer ahora.

Despertó. Pestañeó varias veces y avanzó unos pasos.

—Quería dinero prestado.

—¿Dinero? —repitió, la miró con ojos despectivos y se sentó en el sofá con el tazón de cereal apoyado en la mesita que le quedaba al frente. Era mucho cereal, ¿podía comerse todo eso? Valeria agarró su estómago—. ¿Cuánto dinero quieres, Valeria?

A veces... a veces Ben le prestaba a Valeria, aunque no era a ella exactamente, era a su mamá. Valeria prefería mil veces pedirle dinero prestado a Ben que a Julia, su vecina de cuadra, ella era una arpía y lo vivía echando en cara. Al menos Ben se lo prestaría hasta que consigan el dinero para pagarle.

—Son mil pesos...

Tomó una cuchara llena de cereal y la masticó. —¿Segura que no quieres? —Se limpió la boca, Valeria se distrajo con sus labios. Luego se acercó y se sentó al lado de él—. Abre la boca.

—No soy una niña —le dijo, poniendo los labios en línea recta.

—¿No lo eres? —preguntó cínicamente.

Valeria negó y comió del cereal, tenía hambre.

Ben bajó la mano de Valeria, que sostenía la cuchara e hizo que la soltara, besó a Valeria inclinándose sobre ella. Valeria lo detuvo. Tenía que detenerse porque estaba empezando a sentir cosas. Y no las cosas que sentía antes, era algo más fuerte. Algo que ni ella misma podía evitar.

—¿Qué pasa si me llegas a gustar mucho? —le preguntó Valeria con una de sus manos en su cuello. Buscaba algo en los ojos de Ben pero no encontró nada.

Él la miro por unos segundos. No podía hablar en serio.

—Yo nunca te voy a gustar, Valeria. De eso tienes que estar segura, ¿bien?

—¿Por qué? —Se sintió confundida.

Se levantó del sofá y fue caminando al cuarto. Valeria se quedó allí. En realidad pensó que él le respondería con algo tierno. No fue así.

Desde la habitación le voceó:

—Eso solo pasaría si fueras estúpida, y Valeria, yo no creo que tú seas estúpida.

—¿Cómo sabrías si soy estúpida o no? Mira como siempre vengo a ti, ¿no soy ya lo bastante estúpida?

Volvió a la pequeña sala y se hincó en el sofá al lado de ella.

—No lo eres. Lo sé, Valeria.

—¿Y tú lo eres?

Se inclinó y agarró uno de los labios de Valeria con los suyos. Después se alejó y colocó algo en su mano.

—No lo soy.

—¿Es que no te gusto? —preguntó ella.

—¿Qué clase de pregunta es esta? —Se rio. Recogió las sobras de cereal que había dejado Valeria. Se lo había comido casi todo, sin ni siquiera darse cuenta.

—Yo te pregunté que qué pasaría si me llegas a gustar mucho, y tú dijiste que no era la suficientemente estúpida para eso...

—Ve al grano. —Se oyó molesto, Valeria se movió incómoda en el sofá.

Tenía el dinero en su mano. Podía irse. Pero no quería, La Som-bra no era su proveedor monetario, era su proveedor de compañía. A veces, si lo hallaba de buen humor, podía sacar las palabras justo como las pensaba. Sin tener que pasarlas por filtros ni nada.

—¿Podrías enamorarte de mí?, ¿eres lo suficientemente estúpido?

—Tú sabes que yo no soy estúpido.

Valeria entendió la respuesta. Se levantó del sofá.

—Me gustaría ser estúpida, por ti.

Ben estaba recostado de la meseta de la cocina, mirándola. Ella era inteligente, eso pensaba él, pero, ¿acaso sabía de qué se trataba todo esto, o solo se hacia la estúpida?

—Es lo que estás haciendo justo ahora, ¿fingiendo ser estúpida?

Valeria exhaló ruidosamente.

—Hablas en código morse y no te entiendo. Solo dime, ¿es que yo nunca podría gustarte? —Le gustaba lastimarse, sabía la respuesta y ya sus ilusiones pasadas habían sido brutalmente asesinadas por sus palabras. Sintió un nudo en la garganta.

—Tú y yo no congeniamos. Quiero decir que, así como tú no me gustas, tú no deberías gustar de mí. Ni un poco. No somos nada. Tú eres libre, yo también. Tú sabes eso. Lo sabemos los dos.

Valeria mordió su lengua. Asintió. Se le ve tan normal. No pasó nada. No dijo nada malo. No la lastimó.

«Nada.»

—Olvida lo que digo, Valeria... —Empezó a decir preocupado cuando vio que se marchaba de la casa. Si no la conociera bien, pensaría que iba a llorar, pero él sabe que ella es fuerte, que no va a llorar—. ¡Valeria, hazme caso cuando te hablo! —Ella se mordió el labio y se dio vuelta. Odiaba que subieran la voz—. Tal vez si te deseo —dijo soltando las palabras—, ¿te conformas con eso?

—Pero no me quieres. —Se alzó de hombros.

Sacudió su palma hacia abajo para que hablara más bajito. Si hablaba tan alto, podrían escucharla.

—Valeria —la llamó, para que le prestara atención—, ¿de verdad importa? Solo déjalo ir.

—Está bien, yo ya me voy.

—Lo nuestro es deseo. Y de ahí no pasará porque no somos estúpidos. ¿De acuerdo? —le voceó a su espalda.

Valeria siguió caminando y asintió. «Está bien», se dijo, después se lanzó a correr tan rápido como pudo. Cuando llegó a su casa tiró el dinero encima de la mesa, y se echó con sus hermanitos en la cama porque se negaba a dormir en el piso.

—¡Valeria! ¿Qué es esto? —La voz de su mamá venía de la cocina.

—¿El qué? —voceó devuelta. No le importó que sus hermanitos estuvieran allí durmiendo.

—¡Ven!

Valeria se levantó de nuevo, fue arrastrando los pasos hacia donde ella otra vez. Claribel estaba en el comedor con tres papeletas de mil pesos.

—Solo dije mil —preguntó extendiendo el dinero.

¿Por qué La Sombra le había dado más de lo que había pedido?

—Quédate con los dos mil, me los gané.

Y se volvió a acostar. Su mamá se quedó con la boca abierta, sin entender nada. O *sin querer* entender nada. No quería saber cómo su hija consiguió tanto dinero, no quería saber cómo se los había ganado. Se tragó eso para sí misma. Los necesitaba.

—¿Quieres decir que es tu menarquia? —Abrió los ojos.

—Creo que sí. —Se alzó de hombros.

—¿Sabes lo que tienes, no?

—Sí.

—No entres en pánico. —Le regaló su caja de toallitas que guardaba en el casillero del salón de maestros—, te va a venir cada mes y a veces dolerá, algunas veces tus pechos se hincharán y te llenarás de agua, o te pondrás de mal humor. Todo eso es normal y no te asustes.

Valeria soltó el aire. Así que por eso le dolían los pechos. Le iba a llegar por primera vez. No tenía ninguna ETS y Dios no la estaba castigando por hacer cosas malas.

—¿Cuándo va a parar?

—Todo depende, ¿en serio es tu primera vez? —Alexa, la profesora, preguntó otra vez.

—Sí, nunca antes.

Algo hicieron mal al no explicarle bien todo ese asunto de ser mujer, o a lo mejor ella no prestó atención. Lo que sea, Valeria tiene el presentimiento de que no es la única chica desinformada. Nunca le importó. Hace algunos meses atrás seguía jugando con muñecas que tenía en su casa y que ya las había heredado Carol. También vestía como una niña. Pensaba como una.

Todo cambió después de que comenzó a escuchar a Nina y a sus amigas, aprendió un par de cosas, también cuando comenzó a ir donde Ben, le enseñó muchas cosas. Despertó sus sentidos. Él explora todo en ella, como ni ella misma puede. Robó su inocencia, sin embargo, ella estuvo de acuerdo. Ahora es una mujer; no lo parece tanto por fuera, aunque en su rostro se pinta una pizca de inocencia. Lo es. Es una mujer desinformada sobre las partes de su cuerpo. No sabe nada de ella, ni de sus cambios, ni de sus hormonas, ni de cómo debe cuidarse.

—Ahora podrás procrear bebés. Eres una mujer completa. Y te debes proteger.

La cara de Valeria se quedó inexpresiva, ¿sabía que no era virgen?, ¿Qué era una mujer «completa»?

—Pero yo no hago nada de eso. —Su voz salió temblorosa.

—Lo sé, Valeria. Pero tienes que saber esto. Toda chica debe saberlo. —Dejó sus cuadernos en la mesa del salón del maestros, Valeria guardó las toallas en su mochila—. A mí también me llegó tarde. En realidad a los diecinueve, ¿tú tienes diecisiete, verdad?

—Ajá... —dijo insegura. La verdad es que prefería tener esta charla con una profesora más que con su mamá. Si fuera Claribel ella lo descubriría, puede ver a través de sus ojos. Se da cuenta de lo que oculta aunque no lo demuestre.

—Podrías empezar mañana, en una semana, o en un mes, tal vez en años. Pero cuando empieces a tener tu vida sexual activa debes protegerte. No querrás salir embarazada sin estar lista, ¿cierto?

—Ajá...

—Píldoras, condones, inyecciones... hay muchas formas. ¿Está claro eso para tí?, ¿conoces esos métodos?

—Nuestra profesora de Orientación Sexual fue muy clara en esos tipos, y otros más, pero profe, no pienso hacer eso ahora. Espero llegar virgen al matrimonio. —Sonrió nerviosa, sus ojos estaban brillantes—. Sin embargo, gracias por su ayuda. —Tocó su mochila—. En serio, gracias.

Valeria tropezó cuando intentó salir de la sala de maestros. Después colocó su cabello detrás de la oreja e inhaló y exhaló profundo.

—¡Ya eres mujer!, ¿ya eres mujer? —Nina saltó varias veces—, ¡esto hay que vocearlo!, espera, ¿qué dijo tu mamá?

—Hizo un alboroto al igual que tú.

—Esto es tan divertido. —Aplaudió dando brinquitos.

—No es divertido. Tengo ganas de golpear a alguien fuertemente. —Valeria miraba sus pies mientras caminaba.

—Aún no entiendo por qué te llevo tan tarde —le dijo.

Las dos se dirigían para la cancha, donde estaban todos debido al juego de básquetbol de los muchachos del barrio.

Eran las selecciones, varios equipos de distintos barrios tenían un partido para definir quiénes irían a las finales. Este partido, entre Surcuros y Lobos, tocaba en la cancha del barrio.

Usualmente en estos juegos vienen muchas personas y se cobran entradas, pero cuando es en las selecciones, y no en las finales, no van muchas personas, por lo tanto, la entrada es gratis.

Valeria puede ir a ver a La Sombra sudar desde lejos bajo los incesantes rayos del sol. Puede escuchar a chicas suspirar por él, y no poder hacer alarde de lo suave que son sus manos en su cuerpo. Puede verlo a la luz del día por mucho tiempo, quizás nadie note que solo lo mira a él.

—Mi mamá dice que es de familia, que ella fue a los dieciocho, y la profe dice que no es nada, que ella fue a la diecinueve.

—Tampoco lo sabía, eh, ahora cuando te quiten el queso tendrán que usar protección. No vas a querer tener un hijo a estas alturas. —Se acercó a Valeria, tocando su brazo—. Yo he escuchado casos en los que las chicas salen embarazadas en su primera vez. Tú no quieres que eso te pase, ¿verdad?

Nina entró por el portón de alambrado y se sentó en las gradas. Valeria vaciló un poco. No quería estar embarazada. Su papá la mataría. Su mamá moriría de pena. Destruiría todo, incluso más de lo que estaba ahora. ¿Cómo algo tan bonito como un bebé podría destruir tan catastróficamente la vida de alguien?

—¿Qué, no vienes?

Valeria fue donde Nina y se sentó junto a ella. Hay un par de personas más ahí también, las otras tienen un círculo alrededor de dos chicos en medio de la cancha.

La Sombra y otro chico. Ellos están discutiendo, Valeria no llega a entender qué está ocurriendo. Iba a pararse y decirle a aquel chico que se aleje de Ben.

No puede. Ella es una chica. El tipo tiene músculos, y se supone que ella no habla con Ben. ¿Cómo va entonces a defenderlo?

Ben salió de allí disparado a la banca, no iba a discutir más. Mientras caminaba atrapó a Valeria mirándolo. Ella llevaba un abrigo, recordó que era noviembre. Que hacía un poco de frío.

No había vuelto por toda una semana después de que le dijo que solo la deseaba. Y ahora estaba allí, viéndolo de lejos cuando fácilmente podía verlo de cerca.

—Sombra, ¿qué ocurre? —Pregunta Nina cuando él llega a las gradas, allí tiene su franela¹—. ¿Por qué peleabas?

Él la mira y después responde:

—Cometió una falta, es un maldito tramposo. —Se puso de nuevo la franela—. ¿Qué hacen ustedes aquí?

¹ Prenda de vestir.

«Ustedes.» ¿Se había referido a Valeria? Si es así, entonces no ve una razón por la cual no pueda responder.

—Vemos el juego. —Valeria le sonrió. La Sombra miró hacia arriba, su sonrisa se borró.

—Ya acabó. —Miró hacia otro lado, y después se marchó.

—¿Desde cuándo estas aquí? —Ben tenía algo en las manos, lo guardó cuando sintió que ella estaba cerca.

—Acabo de llegar —anunció alzando las manos.

—Ven aquí.

Valeria se acercó y lentamente se sentó junto con él en la cama. Está tibia, de él. Extrañaba eso.

—Puedes tomarte fotos con esto cuando quieras. —Era una pantalla sin botones, la cámara frontal estaba encendida. Valeria miró la pantalla y se vio a sí misma reflejada en ella.

—¿De dónde lo sacaste? —No sabe nada de eso. Pero sí sabe que es bastante cara. Y no es como la que tenía Gregorio, es más grande, liviana, sencilla. ¿Lo habrá robado de alguien?

—Mi papá, es que él vive bien.

—¿Y entonces porque vives por aquí?

—Por ti —dijo y sonrió—, y también porque no me gusta vivir del dinero de mi madrastra, ¿entiendes?

Valeria asintió. La Sombra deslizó su mano por el cuello de ella y la empezó a besar. Valeria siguió el beso. Mandaba corrientes por todo su cuerpo.

—Uhm... —rompió el beso—. No vine a hacer eso.

—¿Y a qué?, ¿más dinero? —preguntó—, no te estoy cobrando pero no voy a prestarte más, porque después no me podrás pagar y vas a dejar de venir aquí por eso.

—Tengo mi período. —Soltó sin escuchar lo que él decía.

—¿Qué?

—Es mi primero —continuó diciendo mirándolo a los ojos—. Ya no podemos tener eso. No quiero salir embarazada.

La Sombra se rascó la barbilla uniendo las palabras de lo que ella acababa de decir.

—No me importaría tener un hijo tuyo, me gustan tus ojos.

Algunas veces, La Sombra, Ben, es muy confuso. Porque dice cosas como esas, le hace creer a Valeria que está enamorado de ella, que realmente la quiere y que su vínculo es fuerte. Pero no. No es nada.

—Pero quiero protegerme.

—Tengo condones. A veces lo uso contigo, otras veces se me olvida. —Estrujó su cara con la mano—. No sabía de esto, pero aun así no soy tan descuidado, Val.

—Solo trata de que nunca más se te olvide. —Le pidió y después lo abrazó por largo rato. Fue un impulso—. Me tengo que ir, Ben.

—Valeria... —La llamó antes de que saliera por la puerta de su habitación, ella se dio la vuelta—. Si Gregorio te invita a salir, sal con él.

Valeria divagó, ¿de dónde venía esto?, ¿salir con su mejor amigo estando con él?
—¿No te enojarás conmigo? —preguntó.
—No, no lo haré. Yo también podría estar saliendo con otra.
—¿Y te acostarás con esa otra? —preguntó sin pensar la pregunta dos veces.
—No lo sé, Valeria, ¿para qué quieres saber?, ¿acaso te pregunté si lo ibas a hacer con Gregorio? —respondió irritado.
—No lo haré —respondió despacio. Volvió a caminar hacia afuera.

Capítulo 6 **LA CITA**

Es domingo y Valeria y sus hermanitos se dirigen a la escuela dominical. Aunque ella siente que es injusta la forma en que viven ahora, cree en Dios y, sorpresivamente, no lo odia.

Algunas veces le preguntaba por qué ocurre todo. *¿Por qué pasan cosas malas?* Otras, dudaba que existiera de verdad, pero como no se convencía de su no existencia y no tenía ninguna otra prueba firme que lo confirmara sino más argumentos para confirmar su existencia, creía en él.

A Valeria le gusta orar a Dios e ir a la iglesia. Pero no le gusta la gente de la iglesia. El Monte de Nazaret es una iglesia pentecostal que se alza al final de la calle de delante de su barrio. Prácticamente no estaba situada en su sector, era más bien uno mucho mejor, y los miembros de la iglesia eran de mayor clase social; la gran minoría pobre, como Valeria, ni siquiera se notaba.

No es de extrañar que se sienta excluida por las chicas de la iglesia por igual. Tal vez su ropa no hacía diferencia con la de las chicas del barrio, pero sí con de las chicas del Monte Nazaret. También, cuando iba a escuchar las prédicas en la noche, se sentía atacada. Como si todo lo que decía el predicador la denigrara y la hiciera sentir pecadora.

No siempre es el mismo predicador, ahí radica el punto, son distintos cada domingo. Solo hay una sola cosa en común; todos coinciden en que ella es una pecadora y que vivirá por una eternidad en el lago de fuego y azufre.

No la señalan, y tampoco saben su nombre. Pero Valeria sabe que hablan con ella, sobre ella, sin piedad. Quizás Dios le esté mandando un mensaje.

Pero tampoco es su culpa. Es que no puede parar de hacerlo. Es lo que la mantiene viva de alguna forma, y quizás nadie lo entenderá. Ni siquiera su consejera de la clase dominical cuando le dice que el sexo antes de matrimonio es pecado.

Y Valeria no cree que él se quiera casar en realidad.

Los tres hermanos vienen agarrados de las manos y cantando uno de los coros de la iglesia. Al entrar a la cuadra del barrio se nota el cambio de ambiente. Algunas veces es tan radical, hasta con los ojos cerrados Valeria se daría cuenta de que llegó al barrio, los sonidos, los olores, todo.

Está mirando al suelo, y se detiene, alguien con unos jeans azules está frente ella. Alza la vista y lo ve, es Gregorio, él la está mirando con una sonrisa. Trata de sonreír, pero no lo hace.

—Esta noche —dijo—, deja que te compre un helado.

—¡Yo quiero helado, Valeria! —gritó Carlitos. Carol lo miró mal.

—Calla, Carlitos. —Carol se puso el dedo índice en los labios.

—Yo no puedo. —Valeria respondió apenada negando con la cabeza—. *Lo siento.*

—Si no quieres estar sola conmigo, no sé, tu hermanito puede ir. —Gregorio la estaba siguiendo.

—¡Yo quiero ir, yo quiero ir! —Carlitos se detuvo y empezó a saltar.

—¡Carlitos!

—Carol, no le grites así. —Valeria miró en señal de reprimenda a su hermano mientras lo haló del brazo. En ese instante recordó lo que le había pedido La Sombra. ¿Que salga con su mejor amigo?, ¿de verdad?—, ¿puede ir Carol también?

—Claro. —Suavizó la voz y sonrió. Después, acarició la mejilla de Valeria y le planto un beso allí—. Te veo después.

Se quedó parada allí por unos segundos. Rápidamente volvió a caminar, otra vez con la vista hacia la calle, los niños seguían cantando, pero Valeria ya no podía. Se estaba preguntando del cómo sabía La Sombra que su amigo la invitaría a salir, ¿hablaban de ella entre sí?, ¿no sería incómodo? ¿Por qué Ben simplemente no le decía a Gregorio que ya ella estaba con él?

—¿Qué te respondió?

—Aceptó —dijo con una sonrisa—, aunque tendré que ir con sus hermanitos. —Aun así, su voz no sonó decepcionada.

—Qué pena, no te podrás acostar con ella como planeaste.

—Inevitablemente, en la voz de La Sombra había tirria.

—Valeria se está poniendo linda, ¿no ves? Solo quiero tomarla antes de que alguien más lo haga. —Si existió ese tono de voz, Gregorio ni lo notó. Seguía mirando al lado este de la calle.

—¿Y si ya está tomada?

—Yo no lo creo. —Frotó sus manos mientras veía cómo el viento movía el vestido de Valeria y dejaba ver un poco más de sus piernas.

—¡Mami, me tienes que poner lindo! —chillaba Carlitos mientras Claribel abotonaba su camisa.

Valeria se peinaba el cabello con un moño alto y la cola suelta. Tomó el pintalabios que le había regalado Nina y lo untó en sus labios.

—¿Y con quien es que van a la heladería? —Preguntó la mamá de Valeria otra vez para estar segura. Lo había preguntado varias veces ya.

Carol se veía adorable con su vestido de flores y dos colitas.

—El novio de Valeria nos invitó a comer helado —respondió la niña.

—¿Novio Valeria?, ¿no estás muy pequeña? —Le voceó para que escuchara desde el baño.

Valeria bufó, y salió del baño. —¿Novio?, ¿en serio le crees, mami? Es un amigo, tú lo conoces, es Gregorio.

Claribel asintió y le arregló las medias a su hijo.

—Al menos vas con dos guarditas que no dejen que hagan nada inapropiado.

—¿Cómo besarse, mami? —preguntó Carol en la oreja de su mamá.

Claribel asintió, y les dio las reglas. Consistían en que no hicieran molestar a su hermana ni pasar una vergüenza, tampoco podían pedir nada que no le preguntara Gregorio si querían primero.

Cuando los niños salían por el callejón, Claribel haló del brazo a Valeria.

—Ya tienes que cuidarte, Val. Eres toda una mujer. Si te toca en lugares que te hagan sentir incomoda, golpéalo. No te dejes amedrentar. Eres hermosa, ¿está bien? Si no funciona con él, funcionara con otros. Es el primero de muchos.

Valeria la miró tan confundida como su rostro lo reflejaba.

—¿Por qué me dices todas esas cosas?

—Porque en algún momento te lo tengo que decir, y ahora que saldrás por primera vez con un chico...

—Sí, pero somos amigos, y mamá, voy con mis hermanos. —Le besó la mejilla y alcanzó a los niños afuera del callejón.

Tal vez si su mamá supiera que de lo que la trata de proteger ya no es válido, quizás ni la dejara salir ahora. Pero no lo sabe. Lo desconoce, o simplemente lo ignora.

Gregorio llevó a Valeria a una heladería que quedaba cinco cuadras después de su escuela. La llevó en el auto que vio a La Sombra arreglar esa misma tarde.

—¿De dónde sacaste este auto?

—La Sombra, Ramírez y yo lo compramos. Nos turnaremos para usarlo. —Le sonrió.

En la heladería Carol y Carlitos jugaban en los juegos del local mientras Gregorio hablaba con Valeria. A ella le daba risa cuando Carol la miraba y le hacía una seña para que supiera que la estaba vigilando.

Cuando se levantaron para comprar los helados, en el camino de regreso al asiento, Gregorio intentó besar a Valeria, pero ella lo esquivó.

—Lo siento.

—No, no, yo lo siento, Gregorio. Es que no necesito una relación ahora.

—Está bien. No quiero que creas que me quise proponer contigo. —El rostro triste que puso Gregorio hizo que el corazón de Valeria sintiera pena. Y tomó su mano.

—Podemos ir despacio, no sé, conocernos, ¿está bien?

Gregorio asintió.

Valeria se levantó de su silla para plantarle un beso en la mejilla a Gregorio. Y en ese mismo instante sintió que traicionaba a La Sombra.

—El miércoles le dijiste a tu mamá que habías amanecido en mi casa, ¿pero adivina qué?, no fue así. —Nina sonrió con todos los dientes—. No me malinterpretes, estoy orgullosa de ti, ¿pero dónde demonios amaneciste, Val?

Valeria y Nina llevaban rato sentadas en el murito de una casa en el lado oscuro de la calle hablando de su cita con Gregorio. Era tarde, como las diez, y Valeria aún no quería ir a acostarse. Se le sentía decepcionada. Sin ganas de nada.

Valeria cerró los ojos. No quería responder.

Nina notó su forma.

—Val, ¿a tu amiga no le dirás? —Habló como si estuviera decepcionada.

—Prométeme que no se lo dirás a nadie.

¿Qué iba a hacer?, ¿en serio le iba a decir?

—Amigas por siempre, Val, recuerda. —Alzó el meñique y sonrió ladeando la cabeza.

—En la casa de un chico. —Valeria miró a Nina y después cerró los ojos esperando su reacción.

—¡Lo sabía! —Nina saltó voceando, después se bajó para susurrar—, ¡ya te quitaron el queso! ¡Yo sabía, yo sabía!

A Valeria se le escapó una sonrisa por la reacción de su amiga. Por ese momento, no se vio tan mal. Quizás lo que ella hacía no era malo en lo absoluto. Era normal, una etapa.

—Espera... ¿Quién te lo quitó?

Valeria no respondió y solo la miró.

Nina se sentó de nuevo al lado de Valeria.

—¿Fue cuando me preguntaste que si me había dolido mi primera vez?, ¡¿desde hace tanto tiempo?! ¿Y por qué no me habías dicho?, ¿lo sigues haciendo como si nada?

Valeria se sintió abrumada con las preguntas. Abrió la boca, respiró, y después la cerró.

—En realidad, yo estaba... —La volvió a abrir.

—¿Fue Gregorio, cierto?, ¡Lo sabía!, todos lo rumoreaban y yo desmentía el rumor. Aquí todos piensan que tú y Gregorio están juntos a lo secreto.

¿Todo el barrio pensaba eso?, quizás por ello La Sombra le pidió que aceptara salir con él. Él deseaba que pensarán que ellos dos estaban juntos para que nadie sospechara de ellos dos.

Tenía que detener el rumor antes de que llegara a oídos de su mamá. O si no la tacharía de mentirosa, ¿pero cómo lo hacía?

—Y... ¿fue bueno?, ¿cómo te trató Gregorio?, ¿cómo te trata ahora?, ¿te ha enseñado muchas cosas? Oh. Por Dios. —Nina se tapó la boca, luego quitó las manos—. ¿Cómo es que yo no noté esto? ¡Tus caderas han crecido!

«Y probablemente es mentira» pensó Valeria, luego lo revisaría.

—Dile a todos que sigo siendo virgen, por favor, Nina, di que yo te lo dije.

Nina se cruzó de brazos.

—Pero, ¿por qué? Gregorio es un tipo bueno. Y no se pone a hablar de ti con los otros chicos. —Nina estaba confundida.

—¿Quién empezó el rumor?

—Yo no sé, Valeria. —Alzó los hombros, en su tono de voz había irritación.

Valeria se levantó del murito.

—Está muy tarde. Mejor me voy a dormir.

Nina se alzó de hombros.

A Valeria no le gustaba Gregorio. Él era lindo, y se portó bien con ella al acceder a comprarle helados a sus hermanitos. Pero en ese momento en quien Valeria pensaba era en La Sombra, era quien navegaba en su mente toda esa semana.

Y después la confusión, el deseo de estar con él cada día, y los sentimientos que crecían en ella. Si mirara atrás no se hubiese imaginado como una persona que dependiera de otra, pero era todo lo que ella era ahora.

Capítulo 7
ALIMENTAR LOS RUMORES

Valeria está hecha un ovillo en la cama. Tiene las rodillas flexionadas y su cabeza está hacia abajo mirando las uñas de sus pies. Siente el roce de los dulces labios de Ben en su espalda. Ellos hacen un sonido y después vuelve a escuchar cómo respira él por la nariz y toca con sus dedos su espalda. Deja un rastro frío cuando se aleja para luego volver a besarla.

—¿Por qué no besaste a Gregorio?

Valeria levantó la cabeza. Los huesos de su espalda se movieron.

—No quería hacerlo.

—¿Por qué? —Le preguntó—. ¿Por qué no lo hiciste Valeria?

—Porque sentí que estaría engañándote. —Respondió rápidamente.

—¿Engañándome? —La miró a los ojos—. Tú y yo no somos nada...

—¡Lo que sea que tenemos, sombra! —Le respondió, no suele llamarle sombra, sino Ben, pero esta vez se le escapó—. Aunque tú tal vez pienses que soy una zorra, no lo soy. Me acuesto contigo y no pienso hacer lo mismo con Gregorio.

—*Valeria.*

—Tú quizás quieras eso. Que todo el mundo piense que salimos él y yo, pero no lo quiero a él.

La Sombra sonrió, y besó a Valeria hasta que la subió encima de él a horcajadas.

—Me alegra que no lo hayas hecho —dijo antes de besarla—, porque así no me siento tan mal por no haberlo golpeado cuando llegó esa noche.

—¿Por qué lo ibas a golpear? —dejó de besarlo y lo miró a los ojos.

Él no respondió, comenzó a besar su cuello, y después su boca. Valeria dejó de protestar.

Valeria estaba haciendo la cena para los niños y su mamá cuando Nina entró a su casa y se sentó en una de las sillas de madera. Valeria se volteó y la miró.

—Nina, hola. ¿Qué haces?

—Vine a buscarte —le responde—. ¡Hola, mamá de Val! —Saluda a Claribel cuando esta sale de la habitación para ver quién ha llegado a la casa—. ¿Puede Valeria ir conmigo a hablar en la acera de la casa de Rose?

Claribel mira a Valeria y después a Nina.

—Es que Valeria me tiene que hacer la cena y después fregar.

Nina puso cara de pena.

—Por favor. —Suplicó.

—Mami, ¿puedo ir cuando acabe?

—Si no es muy tarde —dijo cediendo sin querer, entre dientes.

Valeria le sonrió a Nina antes de que se fuera.

Cuando ya terminaba de fregar la olla en la que había hecho los espaguetis, recordó que tenía un examen al otro día, y que tenía que estudiar con el repaso que su amiga Sabrina le había prestado. Se secó las manos con el pantalón jean que llevaba puesto y corrió a su bolso de la escuela, sacó el papel y comenzó a memorizar los conceptos de los diferentes tipos de oraciones.

—¡Mamá, ya me voy! —gritó cuando abría la puerta de madera.

—¡Primero acuesta a los niños, Valeria! —le respondió.

Valeria bufó y se devolvió arrastrando los pies. Ya se quería ir de ahí. Fue al cuarto de los niños y los mandó a cepillarse, después los acostó y se quedó con ellos hasta que se durmiera Carlitos.

—¿Valeria...? —Carol topó el hombro descubierto de su hermana.

—¿Sí? —respondió susurrando, no quería despertar a Carlitos.

—¿Alguna vez papá va a volver? Le dijeron a Carlitos que fue a trabajar lejos, yo le oro a Dios para que vuelva, ¿pero no crees que ha pasado mucho tiempo?

—Carol —dijo en tono dulce acariciando su mejilla—, mi amor, pídele a Dios que nos ayude a nosotros primero.

—Yo sé que no se fue a trabajar, él nos dejó porque somos pobres, ¿verdad?

—¿Pobres? —preguntó Valeria y se levantó—. ¿Recuerdas lo que dijeron en la iglesia?

—No —respondió—, no presto atención.

—¡Pues deberías, Carol! —se rio y le golpeó suavemente en la rodilla—. Dijeron que si tu corazón es limpio, eres una persona rica. Siempre recuerda eso, hermosa. Duerme bien.

—¿Gregorio nos llevara a salir de nuevo algún día? —preguntó Carol.

Valeria ya iba saliendo de la habitación cuando escucho eso.

—No lo sé.

Antes de salir de la casa, Valeria fue al cuarto de su mamá para besar su mejilla, y Claribel le dio quinientos pesos para que se los pagara a la vecina. Valeria se alegró porque iría a la casa de La Sombra a pagarle. Pero cuando fue, no se encontraba, todo estaba oscuro y se extrañó de que fueran las diez y él no estuviera en su casa.

Valeria guardó el dinero en sus zapatos y se dirigió a la casa de Rose sin mirar al frente, solo miraba al repaso del examen. Cuando estuvo cerca, dobló el papel y lo guardó en su bolsillo del pantalón.

Se acercó y todos estaban en una gran ronda entre la mitad de la calle y la mitad de la acera, once personas sentadas allí. Miró a los lados y había dos personas apartadas, en un rincón. Se estaban besando, y cuando Valeria se acercó lo suficiente a la ronda, descubrió que eran La Sombra y Sara.

Su semblante cayó y sintió que su frente se hacía grande y tomaba toda su cara.

—¡Valeria, ven aquí! —Nina haló a Valeria para que se sentara junto a ella en la ronda. En el medio había una botella. Valeria tenía su mirada perdida en la botella cuando Nina le susurró: —Jugamos al pico de la botella, ¡y mira quién está ahí!

Valeria cruzó miradas con Gregorio y él le sonrió antes de hacer girar la botella.

Ella daba vueltas como todas las palabras bonitas que La Sombra a veces le decía. En ese momento lo odiaba. ¿Cómo se atrevía a ponerse celoso si ella hubiese besado a Gregorio, pero él sí podía besar a Sara? Qué idiota.

La botella paró donde Argentina, ella aplacó los rizos de su cola y dijo:

—¿Puedo cederle mi oportunidad a alguien más...? Es que no quiero meterme en asuntos de otras.

Algunos sonrieron. Era como si todos estuvieran haciendo un complot.

—¿A quién se lo das, *amí*? —pregunto Rose con una sonrisa en la boca.

—A Val, mí querida Val. —Argentina señaló a Valeria y Valeria alzó la vista hacia donde ella. ¿Qué han dicho? Ella no escuchó nada. Estaba muy ocupada con una guerra en su mente de si mandar a Ben a la mierda o no.

Valeria levantó una ceja y preguntó:

—¿Qué?

Argentina tomó la botella y la puso en dirección hacia Valeria.

—Te toca besar a Gregorio. No es que sea nada nuevo.

Valeria sintió que sus orejas ardían, ¿delante de todos?, ¿delante de La Sombra? Aunque él no estaba ahí exactamente, él estaba en un rincón apartado y seguía hablando con Sara.

Se levantó del suelo y caminó al centro. Gregorio también caminó al centro y por un momento estaban ellos dos frente a frente. Él era lindo y tenía un toque tierno en el rostro. Valeria cerró los ojos y se inclinó para darle un beso de media luna a Gregorio, a mitad de la boca. Pero antes de que Valeria volviera a descender, Gregorio la tomó de los codos y la besó, haciendo que Valeria se inclinara hacia atrás.

La estaba besando de verdad, no como si fuera un juego, y todos empezaron a vitorear.

—¡Consíganse un cuarto! —gritó Argentina poniendo sus manos a cada lado de su boca, y ahí, Gregorio soltó a Valeria.

Valeria se volvió a sentar con una sonrisa inevitable en el rostro. Y cuando alguien dijo algo gracioso, se rio con todas las ganas.

² *Ami*: diminutivo de *amiga*.

En lo que la noche transcurrió, Valeria no solo había besado a Gregorio una vez, sino tres veces. Pensó que todas lo hacían de maldad cuando al girar la botella y caer en ellas, le daban el turno a Valeria.

¿Pero no era eso lo que él quería?, ¿que todos creyesen que ella y Gregorio salían?

La Sombra llamó a Gregorio y este se levantó. Tenía una sonrisa dibujada en la cara. La Sombra metió las manos en los bolsillos y le dijo al oído a Gregorio un par de cosas.

—¿Pero ahora te vas a verlo?

—Sí, ¿por qué no?

—Está bien. Ve. —Le topó el hombro y volvió a la ronda.

En su lugar, Valeria veía como La Sombra se marchaba junto con Sara y ni siquiera la miraba. ¿Qué le habrá dicho a Gregorio?, ¿era todo una actuación o de verdad Gregorio estaba interesado en ella?, ¿y si toda la pantalla de Ben y Sara esa noche había sido solo eso, una pantalla?

—Me alegra que me vengas a ver —le dice, en su cara hay tris-teza—. ¿Cómo te estás yendo?

—Lo normal.

—¿Y ya tienes una novia que me quieras presentar?

Ben pensó en Valeria, pero después la imagen de ella besando a Gregorio apartó lo que iba a decir.

—Es complicado. ¿Qué bueno se saca de ahí de todas formas?

—Tu mamá era de ahí, Ben.

—Bueno, ya. Pero las cosas no terminaron bien, ella se...

—Ben. —Lo calló. Procedió a beber de la batida de chocolate que tenía—. ¿Ya quieres volver?

—No, papá —respondió. Echó hacia delante su vaso. Alrededor del envase se empezaba a condensar formando gotas.

—¿Necesitas dinero?, ¿vas a ir visitarme o dejarás que yo te visite?

Ben miró la cara de su papá, un poco arrugada, pero aun con los rasgos firmes que él había heredado. Se veía casi irreconocible con su traje costoso y zapatos de diseñador.

—¿Tú te atreverías a visitar la casa de tu difunta esposa? No papá. No lo harías, deja de aparentar que te importo y dame lo que me vas a dar.

—No aparento Ben, me importas, por eso te sigo dando dinero aunque ya estés grande, ¿entiendes?

Ben se quedó en silencio, le quitó la tapa al vaso y se bebió la batida de un trago.

El papá de Ben exhaló.

—Me dijeron por ahí que eras de una banda, los «Norcuros».

—¿Norcuros? Surcuros, querrás decir.

El papá de Ben se acercó a su hijo.

—No te metas en problemas, por favor. Tu mamá no querría eso.

—No lo haré, ¿no llevo desde los quince viviendo solo?

—¿Solo? —El papá de Ben sonrió—. Rebecca te cuidó hasta los diecisiete.

—¿La misma que se robaba el dinero que tú me dabas para drogarse? Oh sí, qué gran ayuda, tener que cuidar a una mujer más vieja que yo. —Ben se levantó de la silla—. Yo me voy, viejo, que está tarde y sabes cómo está la calle.

El papá de Ben se levantó y dejó el dinero en la mesa para pagar. Ofreció llevar a Ben a su casa y este aceptó. El viaje en auto fue silencioso. Después el vehículo se detuvo frente a su casa, abrió la puerta.

—Aquí tienes, Ben. Para este mes. No lo gastes mal.

Su papá le había dado la mensualidad acostumbrada. Ben no la necesitaba realmente, sus gastos eran mínimos y tenía ahorros. Si no fuera por Valeria, y porque le gustaba que ella cenara con él algunas noches, no mantendría la despensa llena. Valeria últimamente era su vicio. Y eso lo atormentaba algunas veces.

Ben entró a la casa y cerró la puerta con seguro.

Cuando Ben tenía catorce, su mamá se suicidó, o eso dijeron los médicos y la policía. Cuando el papá de Ben, apuesto y algo joven, se encontró soltero, se consiguió a una mujer rica. Ella era dueña de una empresa que había progresado mucho. Y la tipa era vieja, soltera y sin suerte en el amor. El papá de Ben fue su salvación y viceversa.

Cuando Ben se mudó con su papá y su nueva madrastra, todo fue como un infierno. Extrañaba a su mamá, extrañaba su barrio. El lujo en el que vivía no lo llenaba. Lo que llegó a pasar con él fue que se volvió rebelde e insoportable para su madrastra. Su papá decidió que si su hijo le iba a hacer la vida imposible, se debía deshacer de él. Entonces le preguntó:

—¿Qué es lo que quieres?

Y él le respondió:

—Volver a mi casa.

Así, a los quince, Ben se mudó otra vez, después de un año, al barrio donde había nacido, y siguió viviendo en la casa de su difunta madre con Rebeca, la drogadicta, quien cuidaba de él. Su padre siempre lo visitaba pero comenzó a hacerlo solo una vez al mes, o le mandaba el dinero con alguien más. Cuando se dio cuenta de que estaba perdiendo a su hijo, volvió a visitarlo, aumentó las cuotas y le dejaba regalos costosos.

Ben se convirtió en La Sombra, porque siempre tenía una gorra o un abrigo negro, se paraba en la esquina con sus amigos y casi ni hablaba. Pocos recordaban que La Sombra era el Ben sonriente de catorce años que jugaba básquetbol. Era una sombra de lo que antes era. Era nadie y alguien. La Sombra era una persona que estaba apegada a su barrio, donde había botado su ombligo y donde podía seguir pensando que era él y nadie más. Además, Valeria, la niña delgada que algunas veces se ponía a jugar en la casa de Rose, era una de las razones por la que no se quería mudar.

Cuando corrió el rumor de que Valeria se estaba acostando con todos en el barrio, Ben no lo creyó. Porque llevaba tiempo viéndola y simplemente concluyó en que ella no sería capaz, pero cuando ella fue a su casa esa noche tiró todo por la borda. Eran verdad los rumores.

Y después se dio cuenta de que eran mentiras.

No tenía idea de por qué Valeria volvía, pero le agradaba la idea de que fuera donde él y no de otro más. Guardaría el secreto, no había problema. Si Ben nunca vio a Valeria como una candidata, ella podía complacerlo, y ella lo necesitaba; sin darse cuenta, Ben estaba necesitando de Valeria también.

Capítulo 8
DESAPARECIDO

Valeria volvía temprano de la escuela porque estaban en exámenes, y el colegio la despachaba después de la diez. Llevaba una semana sin hablar con La Sombra y sin verlo. Y planeaba durar más. Mientras tanto, Gregorio se las ingeniaba para buscarla donde sea y salir con ella.

Cuando Valeria llegó a la casa, Claribel le dio los otros quinientos pesos que faltaban para pagarle a la vecina, quien en realidad era La Sombra. Recordó que no se lo había entregado la otra noche porque simplemente no se atrevía a hablarle a él en frente de todos, y más aún porque él estaba con Sara.

¿Pensará él que ella se quiere coger su dinero? Fue corriendo a la habitación y buscó en el tenis que tenía puesto esa noche a ver si encontraba los quinientos pesos. Y soltó una bocanada de aire cuando los encontró.

Salió corriendo a la casa de La Sombra. No hablaría más de lo necesario, es más, ni siquiera entraría a su casa. Aún estaba herida. Y aunque algunas veces lo extrañaba, se las había arreglado para no estar con él toda una semana.

Afuera de la casa de La Sombra había música muy alta, y Valeria tuvo que tocar varias veces para que la escucharan del otro lado. Al cabo de unos minutos, La Sombra abrió.

—¿Te cansaste de Gregorio, eh Valeria? —Su tono de voz era vacío, pero denotaba desdén.

—¿Y tú de Sara? —contrarrestó.

—Deja de ser infantil. —Dio la vuelta y dejó la puerta abierta.

Valeria negó resignada con la cabeza y sacó el dinero de su bolsillo.

—Yo no vine a verte, Ben, vine a pagarte el dinero que te debía.

Ben miró el dinero que le ofrecía en su mano derecha.

—Olvida eso. —Hizo una mueca con la boca.

—No, tómalo —insistió poniendo su mano delante—, no quiero que pienses que me aprovecho de ti.

—En dado caso, yo me aprovecho de ti —le respondió, pasando la mano por su cabello. Después respiró hondo. Entrecerró los ojos mirándola. ¿Qué demonios planeaba Valeria?

—Es por eso que no nos volveremos a ver, ¿cierto?, porque ya no es de mí que te aprovechas, es de Sara.

Y eso la molestaba.

La Sombra dejó a Valeria allí en la puerta y fue a sentarse en el sofá. Otra vez se puso a jugar con ese aparato sin teclas que tenía, y que le había ofrecido a Valeria una vez para que jugara con él.

—Puedo aprovecharme de las dos... —Se burló. Valeria hirvió en rabia. No se movió, sus manos se cerraron en un puño—. Si quieres entras o te vas, no me gusta tener la puerta abierta.

Valeria se sintió desilusionada, es que era así, ¿verdad? Él no la quería, se lo había dicho, entonces ¿por qué era tan ingenua? Siempre pensando que él la quería aunque sea mínimamente... Era tan sosa.

—Tú querías esto. Que yo besara a Gregorio. Por eso lo hice.

—Te pedí que salieras con él, no que te estuvieras besando con él en frente de todos, como una cualquiera, comportándote como una de tus amiguitas. Te veías ridícula. —Se levantó—. Si es por mí —se señaló a sí mismo en el pecho—, puedes acostarte con él, dejar que él te haga lo que se le venga en gana, pero no en frente de todos. ¿Realmente quieres esa imagen aquí en el barrio?

Ella dejaba que La Sombra le hiciera lo que él quisiera, y era en secreto, ¿a eso se refería?, ¿quería compartir a Valeria con su amigo? Valeria apretó los labios. ¿Cuál era el punto en realidad? No lo entendía. No lo entendía. Estaba llena de rabia, molesta.

—Pero tú te besabas con Sara.

Se provocó.

—Soy hombre. ¿Qué importa la imagen que yo pueda tener? Además Sara es también una cualquiera —respondió sin darle importancia.

La cara de Valeria se llenó de asco.

—De seguro así hablas de mí con tus amigos.

A Ben le ofendió que Valeria pensara eso. Se acercó a ella y alzó su quijada para que ella lo mirara sin apartar la vista. Pero ella nunca apartaba la vista. Amaba mirar directo a sus ojos. Era su forma de estar conectada. Era su forma de hablar siendo honesta con él.

—Yo no hablo de ti, Valeria, tú eres mi secreto y no lo comparto con nadie. —El aliento de Ben chocó con su mejilla.

Valeria pasó su labio superior por debajo de sus dientes.

—Me dolió que besaras a Sara como me besabas a mí, porque por alguna estúpida razón, te quiero. —Se retractó, una extraña sensación invadió su pecho, negó con la cabeza, la voz le salió temblorosa, se alejó de él—. Al menos te quería antes, y ya no... ya se me pasó. —Se alzó de hombros.

Valeria dejó caer el dinero al suelo y se fue. Ben no levantó la vista hasta que ya Valeria se había marchado, ¿lo quería?

Qué mentirosa era. Lo quería y deseaba tanto que sus manos temblaban de necesidad. Las lágrimas seguían corriendo por su cara. ¿Por qué no sentía nada por ella?

Valeria se agarró de los bordes del tanque que siempre estaba lleno de agua en el patio de su casa y volvió a hundir su cabeza una vez más.

—¡Valeria! —escuchaba que la llamaban afuera, pero el agua alrededor de ella distorsionaba la voz—. ¿Valeria, dónde estás?

Valeria sacó la cabeza y empezó a tomar otra vez todo el aire de una sola vez. Cuando se miró en el pedazo de espejo roto tirado en el suelo, sus ojos seguían rojos.

—¡Estoy aquí, mamá! —Su pecho se movía una y otra vez, buscando llenar su sangre de oxígeno de nuevo.

—Prepara la leche del bebé —le ordenó.

La mamá de Valeria, Claribel, estaba cuidando a un niño de meses para conseguir un poco de dinero para sostenerse esa semana. Valeria se secó la cara y preparó la leche. También lamió el polvo que se le quedó en el dedo. En ese momento recordó que tenía que lavar su uniforme y cuando le pasó la leche a su mamá, lavó el de ella y el de sus hermanitos.

Cuando Valeria volvía del colegio y se dirigía a la escuela de sus hermanos, de lejos solo vio a Carol jugar con el ruedo de su falda. Sintió una punzada de preocupación.

—Carol, ¿dónde está Carlitos? —preguntó cuándo llegó a su lado.

Carol levantó la vista y abrazó y besó a Valeria.

—Valeria, él se fue hace rato.

—¿Qué?! ¿Pero con quién? —Valeria sintió que la sangre de la cara se le escapaba a las extremidades.

—Un chico ahí, dijo que era tu amigo y era muy lindo.

La mente de Valeria se bloqueó. ¿Quién se había llevado a su hermanito?

—Pero Carol, ¿Por qué lo dejaste ir?, ¡tu deber es cuidarlo! —Trató de mantener la calma. Habló despacio para que ella entendiera sus palabras.

—Lo sé.

—Está bien, cálmate. —Se puso la mano derecha en la cabeza—. ¿Por qué te quedaste?

—Porque me dijo que harían cosas de hombres y que te esperara a ti aquí —respondió Carol tranquila, notando que la que no estaba en calma era su hermana y no ella.

Valeria se puso las manos en la cintura y exhaló. ¡Qué mala suerte! ¿Dónde encontraría ahora a su hermano?, ¿y si su mamá después peleaba con ella? Eso era seguro. Estaba nerviosa.

—También, el chico te dejó esto. —Carol le pasó dinero a Valeria.

Cuando lo vio supo que La Sombra había sido quien se llevó a su hermano. Ahora sí tenía tiempo sin verlo. Casi una quincena completa, y que él se llevara a su hermanito así solo la hizo pensar en que él, de alguna forma, estaba buscando venganza.

Agarró la mano de Carol y por todo el camino le suplicó que le mintiera a su mamá y le dijera que ella se había llevado a Carlitos a un lugar que no sabía, y le prometió que la llevaría a comer helado como recompensa por mentir. Después corrió a la esquina habitual y se encontró con Gregorio y los demás.

Valeria llamó con la quijada a Gregorio y este se le acercó, no sin antes besar su mejilla. Y pensar que todo el problema había venido por un beso de él, o quizás porque La Sombra había besado a Sara. Él tiene toda la culpa. ¿Por qué tenía que pagar ella?

—¿Y La Sombra? —le preguntó cruzándose de brazos.

—Salió con un niño pequeño en nuestro auto.

—¿Y a dónde?

—No lo sé —respondió indiferente—. ¿Vas a hacer algo esta noche?

—Sí... tengo exámenes mañana. —Valeria se movió a los lados—. Adiós, Gregorio. —Lo abrazó tímidamente y volvió a su casa. Pero no entró. ¿Qué demonios le diría a su mamá sobre dónde estaba su hermanito de seis años? Eso sí, si veía a La Sombra lo iba a matar.

Valeria esperó a La Sombra en la puerta de la casa de él. Si hubiese tenido un reloj juraría que había permanecido horas allí y hasta se había dormido. Se levantó del escaloncito y caminó de vuelta a casa... quizás, si le explicaba a su mamá que un chico había secuestrado a su hermanito, ella no le echaría la culpa, ¿Porque no era su culpa, verdad?

Cuando Valeria llegó a su casa se dio cuenta de que eran las cinco, y recibió un castigo por desaparecer desde la mañana hasta la tarde. Su mamá se pegó un gran susto y Nina andaba buscando a Valeria por todas partes.

En el momento que Nina fue donde Valeria a regañarla se dio cuenta de todo el tiempo que había desaparecido realmente. No solo Nina, sino hasta Gregorio buscó a Valeria. Y además, Carlitos había llegado a la casa a las tres, entonces, nadie sabía dónde estaba Valeria ni qué estaba haciendo.

Y ella no sabía cómo responder.

Entonces iría a buscar respuesta donde Ben. No tenía permiso. Su mamá la había castigado. Pero como se durmió tan temprano, fue cuestión de minutos para escaparse de la casa.

Por coincidencia, cuando llegaba a la puerta de la casa de La Sombra, él también estaba llegando. Ella apresuró el pasó y empujó su hombro con su mano.

—¿Qué crees que haces? —los dientes de Valeria rechinaron.

—¿Por qué ya no vuelves más? —Ignoró la pregunta sin sentido que le había hecho Valeria. Quería saberlo. ¿Qué había hecho ahora?

Ella también se lo había preguntado. ¿Por qué no volvía si moría por verlo de nuevo? ¿Si lo deseaba tanto, por qué se torturaba a sí misma?

—Mi orgullo, supongo. —Se alzó de hombros, y le regresó su espacio personal.

Ben la miró, entró a su casa y lanzó la gorra al mueble.

—Entonces no entiendo qué haces aquí.

—Te hice una pregunta.

—Yo te hice otra. —Ben respondió, se quitó el polo shirt que llevaba puesto—. Mira, Valeria, no voy a negar que te he echado de menos. Pero muy poco. Vete y llévate tu maldito orgullo contigo.

—¿Es por eso que te besas con otras?, ¿porque me extrañas? —Le preguntó. Ahora estaba herida.

—¡No hay compromisos entre tú y yo!

—Pero puede haber. ¿Por qué no podemos simplemente ser... novios? —Valeria se acercó y tocó su hombro de nuevo, esta vez gentilmente.

—No, Valeria, no compromisos... Vas a querer que te quiera, que te dé cariño y esas cosas, y no puede ser así.

¿Qué le dé cariño? Pero él le da cariño las noches que va a su casa, ¿acaso se le olvidó?, ¿tanto temía que los demás lo vieran con ella?

No era eso, claro que no era eso.

Valeria se mordió el labio para no llorar. ¿Por qué siempre lo hacía?, eso... eso de hacerla llorar. No entendía por qué seguía teniendo esperanzas, él nunca la querrá, el solo va a desear su cuerpo. Usarla como un objeto, sin compromisos.

—Siempre encuentras la forma de arruinarme, y te odio, ¡Te odio! —Lo señaló en el pecho—, ¡y no miento esta vez!

—¿Vas a decir que no quieres estar conmigo? —le preguntó. Cada una de sus manos la agarraba por los hombros.

—Estoy madurando y puedo controlarme. N-no seguiré actuando como una zorra. No estaré contigo si estás con otras, tenlo por seguro.

La Sombra miró a Valeria, quien en ese momento abrió los ojos, pues los tenía cerrados.

—¿Quieres averiguarlo? —Se acercó a ella, muy cerca, rozó sus labios con la comisura de su boca como si fuera besarla. Y Valeria quería que fuera así, él también. Pero el orgullo es poderoso, más poderoso que el deseo, y Valeria se apartó.

—No me volverás a tocar nunca. —La voz le salió firme, y después se marchó.

Ben pateó la puerta para cerrarla y después lanzó contra la pared el único objeto decorativo de la casa: un pequeño florero de su madre, que se estrelló y después cayó al piso rompiéndose en tres grandes pedazos.

Estaba enojado porque ella parecía decir la verdad. Él la lastimaba, era verdad, la deseaba pero no la merecía. No podía dormir en su cuarto porque se acordaba a ella, la cama que ellos compartían. En donde ella había dejado de ser niña... él le había robado todo. Y la había engañado frente a sus narices, ¿la vida cruel con él? No. En realidad, Valeria le estaba devolviendo todo lo que él alguna vez le hizo.

Capítulo 9
LA PELEA

Y así lo hizo. Al menos hasta que se acabaran las fiestas navideñas y el viento de enero empezara a soplar por las ventanas de las casas de la gente. Era un nuevo año, se supone que las personas debían hacer una lista de metas y prometerse que serían nuevas y mejores personas. Hasta ahora, la única meta de Valeria era no extrañarlo tanto, porque eso era lo que estaba haciendo todos esos días.

Pero aun así estaba cumpliendo su palabra. No le había puesto un dedo encima desde aquella noche. Quizás ya estaba creciendo. Ya no lo necesitaba.

En el barrio entero, es decir, entre todos los muchachos y muchachas, corría el rumor de que ella y Gregorio tenían algo, era un chisme, los chismes se riegan rápido, como la pólvora. Había un reloj en tiempo regresivo para que alguna vecina chismosa le salga con eso a su mamá, y entonces la tacharía de mentirosa, por todas las veces que le preguntó si tenían algo ella y Gregorio y lo negó.

Pero al menos por eso, por el chisme, las chicas la volvieron a admitir en su grupo definitivamente.

Por un momento, Valeria sintió que nunca más volvería a besarlo y solo por su orgullo. Él parecía haberlo olvidado. Ni siquiera se detenía en la esquina, parecía invisible, quizá porque ella ya no lo veía.

Y tal vez así todo era mejor.

Sin sombra, *sin él*. Así ella estaría bien. Tenía su vida de regreso.

¡Dios!, ¿por qué se miente? Él está dibujado en ella. No puede borrar su nombre de su piel. Lo necesita, ¿pero cómo le va a decir eso?

No lo iba a hacer. No lo haría aunque sus huesos se secaran por falta de él.

—La verdadera vida es en la madrugada, en la oscuridad. —Argentina decía a todas. Valeria tenía la cabeza recostada de las piernas de Nina y miraba al cielo sin estrellas. Escuchaba atenta todo lo que decía ella—. Un día las voy a llevar. La Casa Central, donde Norcuros y Surcuros se reúnen para socializar. Es algo metafórico, no se llevan bien la otra parte de tiempo. No es una pelea a muerte tampoco.

—¿De qué parte somos? —preguntó Valeria.

Era increíble. Ahora ella podía hacer preguntas, ahora era una de ellas. Todo por el rumor de ella y Gregorio que nadie negaba. Era alguien, era todo lo que siempre quiso. Sin embargo, lo extrañaba a él.

A La Sombra.

—Es el sur, surcuros.

—Yo viví toda mi vida, desde pequeña, pensando que esto era una leyenda, ¿pero qué hacen exactamente? —preguntó Marian.

—Lo usual. Drogarse, beber, pelear, actuar como estúpidos y equis. —Un chico se paró al lado de Argentina y se bajó a su nivel. Argentina volteó y comenzó a hablar con él. Su semblante cambió. Era Ramírez. Valeria movió la cabeza para ver quién más andaba con él. Ben estaba ahí, y de pronto su corazón empezó a latir fuerte, sin control.

Valeria se levantó de las piernas de Nina. Lo miró. Solo lo miró y no apartó la vista. La gorra que llevaba puesta ocultaba parte de su cara.

—Ay, chicas, vuelvo enseguida. —Argentina se levantó y haló a Rose con ella. Las chicas, incluyendo a Valeria y Nina se quedaron allí sentadas.

—¿Para qué creen que Ramírez y La Sombra vinieron a buscarlas a las dos? —preguntó Marian.

—Argentina y Rose le deben a Ramírez mucho dinero. Y para pagárselo están haciendo cosas —reveló Estefani. Ella era una chica callada, a veces, otras, no tanto. Escondía mucho de ella en realidad.

—¿Qué tipo de cosas? —Nina entrecerró los ojos.

Estefani frunció los labios. Los tenía tan rojos como una manzana.

—Cosas...

—¡Oh, vamos, Estefani!, ¿de verdad nos vas a hacer esto? —Marian golpeó su muslo descubierto. Estefani se quejó y después se rio.

—No es nada sexual. —Se mordió los labios y después lo dijo como si nada—. Les transportan paquetitos.

—¿Paquetitos? —Valeria abrió los ojos.

Nina y Marian entendieron. Pero Valeria aun no entendía. Su ca-ra lo demostraba.

—Polvo blanco, pastillas... —dijo Nina en voz baja.

—Oh Dios, pobre Argentina. —Valeria se tapó la boca al darse cuenta de qué eran esos «paquetitos».

Marian dijo:

—No me importa. Se lo ganaron.

Entonces Valeria recordó que Ben también estaba ahí. ¿En serio él las obligaba a hacer eso? No lo podía creer. ¿Y si en una de esas redadas los policías las atrapaban y ellas delataban a Ben? ¿Lo iba a perder porque tendría que ir a la cárcel? No quería perderlo.

—Pero... ¿Ben también...? Quiero decir, ¿a La Sombra también le deben?

Las tres miraron a Valeria.

—¿Cómo? —preguntó Marian.

—¿Que si Argentina y Rose también le deben a La Sombra?

—No, el nombre que dijiste antes.

—Yo no sé de qué hablas. —Se alzó de hombros, miró a los lados.

—Valeria, no te hagas la estúpida. —la reprendió Nina.

Valeria se alzó de hombros de nuevo. Se puso fría.

Todas ignoraron su metida de pata.

—Él no. —Estefani respondió después del silencio que se produjo—. Él no está en eso, no sé por qué vino con Ramírez, quizás solo lo acompañaba. Quería ver a alguna de nosotras, ¿quién sabe?

Valeria exhaló.

—Oye, Val... —Estefani detuvo a Valeria cuando venía de la casa de su amiga Sabrina—. Todos dicen que eres la novia de Gregorio. —Tocó con su lengua en la pared de su mejilla, y Valeria lo notó a través de su piel dorada—. Pero tú, tú no parece que sales con él, ¿tienes otro novio?

—No tengo novio.

—¿La Sombra lo es? —alzó las cejas.

¿Sabía ella algo?

Su rostro empalideció.

—No, no lo es, ¿qué te haría pensarlo?

—Voy a ignorar el hecho de que empalideciste y también que he visto cómo lo miras. Te gusta, ¿eh?

Valeria se molestó y siguió caminando, Estefani la siguió detrás.

—Entonces... entonces solo estas con Gregorio por su amiguito. ¿Quieres llamar su atención? —La voz de Estefani sonaba apurada. Le estaba costando seguirle el paso a Valeria.

Debía huir, huir lejos de ella y de sus preguntas, de sus acusaciones, iba a descubrir la verdad, iba a descubrirla, y entonces, Ben, aunque ya no fueran nada, se iba a enojar.

—Sombra no se fijaría en ti, pequeña, así que tu esfuerzo...

—Valeria se volteó, Estefani se detuvo justo en frente de ella, casi chocaban. Estefani movió su cuello mientras hablaba—, así que tu esfuerzo siendo novia de Gregorio es en vano.

—Tú no me conoces. Yo quiero a Gregorio.

Sintió que iba a vomitar. Entonces respiró hondo.

—¿Pero no lo negaste hace un momento?

Valeria se irritó.

—¿Qué es lo que quieres de mí?

—Simplemente que me digas todo lo que hay entre tú y Gregorio.

—¿Pero por qué?, ¿te gusta él?

Estefani golpeó a Valeria detrás de la cabeza, como se le hace a un niño que no entiende cuando se le habla. Valeria se quejó, e iba responder golpeándola en el brazo, pero Estefani la detuvo. Exhaló.

—Somos novios, y ya. No hay nada más, no me gusta nadie más, estoy loca y profundamente enamorada de él, ¿te quedó claro?

¿Le quedaba claro a ella?

Estefani no respondió. Solo la dejó ir.

Esa tarde, ya estaba oscureciendo. Las calles se veían grises, todo se veía gris porque el sol no estaba, ni la luna tampoco. Era extraño, era un atardecer triste, y solo faltaban minutos para que fuera completamente de noche. Valeria estaba de pie con los brazos cruzados hablando con Rose y Argentina. Parecía como si por fin todo hubiese vuelto a la normalidad.

Aun así, Valeria esperaba a Nina. No encontraba una forma para participar en la conversación sin que Nina estuviera allí, pero ella estaba comprando unos cigarrillos para su papá y tardaría alrededor de quince minutos.

No vio venir nada. Solo sintió cuando una chica la volteó a la fuerza por su cabello y después le dio un puñetazo en la cara.

—¡Zorra roba novios! —le gritó y la escupió en la cara, la pateó en el estómago y después trató de quitar las manos de Valeria que protegían su propio rostro para que no siguiera golpeándola.

Nadie la ayudó, en cambio, todos alentaban: *¡Pelea, pelea, pelea!* Pronto las rodearon a ambas como si fuera un ring de pelea. La castaña con la delantera. Ahí fue que se dio cuenta de que ni Rose ni Argentina eran sus amigas, la pelea solo las divertía.

Valeria la golpeó en la ingle y la castaña cayó al suelo por el dolor. Si bien tenía más masa corporal que Valeria, ella se las arregló para subir cada una de sus rodillas encima de cada uno de los codos y antebrazo de la chica, y comenzó a golpearla con su puño huesudo mientras ella se protegía. Valeria sabía pelear, es solo que nunca nadie había buscado pelea con ella.

Y la gran chica solo sabía arañarle la cara y halar su cabello. Y querer escupirla, quería hacerla sentir sucia.

Cuando hay una pelea, la noticia corre en bola de humo, en solo segundos. Así que cuando alguien voceó que dos chicas se estaban dando golpes, muchos más corrieron a ver. Pero La Sombra no se movió hasta que un niño dijo: «—*¡La novia de Gregorio está en la pelea...!*»

Entonces Ben no se detuvo a mirar a Gregorio, que estaba a su lado, solo corrió a donde estaban todos y se metió al círculo. No se detuvo a mirar nada, ni a respirar porque estaba sofocado, ni siquiera miró a la chica que estaba debajo de Valeria. Solo la cargó, agarrándola por la cintura y después cargándola como si fuera una princesa, y la llevó lejos de encima del cuerpo de la chica. Lejos de todo el caos.

Y la chica se levantó del suelo buscando venganza con la nariz llena de sangre.

Cuando Gregorio la agarró de los brazos, lo único que recibió fue un puñetazo en la nariz, con toda la rabia que tenía.

—¡Ana, maldición, eso duele! —Se quejó agarrando su cara.

—¿Con esa perra me engañabas, idiota? —Se limpió las manos, y tocó su nariz, se quejó del dolor—. ¡Esa maldita! ¡Voy a matarla!, ¡voy a rajarle la cara! —gritó. Pero Valeria ya estaba muy lejos como para escuchar su amenaza.

Capítulo 10
SU OLOR

Ben no dejó a Valeria tocar el piso hasta que llegó a su casa. Valeria no habló y su labio estaba temblando. *Su olor*, juraba que lo había olvidado. Pero no, seguía siendo el mismo, no quería soltarlo nunca.

Él la llevó a su habitación de baño y quitó su ropa. Otra vez vulnerable en frente de él. Ni siquiera podía articular palabra y preguntarle que qué estaba haciendo o qué pretendía hacer con ella.

No, no quería hablar, porque no quería detenerlo.

Echó a Valeria a un lado y abrió la llave de la ducha. El sonido del piso de la bañera golpeado por el agua llenó el lugar. Volvió a estar frente a ella y levantó con el dedo índice su barbilla, examinando su rostro. Valeria no sabía qué miraba hasta que descubrió que solo buscaba los daños en su cara. Los arañazos eran leves pero la piel estaba roja, y su labio se había hinchado por el primer golpe que Ana le había propinado. Tocó el labio con su dedo, Valeria hizo una mueca de dolor.

—Perdón —murmuró.

—Creo que debo irme. —Valeria negó con la cabeza. Ni siquiera sabía por qué Ben la había traído hasta su casa. Incluso la había tocado cuando la cargó. Perdió la apuesta.

Ben la ignoró, se quitó su polo shirt.

—Es en serio, debo irme. —Caminó a la puerta, con los ojos casi cerrados. ¿A dónde iba sin su ropa? Es que quería que él la detuviera. Él así lo hizo, la agarró por la cintura y la volvió a poner en su lugar.

—Shh. —Le pidió. Empujó a Valeria hacia la bañera, y ella se devolvió y chocó con él, porque el agua estaba demasiado fría.

—El agua fría hará que no te duela nada. —Pasaba sus manos por la cara de ella y por su cabello, tratando de borrar lo sucedido—. Va a congelar todos tus sentidos.

—Es tarde, me duele todo —le respondió.

Ben se echó hacia atrás y se quitó la ropa que le quedaba. Des-pués, empujó a Valeria debajo de la llave, y gradualmente, su cabello y el de ella se iban mojando. Valeria cerró los ojos porque no sabía hacia dónde mirar.

—¿Por qué la chica me golpeó? —Valeria hizo una mueca de dolor, el agua ardía en algunos arañazos. En especial en los que había en el brazo.

La Sombra sonrió de lado, parecía orgulloso.

—Tú la golpeaste a ella.

—Yo solo me defendí —contrarrestó abriendo los ojos.

—Valeria... —suspiró Ben cerca de sus labios, ella se sintió como si se derretía. No la había dejado de mirar pero había guardado su espacio—, ¿puedes perdonarme y volver?

Valeria puso los labios en una línea de recta, se olvidó de su condición y lo abrazó. Pensó que nunca harían las paces. Ella realmente lo necesitaba, lo extrañaba, no lograba hacer nada bien.

Lamentablemente, La Sombra era un vicio que Valeria no podía dejar. Cerró sus ojos y mordió su labio mientras lo abrazaba. ¿Por qué a veces las cosas debían de ser tan difíciles?

—Esta noche puedo abrazarte hasta que te quedes dormida.

—Le devolvió el abrazo, Valeria se quedó con su cara apoyada en el hombro de La Sombra mientras sentía las gotas de agua caer por su espalda—. Es para que veas que no solo quiero sexo de ti.

—Aunque quisiera, tengo que volver a casa. —Valeria respondió dejando de abrazarlo, pero mantuvo las manos en su cuello y mirándolo a los ojos.

—¿Vas a volver sola?, ¿y si la chica te está esperando...?

—No tengo a nadie que me lleve, y en serio debo volver a casa.

Alguien tocó la puerta, lo hizo bastante fuerte. Ben miró a un lado. Bufó y salió de la ducha. No tuvo tiempo para secarse y se volvió a poner la ropa que tenía. Le pasó a Valeria su toalla.

Se quedó allí quieta, y después se empezó a vestir de nuevo.

Cuando La Sombra abrió la puerta se encontró con Gregorio, quien no se percató de nada. Y estaba tranquilo.

—¿Dónde está Valeria?

—¿Valeria?

—Sí, no te hagas el tonto. Me dijeron que se fue contigo.

—Hi-zo una pausa, después dijo—. No, me dijeron que tú te la llevate de allí.

—Ah, ¿quieres decir cuando yo me la llevé para que tu novia no la matara a golpes?

—Está celosa porque piensa que Valeria es mi novia, todo el mundo ahora dice eso.

—¿No son nada?

—Sí... digo, no, estamos ahí... es que Valeria es complicada. Pero aun así, esa Ana está loca, la atacó así de la nada. Por eso quiero pedirle disculpas, porque no volverá a pasar. Hablé con ella y le expliqué...

En ese momento Valeria salió de la habitación. Llevaba puesta la ropa de antes y su polera estaba mojada por las gotas que descendían de su cabello. Tenía los brazos cruzados encima de su pecho. No podía creer que Gregorio quisiera algo con ella y al mismo tiempo estuviera con Ana. ¿Así eran todos los hombres?

Gregorio se volteó para mirarla.

—Valeria, sobre lo de... —Dio unos cuantos pasos hacia donde ella antes de notarlo. Entonces dejó de hablar.

Los dos tenían el cabello mojado y gotas en el cuerpo. Se sintió tan estúpido.

—¿Ustedes dos...? —Hizo una mueca en el rostro. Tenía que ser una broma.

La Sombra no iba a decir nada. Solo se quedó mirando cómo se desenvolvían las cosas, ¿tenía que dar explicaciones? No. Valeria le pertenecía mucho antes de lo que él se podía imaginar.

—¿No responderán nada!? —gritó y Valeria tembló. Había sido una mala idea salir. ¿Por qué salió de todas formas?, ¿para qué quería verlo?

—A ver, amigo. ¿Qué quieres saber?, ¿vas a preguntar algo de lo que sabes ya la respuesta? —le respondió. Instintivamente se puso en medio del camino para que no llegara hasta Valeria, no hacía falta, Valeria ya se había acercado.

—¿Te acuestas con él? —le preguntó a Valeria con el ceño fruncido.

¿En serio, ella, con su mejor amigo? ¿Por qué no lo sabía? ¡Cómo no se enteró! ¡Por eso hacía como si no la veía! Por eso él no lo apoyaba en sus intentos por conseguir a Valeria. Él ya la tenía. Quería dejárselo claro.

Valeria abrió varias veces la boca, pero no salía nada de ella. Ninguna voz. Todos se iban a dar cuenta, ¿por qué estaba voceando? Todos iban a descubrirlo. Van a reaccionar de la misma forma. Sentía que iba a llorar, su rostro estaba caliente.

—¿No vas a responder?!

—¡No le hables así! —le gritó Ben, se acercó a él y lo señaló con el dedo—. *Tu mujer* la golpeó, y ¿tienes la gallardía de hablarle así?, eres un hijo de puta.

—¡Tú eras mi amigo! ¡Tú sabías que me gustaba Valeria y qué estaba buscando de ella! Sin embargo, me estás pisando la cola.

—El mismo Gregorio se alejó de Ben. Si seguían estando tan cerca se iban a golpear. Por una chica, iban a pelear por ella.

La Sombra se echó el cabello hacia detrás.

—Solo querías acostarte con ella. Tú no la quieres, *no la amas*. Solo quieres saciar tu caprichito sexual porque la tal Ana no te basta. Hazme un favor y sal de mi casa.

Ella estaba ahí. ¿Por qué hablaban como si no estuviera? Solo echándose los trapitos al sol. Como si Valeria fuera a decidir quién era peor. No lo iba a hacer. No sabía qué hacer. Solo estaba a punto de colapsar. Pero entonces Gregorio le pegó un puñetazo a Ben en la cara y su cara se volteó por el impacto. Ben se lo devolvió, e iba a lanzar otro pero Valeria se puso en medio de los dos, y él se detuvo de inmediato.

—¿Qué te hizo, Valeria? —Gregorio la miró con pena. Pero ella no respondió.

—Valeria, por el amor de Dios, vete de aquí —ordenó La Sombra señalando a su habitación. Estaba tan molesto que estaba irreconocible. Sus manos se cerraron en un puño.

—¡No los dejaré peleando! —Se volteó hacia donde Gregorio—. Tú y yo no somos nada, ¿entiendes? No entiendo el por qué estás tan enojado. —Su voz era sarcástica.

Antes de ayer había dicho que estaba loca y profundamente enamorada de él. Quizá eso había causado todo. *Una mentira*, entonces basta de mentiras, solo se va a decir a sí misma, y a todos, la verdad.

No le gusta. Nunca le va a gustar. Solo quiere a Ben, a La Sombra, solo es a él.

—Tú lo que eres es una zorra, Valeria. Nunca lo olvides. —Caminó de espaldas hacia la puerta. No apartaba su mirada de ella.

«Tal vez sea otra verdad.»

Ben iba atrás de él, pero Valeria lo detuvo, y después lo abrazó mientras se desmoronaba a llorar. Si todos decían que ella era una zorra, ¿tal vez era tiempo de aceptarlo ya?

Cuando Valeria secó su cabello y su cara volvió a tomar un poco de color natural, decidió salir de la casa de Ben.

Ben no la dejó ir sola. Por primera vez andaba con Valeria por la calle. Ella adelante, con la cabeza cabizbaja y el corazón roto. Ben iba detrás, como su sombra, con las manos en los bolsillos y una gorra negra guardando su cabello. No iba a dejar que nadie la tocara, que nadie se acercara.

Y así fue.

Nadie se atrevió a llamar a Valeria para preguntar qué había ocurrido. Y tampoco le hablaron a Ben, nadie, nadie le preguntó a ninguno de ellos dos qué hacían juntos. Todos lo olvidaron, ni siquiera prestaron atención.

No porque no les interesara, sino porque nadie se tomaba el lujo de correr rumores de La Sombra. Nadie de por ahí se mete con él. Es muy reservado como para hacerlo, él no se mete con nadie, ¿por qué se van a meter con él?

¿Y qué? Lo habían visto llevarse a Valeria del lugar de la pelea. Han visto el rostro de Gregorio golpeado. Incluso miran su labio roto por cuando Gregorio lo golpeó. Lo estaban viendo acompañarla a su casa, guardando su distancia.

Pero era solo eso. Ver. No comentaban. Todo el mundo sabía que así era. Al menos con La Sombra.

—Ana vive a cinco cuadras de ti —comentó Nina.

Valeria se alzó de hombros. Aun su cara estaba marcada, lo menos que quería ahora era hablar de ella.

—Y es, o era, novia de Gregorio. Por casi un año ya.

Pero Valeria no lo sabía, nadie lo sabía. ¿Por qué nadie lo hacía?

—Una chica le fue a decir que tú estabas enamorada de su hombre, y tú sabes cómo son estas mujeres de territoriales. Has pasado mucho tiempo con él también.

—Pero no es justo.

—No lo es, pero tú sabes que así es como se resuelven las cosas aquí en el barrio, tú has visto antes estas peleas, han resultado peores, solo que tú no eras el objetivo antes. Dale gracias a Dios porque no rajó tu cara.

—Tú no estabas ahí —pensó en voz alta. Ella no estaba ahí para defenderla.

—Y lo siento, Val, yo te quiero mucho, de verdad, me siento culpable por no haber estado ahí para ti. Lo siento mucho.

—Ya pasó. —Valeria trató de sonreír. No le salió.

Esperaron que el auto pasara o les diera el paso, después cruzaron, Nina y Valeria iban de camino a la papelería para comprar el folder del trabajo que debía entregar. Las calles estaban frías, pues el invierno estaba en su apogeo.

—¿Es verdad que La Sombra te sacó de la pelea?

—Ajá.

—Woah. ¿Se conocen?

—Somos del mismo barrio —respondió, pero supo que Nina no se conformó con esa respuesta—. Bueno n-no. Es solo que, quiso ayudar. —Se mordió un labio.

—¿La Sombra, ayudando? —Miró la cara de Valeria y se provocó. Pateó una roca. Se quedaron en silencio—. ¿Y si quiere algo de ti?

¿Y si ya lo tiene? Ya la tiene, completa.

—Nina... —Valeria sacó sus manos del abrigo.

—¿Si? —preguntó Nina, deteniéndose en la acera.

—Hay algo que no te conté —decía en voz baja.

—¿No me contaste?

—Yo no tuve mi primera vez con Gregorio, nunca he estado con él.

—¿Entonces sigues siendo virgen? —Siguió caminando. Mirando a la calle esta vez.

—No. —Bajó la cabeza y miraba sus pies avanzar por la acera—. Fue con La Sombra, le pregunté a La Sombra lo que ustedes me dijeron. No terminó nada bien, pero después de eso fui donde él a lo mismo por dos meses, dejé de hacerlo, y ahora volví de nuevo.

—¿Estás... bromeando, cierto? —Nina hizo una mueca y alzó las cejas, si su piel fuese blanca, se hubiese visto pálida—. ¿Pero La Sombra siempre está con mujeres? Y quiero decir mujeres, *mujeres de verdad*, y esas no son *tú*, Valeria... —Miró la cara de Valeria y después miró hacia delante—. Vaya, qué bien, mi mejor amiga me miente... ¿Por qué demonios no me lo dijiste? Yo pude haberte aconsejado, como diciéndote que él no es lo mejor para ti.

—Creo que estoy enamorada de él, de verdad. —A Valeria se le formó una sonrisa en el rostro. Algo salió de su pecho, como un aire, un aire de amor. Su historia de amor. Ni siquiera escuchó lo que Nina había dicho. No le importaba.

—No, tú estás confundida.

—¿Por qué no puedes estar feliz por mí? —La cuestionó mirándola mientras seguía caminando y fruncía el ceño.

—Porque yo sé que La Sombra solo está jugando contigo. Te está usando.

Valeria se detuvo en seco.

—Pero deberías apoyarme. —Se sintió atacada.

—No, Valeria, soy tu amiga de verdad, no de juego, y quiero lo mejor para ti.

—Lo mejor para mí es junto a él. —Valeria seguía con la expresión arrugada. ¿Por qué Nina no entendía cómo se sentía?

Nina golpeó ligeramente la mejilla de Valeria.

—Hey, *tierra a Valeria*. ¿Qué ha pasado contigo?, ¿y me dices que dejas que él te haga eso cuando él quiere? ¡Valeria, se aprovecha de ti!

—¡No lo hace! —le grita tan alto que algunas personas en la calle miran a Valeria como si estuviera loca. Tiene que gritarle para creerlo ella también.

Nina no volvió a hablar porque solo la quería regañar, no podía creer cómo su amiga podía llegar a ser tan estúpida... con él... con La Sombra, ¿de verdad?

Capítulo 11
MARCAS DE AMOR

Son las nueve de la noche y Valeria está buscando a Nina en su casa. Tiene una sonrisa en la boca. Está feliz. Y no va a dejar que nadie dañe sus planes. Está convencida. Después de tres meses y algo más, sabe que siente algo por La Sombra, solo necesita que él admita que siente algo por ella.

Así era para Valeria, que él la amaba, eso creía.

—¿Valeria?

—Nina, necesito un favor —le susurró—. Si mi mamá te llega a preguntar lo que sea mañana, o te manda a buscar con alguien, dile que estuve aquí, que dormí en tu casa. Por favor.

—¿Y a dónde vas? —le preguntó, como si ya no especulara nada.

Valeria sonrió mostrando los dientes y Nina se sintió culpable. ¿Cómo dejó que a su mejor amiga la engatusaran así? Es que se le notaba tan feliz con algo que sería tan pasajero... ¿Por qué se enamoró de alguien como él, si siempre imaginó que Valeria merecía algo mucho mejor?

Nina lo iba a enfrentar delante de todos. Para que se avergonzara, para que todos en el barrio supieran que La Sombra había robado la inocencia de Valeria y que le iba a romper el corazón. Pero volviendo a mirar a su amiga, con esa genuina sonrisa y esa felicidad que emanaba de su ser, solo asintió. Y después la abrazó contra su cuerpo. ¿Dónde se había ido la pequeña Val que solo hacía las cosas que ella misma aprobaba?

Estaba fumando cuando Valeria llegó. En realidad, él no sabía por qué creyó que no vendría, quizás pensó que aún estaba asustada de salir de su casa y encontrarse con Ana. Pero, ¿asustada? Podría describir a Valeria de muchas formas, pero una chica asustadiza, no, al menos desde que empezó a conocerlo. Ella había cambiado. Definitivamente, era más valiente. Su imagen de niña frágil era solo una coraza para que los demás no vieran su gran poder y lo fuerte que era, realmente lo era.

Cuando Valeria entró, estaba reteniendo el aire. Lo notó por la forma como su estómago desaparecía debajo de su blusa. Llevaba unos pantalones jeans ajustados, y una mochila al hombro.

—¿Vendrás a vivir aquí? —Ben se provocó.

Valeria soltó el aire. No le gustaban los cigarrillos, por asociación de ideas le traían malos recuerdos. Pero al menos a él se los dejaba pasar, hasta le gustaba el sabor que adoptaba en sus labios. Sin embargo, respirar el humo era otra cosa. En el colegio ya habían hablado de las consecuencias que los cigarros tienen en las personas, y lo sabe, y se lo ha dicho a Ben miles de veces. Pero no escucha. O al menos, solo finge escuchar, y fuma cuando sabe que ella no irá. No sabía por qué lo estaba haciendo ahora.

—Se supone que estoy durmiendo en la casa de Nina.

—¿Cómo lo hiciste?

—¿En serio vamos a hablar de ella? —Dejó caer la mochila al suelo y caminó a la cama, se sentó. La Sombra desapareció en el baño y después salió. Había ido a botar el cigarrillo.

Se sentó al lado de ella, y deslizó la mano por su cintura, hasta empujarla a recostarse.

—¿No quieres hablar conmigo?

—Sí, sí quiero —respondió Valeria—. Pero no de ella.

Porque estaba enojada con ella, aunque ella la hubiera cubierto, no aprueba su relación con él. ¿Cómo se atreve?

Cuando Ben se hincó en la cama, el colchón cedió ante su peso. Deslizó su blusa hasta debajo de su brasier. Besó la piel expuesta y después miró a Valeria.

—Quiero hacerte algo, ¿puedo?

Su pregunta fue irónica, ¿en serio lo iba a preguntar?

Valeria negó con la cabeza.

Ben subió hasta la altura de rostro, estaba al lado de ella, aun hincado.

—¿No? —preguntó. Valeria se elevó un poco, para poder besarlo, pero él la mantuvo ahí abajo, agarrando sus hombros—. ¿Entonces sí?

No dijo nada. Él ya conoce ese silencio.

Volvió donde estaba, poniendo una de sus piernas entre las de Valeria y otra al lado de su pierna izquierda. Seguía hincado, y removió su blusa. Trazó con sus dedos una línea desde su ombligo hasta su quijada. Como si su dedo fijara un camino ardiente en el cuerpo de Valeria que enviara señales a su cerebro para que estuviera en un estado de total excitación.

Se inclinó sobre su cuerpo, sin tocarla realmente, entonces rozó sus labios por el mismo camino que trazaron sus dedos. Y después la mordió. Valeria hizo una mueca y se movió un poco, no lo suficiente, las manos de Ben a cada lado de su cintura no permitían que se moviera mucho. Si apretaba lo suficiente podía casi juntar sus dedos en la cintura de Valeria.

—¿Y te ha dicho algo él? —La Sombra respiró en su vientre y volvió a morder, después pasó su lengua como tratara de sanar lo que le acaba de hacer a su delicada piel.

¿De quién hablaba?

—¿Quién? —preguntó. Su piel molestaba por momentos, pero al mismo tiempo se sentía bien. ¿Cómo dos sentimientos pueden estar tan asociados?

—Tú sabes quién.

Sí lo sabía.

—No-o. —respondió, refiriéndose a Gregorio. Miraba directo a la pared—. Estoy evitando ir al colmado. M-mamá... Claribel, no me deja salir de noche porque teme que la chica me golpee de nuevo. Ella fue a amenazarme, aunque le dijeron que no tenía nada con él.

Ben acarició con sus labios todo el vientre de Valeria. Mientras ascendía, cruzó por el valle en su pecho, llegó hasta sus clavículas y amagó pegar sus labios ahí. Valeria incluso lo sintió muy cerca.

—¿Tu mamá sabe todo?

Valeria bajó la vista para encontrarse con sus ojos.

—Mi mamá cree que él fue o es mi novio. Ella piensa que Gregorio es buen tipo. No sabe de ti.

La Sombra volvía a bajar otra vez por su ruta, se detuvo en el vientre bajo de Valeria y levantó la cabeza. Valeria lo miraba a él mirándola desde abajo.

—¿Quién sabe de nosotros entonces? —Su dedo trazaba líneas sobre el encaje de su ropa interior.

Valeria exhaló. Le encantaba que él la tocara en realidad.

—Nadie.

Él se quitó el poloshirt que aún tenía y se subió encima de Valeria, sin que ella sintiera su peso, sosteniéndose con sus manos a cada lado de su cabeza.

—¿Nadie?

¿Estaba segura? ¿Y todas las personas que lo vieron a él llevarla a su casa? ¿O los golpes en ambas caras de los mejores amigos?

Valeria sintió su aliento entrar por sus fosas nasales, tenía un pequeño toque de cigarro, y deseó que él la besara. ¿Por qué tardaba tanto?

—Gregorio lo sabe, ¿se lo dijo a alguien más?

—No lo sé. Pero sé que está enojado conmigo —Ben respiró la piel de Valeria—. Yo te tengo y él no.

La Sombra hundió su cabeza en el cuello de Valeria cerca de la oreja, y mordió allí, chasqueando sus dientes con su piel sensible. De reflejo, la mano de Valeria trató de apartarlo, pero él tomó sus manos y la puso por encima de su cabeza. Dejó esa parte y fue a sus labios. La besó haciendo que Valeria suspirara en su boca.

Cuando se despegó, lo hizo mirándola y después a sus labios, no entendía por qué Valeria hacía que él fuera tan romántico. Si es que se podía llamar romántico.

—Nina lo sabe.

Soltó las manos de Valeria.

—¿Sabe qué?

—Lo nuestro. Que tú y yo...

Se quitó de encima de Valeria y ella se sintió desnuda, aunque no lo estaba por completo, y fue porque dejó de sentir su calor.

—¿Por qué lo sabe ella?, ¿tú se lo dijiste? —Su voz era acusadora.

—Es mi mejor amiga.

—Aun así...

Ben pensó en algo y después se acostó al lado de Valeria.

Valeria aún sentía la respiración de La Sombra en su vientre, era un espejismo, él estaba ahí, pero al lado de ella.

—Ella dice que...

—¿Dice qué?

—No lo dijo con palabras concretas. Pero quiso decir que te aprovechas de mí. — Valeria lo miró, estaba tratando de ver cómo reaccionaba. Esperaba que él dijera que todo era mentira, pero en vez de eso dijo:

—Tal vez sea verdad.

Valeria escondió sus labios, y dejó de mirarlo. Cayó de nuevo. Siempre lo hace. ¿Por qué siempre creía en él y en sus palabras nunca dichas?

—No es así, es algo más, como si tú abusaras de...

—¿Como si abusara de ti? —preguntó. Valeria se quedó sin habla. ¿Qué trataban de decir? Quería saberlo, pero no podía, no entendía nada—. ¿Como se abusa de las drogas? Tal vez abuso de ti, entonces. —La besó fuerte—. Sí, *abuso de ti*, pero a ti te gusta.

Entonces dejó de besarla con una sonrisa en la boca. Soltó su agarre. Y pasó su mano por la cara de Valeria.

—Yo no te obligo, Val, ¿se lo dejaste claro? Te puedes ir siempre que quieras.

No. Ella no se quería ir. No quería dejarlo y no quería que él la dejara a ella. Nina y sus pensamientos le importaban muy poco, además, ella, en parte, había tenido la culpa.

Cuando Valeria se levantó de la cama, y sus pies tocaron el piso, sintió frío desde la planta de sus pies hasta donde Ben la había besado por detrás de la oreja. Caminó al baño y otra vez se vio en el espejo que se había visto cuando peleó con Ana, cuando Ben se preocupó por ella.

Frente al espejo miró las manchas moradas que se formaron por donde La Sombra había estado antes, en sus clavículas y detrás de su oreja. Después miró su vientre y vio dos mordidas y otras manchas en el mismo camino que él antes había recorrido.

¿Si se había sentido tan bien mientras la besaba, por qué ahora lucían tan horribles? ¿Y cómo le iba a hacer para ocultar esas que podrían estar muy visibles?

Valeria las tocó con sus dedos, una de ellas parecía demasiado profunda.

Salió del baño y Ben estaba sentado en la cama esperándola, se levantó y tomó su cadera apretándola a la suya, tan brusco que Valeria dejó escapar un suspiro. Al mismo tiempo puso las manos en su pecho.

A Valeria no se le olvidó el disgusto. Le había dañado su cuerpo, esas marcas eran horribles. ¿Y si nunca se quitaban?, ya tenía suficiente con su cara tratando de sanar las diminutas cicatrices que Ana había impreso en ella.

—¡Te pasaste!

Él trató de besarla, pero ella se negó y por eso la dejó ir, no podía obligarla a nada. Solo miró cómo Valeria trataba de buscar su blusa y su mochila donde sea que la hubiese metido anoche. Solo le tomó segundos a Ben ver la piel de Valeria expuesta en el lado derecho de su cuello. La levantó del codo, porque estaba en el suelo buscando, y cuando la tuvo arriba, tocó las marcas en sus clavículas y en el cuello.

—¿Estás enojada por esto?

Valeria, furiosa, también señaló las de su vientre: una fila de manchas y marcas de dientes se mostraba... ahora que lo pensaba, ¿qué tipo de monstruo era Ben?

Él suavizó la expresión, casi sonrió.

—Son marcas de amor...

Valeria seguía enojada, pero una parte de ella se estaba suavi-zando. La Sombra puso los brazos de Valeria sobre el cuello de él y pasó sus brazos por su cintura hasta cargarla y empezó a besarla suavemente, como si estuviera masajeando sus labios.

—Es para que —se detuvo—, si de casualidad estás con otro, ellos sepan que estuve primero. Que no te van a hacer sentir como yo te hice sentir, *nunca*.

Valeria dejó que él la besara, que la tocara. Ella se entregó, y en menos de lo que se dio cuenta, otra vez, se unió a él, que en ese lapso de tiempo era el único donde estaban tan unidos que parecía como si en verdad existiese amor.

Cuando La Sombra era cariñoso y suave con ella, sentía esa calidez y ese afecto, y también cualquier tipo de vergüenza se iba, porque él no la juzgaría como lo hacen todos.

Tal vez para los demás las marcas en su piel eran algo malo y mal visto. Pero Ben le había dado otro significado. Hasta había mencionado la palabra amor. Ya lo demás no importaba.

Capítulo 12 **JODERTE LA VIDA**

Esa mañana Valeria buscó toda la ropa que le cubriera el cuello, no solo porque hacía frío, sino porque tenía «las marcas de amor» y otras nuevas que Ben le había hecho en la mañana después de que casi discutieran a causa de estas.

No es que las hubiera aceptado. Aun le parecían fuera de lugar. Pero cada vez que trataba de enojarse de verdad por ellas, terminaba sonriendo. Él había sido tan gentil después.

—¿Y que había, Carlitos?

—Una gran pantalla y muchos videojuegos.

—¿Y jugaste?

—Muchísimas veces, el viejo dijo que podía ir con él cuando yo quiera, y todos los otros muchachos me trataron bien.

Carol se acercó a su hermanito.

—¿Entonces por qué no le dijiste la verdad a mami? —cuestionó, casi susurrando.

—Sí, Carlitos, ¿por qué no nos dijiste la verdad? —Carol volteó a mirar a Valeria entrar al patio y sacudió los dedos abriendo los ojos en forma de alerta. Miró a Carlitos.

—Ay... ¡ay, ay, ay!

—¿Qué? —preguntó Carlitos aparentando estar despistado.

—¿Qué verdad no le contaste a mami? —preguntó Valeria.

—Ninguna.

—¿Ninguna? —Valeria miró a Carol indagando.

Carol miró a Carlitos y después a Valeria, y frunció el ceño.

—¿Te digo algo? Prometí no decirle a nadie. —La niña respondió.

—¿Les digo algo? —Valeria se bajó para estar a la altura de ellos—. Escuché todo, y si ninguno de ustedes dos me dice, le diré a mami que los castigue. A ti —señaló a Carlitos—, por no decir la verdad, y a ti —miró a Carol—, por ser cómplice de tu hermano.

Los dos se pusieron serios.

—¿Qué es lo que quieres, Val? —Carlitos preguntó luego de unos segundos de meditar en su amenaza.

—¿Quién te fue a buscar al colegio aquella vez? —preguntó Valeria.

—El viejo.

—¿No sabes cómo se llama «el viejo»? ¿no lo habías visto antes?, ¿por qué te fuiste con él?

—Lo he visto antes por el colmado. Además, dijo que era tu amigo. Y cuando pregunté su nombre me respondió que era el viejo, que yo podía decirle viejo.

Valeria alzó una ceja.

—¿En serio solo te llevó a jugar videojuegos?

—Sí, ¿a qué más? —Alzó las manos cuestionando.

Valeria se levantó.

—No vuelvas a mentir, Carlitos, por favor.

Él solo asintió. Carol miró a Valeria esperando cuál sería el próximo paso de su hermana mayor.

—¿Qué hacen aquí afuera? —fue lo que preguntó.

—Mamá dijo que saliéramos, había visitas. —Carlitos respondió por ambos.

—¿Visitas? —Valeria frunció el ceño.

—Ajá —asintió Carol—. Y después nos quedamos aquí afuera porque estamos cansados de estar ahí adentro, y desde que te peleaste con la niña esa mami no nos deja salir a jugar con amiguitos. —Carol tenía el ceño fruncido.

Carlitos, al escuchar la palabra «juego» se levantó a buscar un palo de madera.

—Ven Carol, juguemos a la pelota. —La llamó.

—Soy niña, tarado, no juego a la pelota. —Carol le dio la espalda. Valeria se detuvo mientras caminaba a la casa.

—No, no uses palabras feas, Carol. —Reprochó mientras entraba a la casa.

La mamá de Valeria estaba sentada en el comedor con la cabeza hacia abajo, llevaba horas así. Pero Valeria no lo sabía. Ni siquiera los niños. Ellos no habían entrado cuando las visitas se fueron.

—Mami, ¿qué tienes? —preguntó con voz preocupada y se hincó frente a ella.

Claribel respiró profundo. Valeria notó en sus ojos que había estado llorando.

—Es solo que no sé qué hacer porque todo se nos está cayendo encima.

—¿A qué te refieres? —preguntó aún más preocupada.

—Están haciendo trámites para quitarnos la casa por la deuda.

Valeria se quedó en silencio mirando a un punto fijo en la me-sa. ¿Qué podía hacer? Nada. Absolutamente nada.

Hacía ya un año y medio que la casa se hipotecó para pagar otras deudas. Al principio, todo parecía ser una buena solución, pero los intereses subieron cada vez más haciéndose casi imposible saldar la deuda.

Las cosas estaban muy difíciles después de la partida del papá de Valeria; era él quien pagaba la hipoteca con la mitad de su salario mensual, pero ahora, ese mismo dinero era el que él mandaba para la manutención de sus hijos. Ese dinero no alcanzaba para cubrir un mes y también pagar la hipoteca, y el dinero extra que su mamá conseguía era para la comida y cosas necesarias del hogar. No alcanzaba para pagar la cuota de la hipoteca. Y eso, aunque su mamá pensara que no importaba en lo más mínimo a Valeria, en efecto tenía mucho peso, sus hombros se sentían cargados, como si tuviera un yugo encima. Uno que la hacía sentir como si se fuera a ahogar.

Valeria salió de su casa en la tarde hacia donde Nina después de comer, a esas horas, la una de la tarde, todo siempre estaba vacío, las calles, la esquina, las aceras, todo. Esas eran horas de reposar la comida, la gente después de comer se sentaba a beber agua, y después se acostaba a dormir por minutos antes de ir a trabajar o salir a la calle. Aunque no todos cumplían esta costumbre de reposar, no salían, porque los padres les decían a los niños: «*a esta hora todo el mundo está en su casa reposando la comida*». Y tendrían que esperar a que dieran al menos las dos. Además, el sol estaba caribe, invierno o no, como sea, en cualquier estación, con excepción de que esté nublado, siempre hay sol. Un sol extremadamente picante.

Nina estaba sentada en una silla de plástico en frente de su casa cuando Valeria llegó hasta donde ella. La observó unos segundos antes de que Valeria abriera la boca.

—Nina...

—¿Ahora qué, Valeria?, ¿otra vez quieres que te cubra para ir a revolcarte con La Sombra?

Valeria sintió que todo en ella se puso frío, ¿esa era su amiga?, ¿la que se suponía que venía a contarle sus problemas? Su expresión se quedó en blanco. No sabía qué responder a eso. Así que solo se volteó para volver a su casa.

—Espera, Valeria... —Nina la llamó. Valeria se detuvo y se quedó de espaldas—. La verdad es que me preocupo por ti, y estas siendo muy idiota...

Eso bastó para que Valeria se mandara a correr. Y, como tampoco esperaba, Nina se quedó allí sentada.

Solo conocía de un lugar donde podía ir a hablar de sus problemas. Y aunque no hablara de sus problemas, podía desechar todo su estrés mientras permaneciera allí. Sabe que él la va a escuchar, y que pocas veces responderá cosas como los demás. Por pena. Al menos él no le tenía pena a nadie.

Tocó la puerta, y Ben abrió después de unos segundos. Estaba con unos jeans y sin camisa, descalzo y con una cuchara en la mano. También tenía un pote de mentol entre sus axilas. Valeria miró por encima de sus hombros que la estufa estaba prendida.

—¿Cocinas algo?

—Aún no he comido —respondió.

—¿Siempre cocinas semidesnudo? —le preguntó.

—Estoy tratando de untarme mentol en la espalda pero es físicamente imposible. — Ben miró el cuello de Valeria para ver si aún estaban allí. Unas desaparecían y otras tenían un color más fuerte.

—Estoy repitiendo la ropa porque no todas me cubren el cuello. —Valeria ahogó una sonrisa—. ¿Para qué es el mentol?

—Entra. —Ben le pidió y se dio la vuelta.

Solo así Valeria descubrió para qué era el mentol. En su espalda, Ben tenía las marcas de las uñas de ella. Estaban sanando, pero sabía que eran de hace dos días.

—Lo siento. —Entró negando con la cabeza y después estando frente a su espalda. Algunas eran ronchas, y algunas habían arrancado piel, incluso eran peores que sus marcas de amor—, ¿Por qué no me lo dijiste?

—Me gusta que lo hagas —respondió aún de espaldas.

Valeria lo abrazó por detrás.

—Deja que yo te unte el mentol entonces, para ayudarte.

—Espera. —Ben apagó el arroz, porque ya estaba listo, y dejó que la carne se calentara en el microondas, eventualmente el microondas se apagaría solo.

Valeria se sentó en el mueble y Ben agarró una silla y se sentó de espaldas hacia ella. Con sus dedos temblorosos Valeria empezó a poner el mentol en todas las ronchas.

No entendía por qué su piel era tan suave. Le gustaba tocarlo. Por un momento, perdía la concentración de lo que estaba haciendo, de si estaba untando poco mentol o de si ponía una gran cantidad. Solo estaba disfrutando el hecho de tocarlo, de sentir el relieve que los rasguños habían dejado en su piel.

—¿Te duelen?

—A veces. Algunas —respondió.

Entonces hubo silencio, de pronto Valeria dejó su dedo en el mismo lugar sin moverlo. Un pensamiento hizo que sintiera como si las lágrimas iban a salir.

—Mami perderá la casa.

—¿Qué? —preguntó dándose vuelta hacia donde Valeria.

—Es que la hipoteca está vencida, hace meses no paga nada... —Valeria rompió a llorar, fue inevitable. No fue con gritos quejumbrosos, sus ojos solo estaban dejando salir todas esas lágrimas, de la nada, solo salían, mientras trataba de mantener sus labios juntos—. Quiero ayudarla pero no puedo. —Ben se sentó con ella en el sofá y pegó la cabeza de su pecho—. De verdad quiero ayudarla pero no puedo hacer nada.

Silencio, él solo acariciaba su hombro.

—Nina está fría conmigo. Ya no quiere ser mi amiga.

—¿Te lo dijo?

—Me dice cosas hirientes cuando la busco, después dice que es porque se preocupa por mí. —Valeria se limpió la nariz—. Aunque no lo creas, tú eres el único que no me juzga.

Valeria se levantó de su regazo y lo miró a los ojos. Él estaba serio. Sin decirle nada. Estaba bien. Ya no sentía que guardaba miles de cosas. Los problemas no se habían ido pero se sentía tan ligera como una pluma. La Sombra acarició su mejilla y después deslizó su mano hasta su cuello, para volver a colocar la cabeza de ella en su regazo.

El domingo, Valeria fue con un vestido de encajes que le quedaba un poco más por encima de los tobillos a la Iglesia. Su cuello ya estaba visible, las «marcas de amor» habían casi desaparecido y permanecían ocultas por su cabello. Ben había prometido hacerlas en otras partes, porque ella no podía andar por ahí con esos colores decorando su piel.

Allí, después de que se levantó de orar a Dios para que un milagro ocurriese y no perdieran la casa, vio a Gregorio parado detrás de ella. Como si él fuera el milagro que Dios le mandó.

—¿Gregorio?, ¿qué haces aquí? —le preguntó. A la verdad, él le había pedido disculpas un millón de veces después de aquel horrible enfrentamiento. Sin embargo, aún escuchaba sus palabras. «Eres una zorra, nunca lo olvides.»

Mientras oraba, Valeria había estado llorando, su cara estaba roja y sus ojos llorosos.

—¿Qué pasa contigo, Valeria? —le preguntó y acarició su mejilla.

—Nada. —Volteó la cabeza y salió de la iglesia, no quería faltarle el respeto a Dios, y además, las chicas del Monte Nazaret la estaban mirando mal.

—¿Venías a buscarme a mí? —le preguntó cuándo estuvieron afuera.

Gregorio exhaló.

—Mira, siento que has cambiado, para mal, no eres la misma.

—Te equivocas, he sido Valeria García toda mi vida. ¿Acaso mi nombre ha cambiado?

—Tú sabes a qué me refiero. No te hagas la que no sabes na-da, porque lo sabes.

Valeria hizo un mohín evasivo, siguió caminando a su casa.

Gregorio le siguió detrás.

—Ben sigue siendo mi amigo, y lo conozco más que tú, Valeria, él no te quiere.

Valeria se detuvo, él no sabía nada, ¿de qué hablaba?

—Por favor, Gregorio, no seas como Nina, como todos si lo supieran. —Valeria se manifestó exhausta—. Por favor, trata de entenderme. Eres el único que podría ser mi amigo ahora.

Gregorio suspiró.

—Yo no podría ser tu amigo, Valeria, tú sabes que me gustas, *mucho*, no voy a dejar de intentar estar contigo.

—¿Aun si ya sabes que entre Ben y yo hay algo? ¡Ustedes son amigos desde pequeños!

Gregorio relamió sus labios.

—¿Por qué llorabas?

—No me cambies el tema.

—Voy a tratar de hablar de nuevo con él, te lo prometo. ¿Es eso lo que quieres?

No, no quería eso. No le había pedido nada, él había venido donde ella.

Valeria empezó a caminar otra vez.

—También trataré de ser tu amigo.

—¿Sin querer aprovecharte?

—Exacto. —Le sonrió—. ¿Por qué no lo hacen público?, ¿Por qué él me echaba las porras para que te invitara a salir si ya estaba contigo?

Valeria miró sus pies, y después se cruzó de brazos.

—No quiere compromisos, y creo... creo que es lo mejor, ¿sabes? Todo secreto, por favor, no se lo digas a nadie.

—No lo haré.

Siguieron caminando en silencio, Valeria se echó el cabello hacia atrás y dejó escapar un grito frustrado. Sin que sonara lo suficientemente alto para que las personas alrededor lo escucharan, pero sí para que Gregorio lo hiciera.

—¿Qué pas...?

—Necesito un trabajo. —Valeria lo cortó.

—¿Un trabajo, tú?, ¿para qué?

—En un horario vespertino.

Gregorio miró hacia delante y después sonrió mostrando su dentadura.

—Voy ayudarte —le sonrió.

La sonrisa fue contagiosa. Valeria lo miró sin poder creerlo y también sonrió.

Cuando Valeria pasó por el frente de la casa de Marian, se dio cuenta de que Nina estaba con Rose y Argentina. Cuando cruzó miradas con Nina inmediatamente volvió el rostro y fijó la mirada en el camino. No quería hablar con ella, mucho menos mirarla. La extrañaba mucho. Era su mejor amiga en todo el barrio. Pero aun así, estaba un poco resentida. Sin importar la razón, Valeria siempre la había apoyado en todas sus decisiones, incluso la había cubierto. Por eso no entendía por qué le era tan difícil hacer lo mismo con ella, se suponía que eran mejores amigas.

—Tengo algo que decirte —dijo Nina apresurada a la espalda de Valeria.

Ella se dio la vuelta y siguió caminando de espaldas.

—¿Sobre por qué La Sombra es malo para mí?

—Sí. —Atravesó su brazo por el hombro de Valeria, dándole la vuelta—. De hecho, te tengo muchas razones, he investigado toda su vida, solo por ti, porque me preocupo por ti.

Valeria no sabía mucho de él. Si vagaba por los recuerdos de su mente lo recordaba jugando con los muchachos del barrio, pero nunca relacionándose con ella, y en ese entonces a ella no le interesaban los chicos.

—Tienes segundos antes de que te haga callar.

—Su mamá se suicidó, la encontraron ahogada en la bañera de su casa, ¿donde vive ahora La Sombra! Y su papá, su papá se casó con una mujer mayor y multimillonaria de una empresa conocida, no sé por qué, pero La Sombra no quiere saber de ninguno de los dos, aun así, él mantiene a La Sombra. —Frotó el dedo índice con el pulgar refiriéndose al dinero—. Hace unos meses él abuso de las drogas y no se sabe si las sigue utilizando. Y hay una chica que dice que está saliendo con él, su nombre es Laura. Y es muy linda.

—Bueno, ¿quieres que yo crea todo?

—Pregúntale entonces. ¿Acaso no recuerdas a la policía cuando su mamá murió haciéndole preguntas a todo el mundo?

¿Cómo lo iba a hacer? Era tan solo una niña de diez años. A ella no le hicieron preguntas. Cuando escuchó que una señora había muerto ni siquiera le dio importancia, además, sus padres no le contaron ni dejaron que se acercara a ese lugar por más de una semana.

—Y si es así, ¿qué tiene de malo?

—¿A parte de que te podría estar engañando con otra... y que es un drogadicto? Valeria —la miro totalmente seria—, él va a joderte la vida y tú lo vas a dejar, por favor, ¡despierta!

Valeria se estrujó la cara y siguió caminando rápido, su corazón latía fuerte, como si no aguantase más, basta de amigos por un rato. Basta de todos.

Por un momento, ni La Sombra, ni nadie, solo estar sola... y respirar.

Capítulo 13 **JEANS APRETADOS**

—Ella es Valeria.

La mujer morena la mira de arriba abajo, frunce los labios.

—¿Sabes contar?

—Sí.

—¿Dos por mil veintiuno?

—Dos mil cuarenta y dos... —respondió tras varios segundos.

—Bien.

La mujer se movió detrás del mostrador y Gregorio y Valeria la siguieron.

—Está bien, escúchame bien. Primero tomas la orden, la llevas a Patricia, Patricia te da el pedido, y el pedido se lo das al cliente y cobras ahí mismo. Esto es una caja registradora y aquí cobrarás. Y ya.

—Okey —Valeria asintió.

—Nunca devuelvas de más.

Valeria asintió.

La mujer siguió explicando cosas.

—Somos un local de bebidas no alcohólicas, pero algunas veces unos idiotas vendrán a comprar bebidas de naranja, se sentarán en aquella esquina y lo mezclarán con ron, se emborracharán y comenzarán a hablar muchas idioteces. Ignóralos. Si se quieren propasar contigo clávalos un tenedor. O si no eres lo suficientemente valiente llama a Patricia, ella los sacará de aquí.

—¿Y por qué no les prohíben la entrada?

—Ellos son una gran parte de nuestros ingresos.

—Bien. —Asintió.

—Vestimenta. —Siguió caminando al centro del local—. Somos un local de mujeres lindas pero no nos vestimos como zorras, el único hombre que tenemos es el chico de los vasos y está siempre enterrado allá atrás fregando cosas sucias. No te preocupes por él, juega al otro bando. —Le guiñó el ojo—. Un jean y una blusa de cualquier color. Deja que se te vea el escote sin ser vulgar. —Valeria se miró su casi inexistente escote que apenas rellenaba copa A, después volvió a mirarla—. Cuando te pongas nuestro delantal no importará —dijo refiriéndose a la vestimenta, le pasó un delantal rojo con una bebida impresa en él y el logotipo de «Bebidas Fresa» debajo. Qué nombre. Ese era el nombre de la mujer morena explicándole cosas—, y toma esta gorra. —Era una de las que tenía un hueco en el tope, que dejaba descubierta parte de su cabeza—. Mañana domingo empiezas a trabajar.

—Muchas gracias. —Valeria miró a Gregorio entusiasmada.

—Ah y tu paga será semanal, mil quinientos, o si quieres quincenal, tres mil, ¿o mensual seis mil?

—Quincenal está bien.

—Una chica balanceada, me gusta —sonrió.

—Muchas gracias, Fresa —dijo Gregorio.

—Lo que sea por mi querido sobrino. —Miró a Valeria de reojo, sus pantalones le quedaban algo flojos—. Ah y otra cosa, pantalones súper apretados, tan apretados que no puedas caminar. A todos los hombres les gustan los culos apretados.

Bebidas Fresa estaba ubicado en el mismo sector del barrio de Valeria pero en un bando distinto. La gente (muchachos en realidad) no se juntaba mucho con los de su lado. Estaba un poco lejos, a unas siete cuadradas de la esquina y como a diez de su casa. Era mucho caminar, sin embargo, para ella, lo valía.

El primer día de trabajo transcurrió normal, hasta que cayó la noche y un grupo de muchachos logró ponerla demasiado nerviosa.

—¿Y eres nueva? —Tocó su mano mientras ella limpiaba el mostrador.

—Bueno, nunca antes había estado aquí. —Alzó los ojos.

—¿Tu nombre, pequeña? —preguntó un chico recostado del mostrador.

—Soy más grande que tu amigo allí debajo —contestó.

—Ohhh —todos silbaron.

—¿Hay de piña? —preguntó uno.

—Sí, ¿quieres uno? —trató de ser profesional.

—No, mejor uno de sandía y guineo.

—Está bien. —Lo apuntó en el papel y fue allá detrás. Los muchachos hicieron un alboroto que la puso incómoda.

—Tienes un pequeñito y adorable culo —dijo uno de ellos. Tenía trenzas hacia atrás. Algunos rieron.

—Eso es muy grosero —Valeria se resignó y se fue a sentar.

—¡Aún no te decimos qué bebida queremos! —la llamó—. Definitivamente voy a hablar con Fresa para que no contrate gente ineficiente.

Valeria se levantó de nuevo.

—Entonces pidan y dejen de agredirme verbalmente. —Se quejó sintiendo la sangre en su cara.

Los señaló uno por uno y tomó su pedido. En el extremo izquierdo, el chico que Valeria había ofendido seguía mirándola. Ella lo señaló con el lápiz. Mantuvo su mirada, él tenía los ojos azules.

—¿Tú qué quieres?

—A ti.

Valeria se ruborizó. Iba a hablar. Pero él volvió a sacudir el dedo hacia donde estaba apuntando.

—Aquí —repitió. Había dicho aquí. Escuchó mal. Él solo estaba señalando el sabor manzana verde del tablero de sabores que estaba encima del mostrador.

—¿Manzana verde?

—Sí, ¿no sabes leer?

Valeria lo ignoró. Los muchachos se fueron a sentar y Valeria fue a respirar atrás después de darle el pedido a Patricia.

—Si quieres yo les llevo las bebidas. Quédate, ¿sí?

—Gracias.

Se quedó sentada pero los miraba hacer estupideces, ella rodó los ojos, ¿podrían ser más estúpidos esos chicos? No, claro que no.

La tía de Valeria estaba visitando la casa, ella estuvo hablando con la mamá de Valeria toda la tarde y les había traído obsequios a Valeria y a sus hermanitos. También pidió hablar con Valeria porque no entendía cómo una jovencita de diecisiete años vestía aun así. Con pantalones chalca-charcos³, ropas sin combinar, blusas de muñequitos y pantalones flojos.

Le había traído varias mudas de ropa, no era mucha cantidad, pero desde luego hacía diferencia. Estaba dejando su imagen de niña, o al menos, por fuera. Toda esa ropa se estaba quedando en el olvido, o Carol la heredaba, y la poca que tía Victoria había traído estaba protagonizando todo.

Cuando tía Victoria y Valeria estuvieron solas en el parque de la ciudad, Victoria al fin tuvo su oportunidad de hablar con ella.

Le pregunto:

³ Dominicanismo de Salta Charcos, refiriéndose a pantalones que deberían ser largos pero quedan por encima de los tobillos.

—¿Cómo va la vida? —Notaba en Valeria tristeza. Y lo estaba, llevaba dos días ignorando a todo el mundo y tratando de estar sola, además, Claribel le había informado a Victoria que Valeria se estaba poniendo malcriada y desinteresada por todo. Lo que le preocupaba. Ella nunca era así.

Valeria, cuando niña, era la más alegre de todas y le sonreía a todo el mundo. Era fácil simpatizar con ella.

—Normal.

Victoria podía descifrar qué tenía su sobrina con solo mirarla a ella con la cabeza hacia abajo y meciendo sus pies que rozaban el suelo.

—¿Enamorada?

—No... —Valeria respondió rápidamente.

—Oh, vamos Valeria, soy tu tía, no una desconocida, puedes confiar en mí. —Le guiño el ojo, Valeria la miró y se quitó el cabello de la cara.

—Puede ser.

—¡Por qué sufres entonces! —exclamó, más que preguntar.

Valeria se mordió el labio.

—Creo que lo amo. —En su voz se sintió que iba a llorar y retuvo las lágrimas—. Tía, ¿quién dijo primero «te amo»? ¿tú o tu esposo?

—Él me dijo: «Oye, te amo», yo, me reí en su cara, y le dije que yo no estaba enamorada de él, ¿sabes qué me respondió?

Valeria negó. Pues claro que no sabía. ¿Por qué no se limitaba a responder su pregunta y ya?

—«No me importa, ya te di mi corazón de todas formas.» Y fui suya. Desde ese momento fui suya, es como si una chispa nació en mí y me enamoré de repente.

—¿Una chica puede confesarse primero?

Victoria alzó los hombros.

—Sí, ¿por qué no? Dile cómo te sientes. Estamos en el siglo veintiuno, allá en el veinte éramos muy antiguos. —Valeria se perdió en su cabeza—. ¿Es por qué quieres acostarte con él o ya lo has hecho?

En ese instante, el rostro de Valeria se puso pálido y negó.

—Yo no dije...

—No te avergüences, que la sexualidad no es de causar alboroto. Yo perdí mi virginidad a los catorce, así que si tú ya lo hiciste a los diecisiete no te juzgaré, te felicitaré por esperar tanto. —Se rio, pero Valeria no lo hizo—. Ahora bien, yo no quiero que estés con alguien sin amor, te hará daño. Aclara las cosas, si no, dadas por terminadas.

Valeria dejó de mirar a su tía y miró al otro lado de la calle cómo un auto rebasaba a otro.

—Ojala fuera tan fácil.

—O sigue a tu corazón.

—Ay, no, tía, no me diga que usted me va a hablar de cuentos de princesas porque nunca sabemos qué pasa después del feliz para siempre.

—Haz lo que te parezca correcto, eres una niña sana, fuerte y linda. No dejes que alguien te haga pensar lo contrario. Eres fuerte, Valeria. Con tus hermanos, con la casa ahora que tú papá no está. Tú y tu mamá han estado ahí para tus hermanitos y van a salir adelante.

Valeria se quedó en silencio.

—Le presté a tu mamá dinero para pagar una parte de la hipoteca, me lo pagará cuando pueda. —En realidad, Valeria era quien le iba a pagar con su nuevo sueldo—. Y sobre lo del chico, si te hace daño, dímelo, que le rompo la cara. Y sobre el sexo, tú decides cuando estés lista, nadie más.

La tía de Valeria se iba a subir en un taxi hasta su casa y le iba a dejar dinero a Valeria para que se fuera en otro a su casa. Pero cuando su tía se fue, Valeria guardó el dinero y se fue a pie a su casa.

Estaba casi oscureciendo. Valeria guardaba en una cartera que llevaba cruzada al cuerpo un par de galletas para Ben que había hecho en casa de Sabrina. Tenía tantas cosas que hablar con él que no sabía ni siquiera cómo empezar.

Y a la vez tenía miedo. Se supone que no debía preguntarle sobre su vida, una vez cometió el error, y ella ya sabía cómo se ponía. Frío, distante, enojado, triste. Pero debía hacerlo, debía preguntarle porque quedarse con duda era como crear una grieta que cada vez se hacía más grande.

Sentía calambres en las piernas y su cara ardía. No entendía por qué su cuerpo reaccionaba así, de esa manera: con un gran nudo en el estómago y las manos frías. Solo iba a contarle de su nuevo trabajo «Pero tendría que decirle quién se lo había conseguido, ¿y si se enojaba?».

También quería preguntarle por su mamá. Pero sabía que era mucho más difícil. Él no hablaba de eso, ¿aún estará dolido? No quería arriesgarse a que se cierre y nunca más pueda sincerarse con él.

Otra cosa que la traía loca, lo de las drogas. En el colegio habían explicado muy bien su efecto nocivo. ¿Por qué lo hacía? Ni lo creía. A la verdad, para Valeria, Ben era la mejor persona del mundo.

Apretó demasiado fuerte la cartera. Temió haber desmenuzado las galletas, por eso las revisó, sus manos también temblaban y no sabía la razón. Entonces algo pasó por su mente. ¿Quién era Laura? A él no le gustaba tener novias, solo amigas. Pero Laura supuestamente afirmaba ser su novia. ¿Quién era?, ¿por qué no había escuchado hablar de ella?

«Porque nadie chismotea sobre los asuntos de La Sombra.»

Tocó la puerta, y entonces una chica la volteó y la pegó de la pared. Era Estefani.

—¡Lo sabía! —dijo abriendo su boca en tono acusador.

Valeria no supo qué responder.

—Te gusta él. ¿Pero sabes lo que estás haciendo?, ¿al menos lo sabes? Él está muy jodido, Valeria, por el amor a Dios.

La puerta se abrió. Las manos de Ben detuvieron que Valeria cayera de espaldas. Miró confundido a las dos chicas, lanzó una maldición debajo del aliento.

Estefani se alejó un poco.

—Espera, ¿tú sabías... que ella vendría?

—Estefani, ¿qué quieres? —preguntó con voz ronca. Parecía que estuviera durmiendo. Tenía marcas de la almohada en la cara. Pero tal vez, y si hubiese estado durmiendo, no hubiese abierto la puerta tan rápido.

—Eres el peor ser humano del mundo —dijo cruzándose de brazos.

—Bueno, pero ya basta, eh, ¿quién crees que eres para decirle así? —Valeria saltó a la defensiva. Ben no era malo, ¿por qué todos se empeñaban en decir eso?

—Cállate.

—Estefani, no le hables así.

Estefani dejó soltar aire.

—¿Para qué utilizaban a Gregorio, como carnada? Oh... espera... ¿esa es la chica que viene a tu casa?, Valeria, por Dios, más sería te creía.

—Estefani. —Llamó en tono de advertencia.

—¡Benjamín! —miró a Valeria—. ¿Qué es lo que quieres de él?

—Ella no quiere nada. Vete ya, Estefani. —Ben terminó de salir de la casa y empujó a Valeria adentro.

El cielo estaba naranja. Justo a punto de oscurecer. Clima templado, pues el aire de enero aún estaba en la puerta. A esta hora Ben se preparaba para salir. Pero hoy no lo tenía pensado.

—Esperen, ¿ustedes son algo? —Valeria los miró a los dos. Sintió un dolor en su pecho. ¿Estefani era en realidad «Laura»?

—Su mamá era sobrina de mi mamá. Soy su tía segunda. —Lo dijo como si Valeria debiera saberlo. El problema es que Valeria no se metía en nada que no fuera su asunto. Aprendió eso con vara y malos dichos de parte de sus padres. No podía meterse en conversaciones ajenas, ni averiguar la vida de nadie.

—Pero si tienes casi mi edad. —Valeria pensó que le tomaban el pelo.

—¿Tienes dieciocho?, yo pensé que eran quince.

—Tengo diecisiete. —Sus dientes se apretaron. Ella no era una niña. Claro que sabía lo que hacía.

—Ah, bien —se movió—, eres grande, ¿por eso piensas que esto es amor?

Valeria no le respondió y Ben la volvió a empujar hacia adentro.

Miró a Estefani antes de cerrar las puertas.

—No te metas —murmuró para que solo ella escuchara.

Adentro Valeria sacó la servilleta en la que se hallaban envueltas las galletas, se sintió decepcionada cuando vio que se habían desmenuzado a migajas. Sintió que iba a llorar.

Supo que todo iba a salir mal.

—¿Por qué diablos vienes a plena luz del día?

Pero ni siquiera estaba de día. Estaba oscureciendo.

—Valeria, por Dios, ¿no sabes cómo guardar un secreto?

—Quería traerte galletas. —Su labio tembló. ¿Qué locura pasó por su cabeza?, ¿cuántos más la vieron?

Pero, ¿qué, ya no los habían visto suficientes personas el día en que él mismo la acompañó a su casa?, ¿por qué le pesaba tanto que todos lo supieran?

No quería que lo vieran como el malo de la película, o tal vez era porque simplemente no era algo serio. No la amaba, si todos se daban cuenta la iban a catalogar como una de los ligues de La Sombra. Eso lo enfermaba.

Valeria extendió la servilleta. Ben las tomó de sus manos temblorosas y después las lanzó al fregadero.

—¡Por migajas! —dijo como si no lo creyera—. Por unas estúpidas migajas pones tu reputación en juego. Otra vez estas actuando como estúpida.

—Lo siento. —No se había movido de su lugar—. Lo siento, perdón —repitió—, también vine a contarte algo.

Cuando La Sombra escuchó su tono de voz débil se calmó. Bajó los hombros y su quijada se aflojó. Trató de acercarse, pero ella retrocedió por reflejo.

—Estoy en un trabajo de medio tiempo desde hace cuatro días.

Ben se sentó en el suelo con las manos en la barbilla.

—¿Hablas en serio?, ¿cuatro días?

—Sí.

—¿Dónde?

—Bebidas Fresa, entro a las tres de la tarde, salgo a las nueve, o depende de cómo esté todo. Hoy entro a las siete. Por eso vine a verte antes para contarte. Entre clases y el trabajo llego muy agotada como para venir a verte. Quería darte una explicación.

—No me tienes que dar una explicación. Tú no estas obligada a venir, por Dios, Valeria, grábate eso.

—Lo sé —pestañeó varias veces para no llorar. Apretó la mandíbula mientras decía— : me lo has dicho varias veces. Que no estoy obligada a venir. Pero sé que lo haces con una segunda intención. Sabes que voy a volver siempre.

Ben no soportó seguir mirándola a los ojos. En vez de eso, meditó en el trabajo de Valeria. Del otro lado del barrio, en el territorio de los norcuros.

—¿Gregorio te consiguió trabajo en esa pocilga? —Ben alzó ambas cejas.

Fresa era tía de Gregorio. Era claro que había sido él. En ese momento le pareció estúpido, su mejor amigo se atrevió a meter a Valeria allí. A ese lado donde no necesariamente tenía control.

—Pero lo necesito. Fui donde el dueño de la casa para pedir una prórroga. Le voy a pagar todo lo que gane sin demoras y él prometió que iba a paralizar los trámites para desalojarnos. No puedo permitir que nos dejen en la calle, Ben. Y este trabajo no es nada. No importa lo que sea, y no es una pocilga, Fresa tiene todo muy bien decorado. Son colores llamativos y la chica que trabaja conmigo es simpática.

—Del lado de los Norcuros.

—¿Y qué tiene de malo?

—Nada —respondió rápidamente. De pronto tenía sed. Se levantó y fue a la alacena, sacó un vaso, lo enjuagó y abrió la nevera. Sacó la jarra con agua casi helada y llenó el vaso. Casi rebosa, los lados se empezaron a condensar. Había hecho todo un charco de agua. Bebió el agua de un solo trago y Valeria solo observó cómo su garganta tragaba el líquido.

—¿Por qué es tan malo?

No le iba a decir. Solo tenía que ser más precavido. Solo tenía que alejarla de él.

—¿Te ha molestado alguien?

Valeria pensó en los comentarios sexistas de los chicos que iban sin falta todas las noches. Pero ellos eran clientes. No podía quejarse por ellos.

—No.

—¿Tienes que ir a las siete hoy? Valeria, ¿a qué hora pretendes salir de ahí?

—No lo sé.

—¿Y si alguien te hace daño?

—N-no había pensado en eso.

La Sombra se acercó a Valeria. La miró como quien busca algo.

—¿Y eres mía?

—¿Q-qué? —La voz de Valeria tembló.

—Olvidalo. —Se alejó de ella. Buscó un trapeador para secar el agua—. Vete, Valeria.

—También quería preguntarte algo. —Fue lo único que su boca pudo articular.

—Vete, Valeria —repitió.

Entonces supo que era en serio. Aunque él nunca la había botado de su casa. No quiso que continuara más.

Capítulo 14

POLVO BLANCO

Cuando salió de casa de La Sombra su respiración estaba acelerada. Su pecho subía de arriba abajo. No hizo todas sus preguntas. Y todo salió terriblemente mal.

«¿Eres mía?» se repite en su cabeza. ¿Por qué había hecho esa pregunta?

Se detuvo de caminar. ¿Era ella de él? No. Ella era de sí misma. De nadie más.

Pero la reacción de su cuerpo era otra. Sí, quería ser de él, ¿por qué no? Solo de él, solo amarlo a él. Es justo lo que estaba haciendo ahora. Si es que a eso se refería.

Al menos hasta ese momento. Y no tenía más planes.

Llegó a su casa para dejar la cartera. Ben tenía razón. No era la parte más segura de todas. Por algo siempre se mantenían separadas las dos mitades. Aunque no sabría decirlo bien. No sabe nada de territorios o naciones. Solo estaba enfocada en lo que realmente importaba. Salir adelante.

Cuando cruzó más allá de la Casa Central acaparó las miradas de los otros. La Sombra visitando, *qué honor* —pensaran algunos—, otros, que está espiando, verificando a ver qué hacen todos. Pero eso sería ilógico, la verdadera vida era de madrugada, cuando no hay gente inocente en la calle. Ben no tenía a nadie a quien espiar.

Eran las nueve de la noche y había llegado al local. Había muchas personas, era el cumpleaños de un gran chico. Ben lo conocía. Quizás por eso le pidieron a Valeria que extendiera su tanda y entrara más tarde, porque necesitaban a alguien que sirviera las batidas a los invitados.

Alejandro estaba ahí. Hablando con ella en vez de estar con su grupo en una esquina. Está sentado en una de las sillas redondas en frente del mostrador y con medio cuerpo encima de este último. No la dejaba de mirar, y su boca se movía. Estaban hablando. O al menos él hablaba mientras Valeria asentía y servía bebidas para llenar una bandeja. Tal vez era un poco tarde, pero tenía fe de que no lo era.

Los amigos de Alejandro, o Norcuros, si te fijabas bien en sus tatuajes en forma de estrella en el puño derecho, miraron a Ben entrar. Lo siguieron con la mirada. A unos pasos de estar cerca del mostrador Valeria alzó la vista.

Y entonces Alejandro hizo lo mismo, y el aire tenso que lleno el lugar fue asombroso.

Valeria empezó a actuar de manera torpe. Sus manos temblaban cuando trató de levantar la bandeja.

—Está bien, déjalo, yo lo llevo. —Patricia se la quitó de las manos. Valeria se secó las manos del jean súper apretado que tenía puesto. Hasta se subió el delantal para que no se siguiera viendo el pobre escote que mostraba.

Alejandro la examinó. Era obvio que Valeria lo conocía. Ni siquiera le respondía su pregunta.

Volvió a repetir: —¿En qué curso vas?

Pero Valeria solo miraba a La Sombra, él había llegado al mostrador, estaba ojeando los dulces y las donas fingiendo que no la había visto. Fingiendo que era un desconocido.

Alejandro se limpió la garganta.

—¿Conoces a Benjamín? —pregunta en voz muy baja.

Valeria entonces miró a Alejandro. Sabía su nombre, entonces él también lo conocía.

—N-no —responde.

En ese instante Ben dejó de fingir que miraba algo. Y se sentó junto a Alejandro.

—¿Hay de piña y leche? —le preguntó a Valeria. Ni siquiera saludó. No le tomó tiempo a Valeria saber que no quería que ella hiciese como si lo conocía.

—Sí, sí —Pero su voz le fallaba, estaba nerviosa.

Ben abre los ojos.

—Entonces, tráeme uno.

Valeria se marchó hacia atrás, donde se preparaban las batidas, como Patricia estaba atendiendo a los de la fiesta de cumpleaños, Valeria fue ella misma hacia atrás a preparar lo que Ben había pedido. Tomó el envase de aluminio y lo llenó de leche por la mitad. Vertió varios cubos de hielo y después trozos de piña. Los tapó y colocó en una de las bases de las batidoras.

Cuando el sonido comenzó a ensordecir sus oídos, respiró. Dios. Había estado hablando con Alejandro. ¿Se pondrá celoso? Se mordió los labios. Deseaba que estuviera celoso, pero no quería verlo enojado. Miró a través de la ventanilla, estaban hablando algo. ¡Se conocían!

¡El chico de los ojos azules y La Sombra se conocen! Algo en su mente gritó, ese mismo algo le hizo sentir un escalofrío.

—¿Viste que lindo culito apretado tiene? —Hizo una seña como si estuviera pellizcando el aire.

Ben lo ignoró.

—Además, se pone nerviosa cuando le hablamos. —Su aliento olía a fresa, Ben movió su cabeza molesto.

—¿Cuántas batidas bebes para ver su culito a diario?

—Muchas. Muchas, Sombra. La niña me causa gracia.

Valeria salió con la batida en la mano. Los dos la miraban.

—¿Quiere espuma de vainilla o chocolate? —preguntó.

Ben negó con la cabeza. Valeria se lo pasó, y cuando lo hizo, sus dedos rozaron. Ben le dio la espalda, se puso a mirar el ambiente, los Norcuros lo miraban perplejos. Las dos cabecillas de cada región hablando en un lugar fuera de la Casa Central.

Valeria se quedó mirando la parte de atrás de la cabeza de Ben, después miró a Alejandro quien seguía examinándola. Con un gesto se alzó de hombros y se levantó. Se detuvo en frente de La Sombra.

—Hasta luego. Escucha, fue una sorpresa verte por estos lados.

Entonces se fue a sentar con los demás de su clan.

Valeria no entendió qué acababa de pasar. Pero el aire se podía cortar todavía con una simple cuchara. Se fue a sentar al fondo. Nadie pidió más bebidas naturales o batidas de leche. Nadie se volvió a acercar al mostrador mientras Ben estuvo ahí. Y estuvo ahí hasta que eran las diez de la noche.

Cuando iban a cerrar, Patricia se acercó a Ben para preguntarle si deseaba algo más, pero el solo se levantó y salió del local. Se quedó afuera, esperando.

—Loco —musitó Patricia, y comenzó a recoger todo. Valeria también la ayudó. Media hora después el local estaba más limpio que antes. Valeria salió y se lamentó de inmediato por no haber traído un suéter que cubriera sus brazos.

La Sombra seguía en la esquina, recostado de la pared, solo, esperándola.

Cuando llegó a su casa puso agua a calentar. Después se dio un baño. Estaba tan cansada que cuando vio su cama sintió que vio el cielo. Se desplomó allí sin ni siquiera notar que su cuerpo estaba encima de las piernas de Carol.

Al despertar, ya no había nadie en la cama. Era sábado. Lo niños estaban en el comedor desayunando pan con huevos revueltos. El olor la había despertado. Saboreó la comida en su paladar y después dejó de hacerlo al sentir el sabor amargo en su boca. Abrió por completo los ojos y se levantó descalza. Se dio un baño, cepilló sus dientes, y salió sin siquiera decirle a su madre.

El barrio estaba tranquilo. Era de mañana. La gente no acostumbra a molestar mucho en la mañana. Iba a la casa de La Sombra. Tenía en mente hacer dos cosas, averiguar si estaba molesto o celoso, y averiguar quién era Laura y el asunto de las drogas. Entonces se dio cuenta de que realmente quería saber sobre cuatro cosas.

Cuando entró al callejón la puerta estaba cerrada. Demasiado cerrada. Oyó unos pasos detrás de ella, volteó y miró a Estefani cruzada de brazos.

—No está.

—Uh, gracias. —Valeria se iba.

—Oye, siento lo de ayer, estaba un poco molesta. —Trató de sonreír amistosamente, pero Valeria no se conmovió—. Mira, yo pensaba que él me decía todo lo de él. Pero como vi, no es así... y me molestó que cuando le pregunté si estaba viéndose contigo me dijera que no. Mis instintos no fallan.

—¿Qué te hizo deducirlo?

—La forma en que te miró una noche. Se mordió el labio tan fuerte que ni se dio cuenta. Fuerte enganche tiene contigo.

—¿Hablas en serio?

—Bueno, ni tanto. Él sabía que Ana iba a golpearte.

Valeria se detuvo en seco.

—¿Ah, sí? —Alzó una ceja.

—Sipi. Antes de yo ir a decirle a Ana lo que tú me dijiste que «sentías» —enfaticó con sus dedos—, por Gregorio, le pregunté a mi sobrino, y él me dijo que todo era cierto.

¿Acaba de confesar que ella había enviado a Ana a golpearla?

—¿Cómo sabían ustedes que me iban a golpear?

—Yo se lo dije, ¿qué, no escuchas?

Valeria tragó. Se supone que ahora debía estar enojada con Estefani, en parte, ella era la culpable de que su cara aun tuviera esa cicatriz seca del arañazo que le había hecho Ana en la cara, pero solo pensaba en una cosa: ¿por qué dejaría él que a ella la golpearan?

—¿Por qué debería creerte?

—Está bien —se alzó de hombros—, no me creas. Pero te conviene saber que yo sí estoy de tu lado.

Valeria se marchó.

Tenía puestos unos pantalones cortos y un suéter de los que su tía le había obsequiado. Era algo contradictorio, tener frío y usar un suéter, pero tener las piernas descubiertas, sus flacas piernas que terminaban en su delgado tobillo. De calzado tenía tenis de pantorrillas. Estaba jugando con pequeñas rocas del contén⁴ cuando Argentina se sentó riendo junto a ella, y Nina y Rose le siguieron detrás.

—Miren a quien encontramos —aún seguía riendo—, ¡es nuestra compañera de aventura!

—¿Qué? —replicó Valeria.

—No te preocupes, Val. Le dije a tu mamá que dormirías en mi casa. Todo está cubierto —dijo Nina.

Argentina levantó a Valeria, y después las tres empezaron a caminar, los pies de Valeria las seguían. Argentina parecía drogada. Sus rizos castaños claros se movían por todas partes. Era una de las más lindas del barrio, también tenía su reputación. Valeria intentó zafarse de Argentina y esta vez fue Nina quien impidió que Valeria se diera la vuelta.

Cruzó su brazo por encima de su hombro.

—Val, ¿quieres saber a dónde vamos? —preguntó Nina.

—Si es posible, por favor.

Las tres se rieron.

—Casa Central. Hoy hay reunión —Argentina fue la que respondió.

—¿Por?

—Bueno, no lo sé. Hay reunión entre los dos clanes. E invitaron a los que quieran ir a ver. Es una gran oportunidad —respondió Rose.

—¿Pero, por qué me traen? Yo no quiero ir.

Argentina sonrió.

—El único requisito es que debes tener pareja. Solo de dos en dos. Tú eres mi dos.

Valeria trató de comprender. Siguió caminando. Era un poco bastante lejos. En la puerta había una persona. Solo dejaban entrar a la gente por par. Primero entraron Nina y Rose y después Valeria y Argentina. Pero inmediatamente entraron desaparecieron, menos Nina. Ella miró a Valeria con pena.

—¿Ya averiguaste lo que te dije de La Sombra?

—No, todavía no —se cruzó de brazos—. ¿Por?

—Ah bueno.... Quiero que sepas que él está aquí. Con ella. Digo, ella, y la otra *ella*. Cuando está aquí no es tan chévere como por allá por la casa, no le dirijas la palabra si no quieres pasar un mal rato. Cualquier cosa, búscame, estaré cerca del patio, no importa que esté con un chico. Interrúppeme.

Entonces desapareció. Y Valeria se quedó tanto rato allí parada que perdió la noción del tiempo. No pensaba moverse hasta que las chicas volvieran y ella se pudiera ir. No era que no había intentado irse. Lo hizo, pero el muchacho de la puerta insistió en que debía salir en pareja. Era una clase de código raro que ella no entendía.

⁴ Contén: nombre que se le da al espacio diseñado para que el agua fluya o se desagüe cuando llueve, está ubicado entre la calle y la acera en forma de una hoyo que se extiende hasta un desagüe.

Sus pies se cansaron. Iba a una de las habitaciones de la casa, era una casa normal, como si fuera una casa de familia, y en su momento lo fue. Lo único que ahora es una sin muchos trastes. Un mueble vinotinto en la sala. Un comedor de seis sillas en la cocina. Y uno de los cuartos, al cual le habían roto una pared para juntarlo con la sala parcialmente, tenía mesas pequeñas. Los jóvenes estaban hincados ahí absorbiendo un polvo blanco.

Nadie estaba bebiendo directamente de un tanque cerveza, ni tampoco olía a ella. Valeria conocía muy bien el olor a cerveza, en la esquina siempre bebían, por eso sabía que no había cerveza. Algunos tenían vasos foam con algún líquido color ámbar, de un olor más fuerte. Tampoco había música alta, ellos no buscaban llamar la atención de nadie. Dos o tres tenían sus celulares encendidos con música para sí mismos o los que estaban a su alrededor. Todo el mundo atendía a su conversación, algunos a veces reían a carcajadas, o sencillamente permanecían serios.

Iba a sentarse en el sofá. Pero Alejandro estaba ahí. Y él de alguna forma la hacía sentir nerviosa. Y le daba miedo.

Caminó hacia otro lado, era una terraza. Parecía el lugar donde los niños van a jugar, como el patio de la casa, lo único que cubierto con un techo de madera con tejas arriba.

Lo que vieron sus ojos le causó espanto. La Sombra estaba inclinado sobre una mesa, alineando una línea de polvo blanco con lo que parecía ser una tarjeta. Después la inhaló, se echó hacia atrás y allí quedó, como si estuviera fuera de sí. La chica que estaba al lado de él era mayor, como de unos veintitantos, incluso más vieja que él; acarició su cara y La Sombra le dedicó una sonrisa mostrando todos sus dientes. Algunos procedieron a hacer lo mismo que había hecho él, como si esperaran a que la probara para ver si era lo que ellos querían.

Se dio vuelta, quería salir de ahí. Quería vomitar. La comida que comió a las doce amenazaba con subir por su tráquea y abrirse paso por su boca. Caminó a la puerta con la mano en la boca, pero entonces recordó que no la iban a dejar salir. Tenía que ser en pareja. Se escondió detrás de un grupo de personas. Era mentira. No vio a Nina por ninguna parte. Ni con ningún chico ni nada. Quería desaparecer, ese no era su lugar.

Intentó de nuevo que la dejaran salir, pero el chico de la puerta negó otra vez. Valeria retrocedió y chocó con alguien, ese alguien agarró cada uno de sus brazos y la empujó fuera de la casa. El muchacho que cuidaba la puerta no se interpuso para que ellos salieran. No podía respirar. No podía ver con claridad aunque no estaba segura de por qué. Se sentía tan desenfocada que se mareó. El sereno de la noche hizo que estornudara.

Ben la volvió a llamar. Ella parecía como si no lo escuchara, como si estuviera en otro mundo, ¿había consumido algo?

—¡Valeria!, maldita sea, ¿Qué haces aquí? —le gritó mientras la sacudía para ver si reaccionaba.

Valeria de pronto le prestó atención. Definitivamente no era él. Estaba ansioso, energético, furioso.

—N-Nina...

—Esa estúpida, Dios, ¿por qué te traje?

—Y-yo...

—¿Estás consciente de que cualquiera puede hacerte daño? —Valeria no se inmutó—, ¿un ejemplo, violarte?, ¿sabes cuántas cosas malas hay aquí? —Valeria lo miró a los ojos—. Te dan unas pastillas de esas y no te acuerdas de ti hasta el otro día.

Él había consumido. Sabrá Dios de qué tipo.

—¿O es eso lo que quieres? —Se quedó callado, después se tocó la barbilla—. ¿Viniste a ver a Alejandro?

Valeria no entendía por qué gritaba. Sus ojos se llenaron de lágrimas. La Sombra exhaló el aire y trató de abrazarla.

—N-no. N-no por f-favor —dijo entre sollozos—. Estabas con otra hace unos segundos. No me toques.

La Sombra bufó.

—¿Y?, ¡tú y yo no somos nada!

—¡Por eso!, ¡no me toques!

No la tocó. Se haló su propio cabello con sus dedos, otra vez empezaba a crecer.

—¿Dónde demonios vas a dormir?

—En casa de Nina.

—Esa loca se fue. Se fue, Valeria. Me llamó desde su casa para decirme que se olvidó de ti aquí.

¿Tanto tiempo había pasado? Ni siquiera sabía la hora, pero si miraba a su alrededor todas las ventanas de madera estaban cerradas, las puertas con seguro y las rejillas con candado. No había ni una sola alma afuera. ¿Cómo llegaría a casa sola?

—¿Pero, entonces, y Argentina?

—¿Qué? Ella tiene un hombre aquí. No va para su casa, ahora dime, ¿cómo piensas irte?, ¿a dónde vas a ir?

Valeria tembló. No sabía qué hacer. Quería llorar. Quería que la tierra la tragase.

—Consumes drogas —reconoció. Como si no importase la situación de ahora, ¿Qué importaba que no tuviera dónde ir? Él podría ser un adicto. Podría morir. Valeria no quería eso. Le causo más ganas de llorar.

—¿Y?

—Tienes una novia aquí. ¿Su nombre es Laura?

—No es mi novia. —Apretó los dientes—. Solo tenemos algo.

Esa palabra le dolió. Es que no lo entendía. ¿Por qué podía tener algo con la otra chica y con ella no?

—¿Pero por qué?

—¿Acaso vas a dejar que te trate como a ella sin ponerte a llorar como una bebé? Laura no es un bebé. Ella puede hacer cosas que tú todavía no.

Más lágrimas cayeron, las limpió. Parece que uno de los efectos de las drogas era ser terriblemente honesto.

No pensaba decirle eso nunca.

La Sombra sintió remordimiento. Ella estaba castañeando del frío y con las mejillas llenas de lágrimas. Como si solo estuviera viendo a un monstruo. Eso lo hirió. Se retractó de haber hablado. Además, llevaba meses sin acostarse con Laura, ella solo le hacía favores, como dejarle la membrecía gratis en el gimnasio y otras cosas. Solo le salió decirle eso, aunque no fuera verdad.

—Valeria, no te pongas así. Sí me gusta estar contigo, te lo ju-ro, pero no me gusta eso de cursilerías y...

Valeria se cruzó de brazos.

—No soy tuya, Ben. —Lo dijo respondiendo su pregunta anterior. Se quebró—. Pero dime qué tengo que hacer para que solo me tengas a mí. Por favor.

Ignoró esa parte. Seguía pensando en algo.

—¿Qué te dieron aquí?

—No me dieron nada.

La sacó de allí. Algunos vieron cómo se fueron juntos en el auto que él había comprado junto con Ramírez y Gregorio. Por supuesto, Gregorio no estaba en la reunión, si hubiese estado, y la hubiese visto allí sola como una extraña, la hubiese sacado de inmediato. Ese no era lugar para muchachas como Valeria.

Cuando llegó a su casa estaba enojado. Se sentó en el sofá. Sentía que su corazón latía muy rápido. Valeria aún estaba parada en el mismo lugar. Las lágrimas estaban secas en su mejilla.

—¿Ahora me tienes miedo? —preguntó con voz triste, pero no baja. Su tono era alto.

Negó con la cabeza. No le tenía miedo. Solo estaba terriblemente herida porque de golpe descubrió su otra vida. Quizás Ben no era la mejor persona del mundo después de todo.

Además, definitivamente no la amaba. ¿Cómo la iba amar si ella no era como Laura?

Pero ella realmente lo quería a él. Y no tenía idea de cómo hacer para que él la quisiera. O al menos para que crea quererla. Si no lo hace, entonces se quedará sin nada. Porque no tiene amigas en quienes confiar, y en su casa solo hay problemas. Ahora su única fuente de tranquilidad estaba cambiando —o no estaba cambiando, tal vez La Sombra siempre había sido así—, y ahora solo se estaba preparando para dejarla, ¿por qué será que siempre todos la dejan?

—Puedes tratarme como la tratas a ella. Así podrás olvidarla.

—Sonó desesperada.

Ben alzó la vista.

—¿Qué demonios dices. —No entendía de lo que hablaba.

—No es mi intención llorar, te juro que no lo haré. —Se dijo, limpiándose la cara. Le dolía tanto. En realidad no quería que la dejara. Quería ser su droga por siempre.

—Ve a acostarte.

—¿Te gusta mucho ella?

—Valeria, ve a acostarte. Hablamos mañana.

Valeria se acercó a él.

—Voy a tratar de parecerme a ella.

—Valeria. —La llamó, pero evitó mirarla.

—¿Es porque ella es mejor que yo? —Le preguntó. Porque él no la tocaba. Se sentó a su lado en el sofá—. Lo siento, realmente quería que tú me dijeras qué está pasando con nosotros...

Valeria ya sabía lo que estaba pasando. Él ya se estaba cansando de ella y de sus infantilismos... él necesitaba a alguien madura, pensó Valeria, quizás la otra lo era, o al menos lo suficiente. No podía pensar con claridad, su castillo de arena se estaba derrumbando con demasiada facilidad.

La Sombra se levantó del sofá y se dirigió a su cuarto. Valeria lo siguió.

—Ben, oye —murmuró en voz baja.

Ben se volteó y sin aviso la tomó de la cintura, cargándola, y la dejó en la cama. Valeria aún estaba perpleja cuando él tendió la sábana sobre su cuerpo. Para ser la *que* no estaba bajo efectos de la droga, estaba muy hiperactiva.

Valeria tenía calor, y no entendía qué estaba haciendo él. Trató de moverse de allí, pero el puso las manos sobre sus hombros.

—Val, basta —le susurró. Fue lo último que escuchó antes de resignarse a su lucha para que la dejara ir y caer dormida.

Dormía como un ángel. No era la primera vez que dormía en su casa, pero sí la primera que lo veía dormido. Además, ahora no le estaba dando la espalda, estaba acostado de lado, frente a ella, con su mano izquierda encima de su cintura. No quería moverla de ahí. Parecía parte de su cuerpo.

Valeria aún estaba cubierta por la sábana. Debajo de ella seguía con su suéter. Todo lo demás intacto. Recordó que no la quiso tocar. Quizás todo había acabado de verdad.

Tocó su mejilla suavemente, Ben se espantó y abrió los ojos de golpe. Era solo ella, pero lo había sentido tan familiar que aún sentía un escalofrío en la vértebra. Ella solo lo miraba, pero se veía mal. Muy mal.

Él pensó en algo.

—¿Te hice algo malo?

¿Se atrevía a preguntarlo? Pero en vez de responder «rompiste más mi corazón» se limitó a negar con la cabeza.

—No me hiciste nada.

Ben se volteó para mirar al techo.

—Prométeme algo.

—Depende —respondió Valeria.

—Vas a dejar de venir aquí.

Pero eso no había sonado como un favor, sino como una orden. Sin embargo, no iba a reprochar, tampoco iba a rogar. Nunca lo haría, al menos su mamá le había dicho que nunca hiciera eso por nada ni por nadie.

Nunca le había pedido eso, que no volviera a su casa. Valeria solo cerró los ojos para disipar su dolor imaginario, que no sabía de dónde salía, ni tampoco por qué se sentía así. De alguna forma, quería grabar en su memoria cómo se sentía estar acostada allí, con él al lado de ella, cómo huele su cama y cómo es su casa. Lo iba a obedecer. Sin darse cuenta, se volvió a dormir. Y cuando Ben la vio dormida, la acercó más a él para abrazarla, pero no sin antes besar su frente, era claro, ella no entendía nada. Tal vez era mejor así.